

# La herencia de Silvia

Cristina Tobes



# **La herencia de Silvia.**

Cristina Tobes

## ÍNDICE

|                    |            |
|--------------------|------------|
| <u>Capítulo 1</u>  | <u>6</u>   |
| <u>Capítulo 2</u>  | <u>20</u>  |
| <u>Capítulo 3</u>  | <u>29</u>  |
| <u>Capítulo 4</u>  | <u>38</u>  |
| <u>Capítulo 5</u>  | <u>56</u>  |
| <u>Capítulo 6</u>  | <u>69</u>  |
| <u>Capítulo 7</u>  | <u>80</u>  |
| <u>Capítulo 8</u>  | <u>92</u>  |
| <u>Capítulo 9</u>  | <u>101</u> |
| <u>Capítulo 10</u> | <u>110</u> |
| <u>Capítulo 11</u> | <u>120</u> |
| <u>Capítulo 12</u> | <u>124</u> |
| <u>Capítulo 13</u> | <u>140</u> |
| <u>Capítulo 14</u> | <u>150</u> |
| <u>Capítulo 15</u> | <u>170</u> |
| <u>Capítulo 16</u> | <u>181</u> |
| <u>Capítulo 17</u> | <u>201</u> |
| <u>Capítulo 18</u> | <u>222</u> |
| <u>Capítulo 19</u> | <u>248</u> |
| <u>Capítulo 20</u> | <u>258</u> |
| <u>Capítulo 21</u> | <u>280</u> |
| <u>Capítulo 22</u> | <u>298</u> |
| <u>Capítulo 23</u> | <u>318</u> |
| <u>Capítulo 24</u> | <u>331</u> |
| <u>Epílogo</u>     | <u>339</u> |

### **Argumento.**

Me hallo inmersa en un estado de ansiedad constante. Mi vida, en los últimos años, se ha basado en el trabajo, mi marido y mi casa. Pero no todo es tan bonito como en las telenovelas. Necesito un cambio radical en mi vida.

Mi nombre es Lidia y gracias a una herencia, mis amigas y yo nos vamos a una villa junto al mar situada en Cerdeña.

Este grupo de amigas es muy complicado, ya que tenemos diferentes caracteres, pero a pesar de ello, siempre hemos estado unidas.

Ivana es sumisa, no tiene el carácter suficiente para decir que no.

Estíbaliz es dominante y posesiva, nadie puede contrariarla.

Viola, obsesiva, compulsiva y celosa.

Por último, Jessy, la más joven del grupo y la última en incorporarse. Es una mezcla entre beata y superwoman.

En este grupo tan disperso, aprenderemos la una de la otra. Aprenderemos a cambiar nuestra actitud en la vida para llegar a un término medio: ni para uno ni para el otro.

## Capítulo 1

### LIDIA

Qué hago, me tomo la pastilla o no. Ya estoy cansada de estar en este constante estado de ansiedad. Mi nombre es Lidia y llevo cuatro años entre pastilla y pastilla.

Todo mi mundo se reduce a casa, trabajo y marido. No hemos tenido hijos. Según mi marido, somos demasiado jóvenes y aún podemos esperar más, pero ya tengo 35 años y se me va a pasar el arroz, como dice mi madre, que está deseando ser abuela.

Para cualquier otra persona, podría ser la vida genial que siempre ha soñado, pero en mi caso, no es así. Amo a mi marido, pero en ocasiones es como si tuviera a un niño en casa.

Necesito acción en mi vida y salir de esta eterna monotonía.

Menos mal que cuento con mis amigas. Nos conocimos en el colegio y, por varios acontecimientos nada agradables, nos unimos de tal manera que hasta la fecha estamos ahí siempre que nos necesitamos.

El tiempo ha moldeado nuestra personalidad. Si nos hubiéramos conocido ya siendo adultas, entre nosotras jamás hubiera surgido esta amistad tan fuerte.

Viola es una mujer guapa y triunfadora en la vida. Directora de una gran multinacional de tecnología, Apple.

Es obsesiva, compulsiva, no se puede escapar el más mínimo detalle en todos los aspectos y celosa, muy celosa. Está casada, pero de aquella manera. No vive con su marido, solo lo ve los fines de semana y en vacaciones. Tampoco tienen hijos.

Cada uno vive su vida, no lo entiendo, pero ella dice que así es mejor, que nunca se pelean. Es bastante contradictorio, ya que no puede controlar la vida de su marido. Una vez me comentó que le quería mucho, aunque no estaba enamorada de él y por eso no siente celos, qué es fantástico echar un polvo cuando se encuentran.

Dice que es su mejor amigo y con derecho a roce. Se casaron de repente, en el juzgado y firmando un acuerdo. Nunca nos dijo de quién se estaban protegiendo.

Estíbaliz, la dominante. Se tiene que hacer lo que ella quiera y cuando quiera porque cree que siempre lleva la razón. Interminables peleas hemos tenido a consecuencia de este carácter. En muchas ocasiones nos ha dejado plantadas mandándonos literalmente a la mierda.

Es una gran empresaria. Su pasión por el diseño y la moda la ha llevado a triunfar en Londres y New York. Apenas la vemos el pelo con tanto viaje. No tiene marido, los hombres apenas la soportan más de tres meses. Aunque parece una mujer dura, ha llorado mucho por alguno de ellos. Y es que en el fondo es un trazo de bizcocho.

Pero esa dulzura pocas veces la muestra.

Ivana, mi querida Ivana. Se casó muy joven por no saber decir que no. Ese es su gran

problema.

Se somete a las decisiones de los demás sin apenas rechistar. Su marido es guapo, pero muy prepotente. Apenas dos años después de conocerse, en plena adolescencia, ya la comprometió para casarse.

Recuerdo la cantidad de veces que la llamamos para ir a alguna fiesta, o algún viaje de chicas, y ella siempre decía que no, que su novio quería estar con ella o por alguna reunión familiar. Adquirió el rol de sumisa.

Y si ya le cortaron las alas de soltera, imaginad cuando se casó. Pero ella aguantó estoicamente las circunstancias para dar gusto a todos y así mantener la unidad familiar.

Nunca discutía, nunca ponía pegas a nada. A menudo le recomendamos que ponga un freno, un hasta aquí. Se dejó llevar de tal manera que su felicidad era una utopía.

Nunca quiso decirnos nada, pero estoy segura de que algo dejó atrás, algo con lo que sueña todas las noches.

Jessy tiene un carácter fuerte, alegre y extrovertido, aunque en su interior es una beata. Imaginad, virgen a sus 30 años.

Llegó al colegio cuando tenía 12 años. Su historia nos sobrecogió. Nunca habíamos conocido a una chica que se hubiera criado en el campo junto a 6 hermanos.

Es perfecta, tiene un cuerpo esbelto gracias al ejercicio, con el pelo rubio y rizado. Y esos ojos azules rasgados siempre llenos de ternura y amor. Se ha convertido en una gran psicóloga y apenas tiene tiempo para nosotras.

—¿Señorita Lidia?

La voz al otro lado del teléfono no me resulta conocida. Por su tono serio y cortante, rápidamente deduje que no llamaba para venderme algo, ya que cuando quieren hacerlo, siempre empiezan con buenos días, buenas tardes, mi nombre es... y todo amabilidad.

—Sí, soy yo. Dígame.

—Buenos días. Le llamo del despacho de abogados P&P. Tenemos un documento dirigido a usted de una de nuestras clientas.

—¿Un documento para mí? ¡No será una demanda por algo que ni sé si lo he hecho o no!

—No, no, nada de eso, no se inquiete. Nuestra clienta nos dejó instrucciones de ponernos en contacto con usted una vez fallecida.

—¿Y quién es su clienta? ¿De qué me conoce?

—Su nombre era Silvia La Fuente. Una tía suya que vivía en Cerdeña.

—La verdad es que no tenía ni idea de que existiera tal tía. El apellido La Fuente es el mismo que tengo yo, por mi padre.

—¿Cuándo podría pasar por nuestro despacho? Es importante que realicemos la lectura del documento.

—Podría ser hoy mismo por la tarde, si le va bien.

—Perfecto. Tome nota de nuestra dirección.

El taxi me deja delante de un edificio señorial que hace esquina con la calle Alfonso XII y la calle Alberto Bosch, en pleno barrio de los Jerónimos y frente al Retiro.

Las casas por este barrio no son nada baratas. En un principio fueron creadas para albergar a la mejor aristocracia de Madrid. Yo no tendría vidas para poder pagar un miserable estudio en esta zona.

La vista se eleva por la impresionante fachada.

Como me gustaría ver los áticos. Me muero de curiosidad y como he llegado 15 minutos antes de la hora acordada, saco mi teléfono móvil y busco en Google Earth.

Qué chasco, no hay áticos, solo unas torretas que deben dar luz a unos patios interiores. Una lástima, porque las vistas desde ahí son impresionantes.

Dejo el móvil de nuevo en el bolso y me adentro por una entrada espaciosa con unas rejas en color negro. Las escaleras que suben a la planta baja son de mármol blanco.

El despacho está en esa planta, así que no necesito coger el ascensor. Una puerta de madera pulcramente barnizada da acceso al despacho de P&P. Se puede leer el nombre en una placa de cobre pulida.

Estamos en el mes de febrero y hace bastante frío.

Hoy me he decidido por una falda hasta las rodillas de cachemira en color verde oscuro con unas botas altas en ante negro.

Doy gracias al cielo por comprarme, en mi último viaje, un abrigo con relleno, aunque me hace parecer a la del anuncio de Michelin.

Me toco inconscientemente el cuello alto de mi jersey, en un tono crema. Tengo la garganta seca por los nervios.

Tímidamente, presiono el botón del timbre, o eso espero. En algunos edificios es difícil saber cuál es el timbre y cuál es la luz de la escalera.

He acertado. Suena como los timbres antiguos, unos timbrados chirriantes. Poniendo mucha atención a lo que ocurre detrás de la puerta, escucho unos pasos.

Indudablemente, el suelo es de parqué. No esperaba otra cosa para este tipo de edificios.

La puerta se abre sin emitir ruido alguno y una chica joven con una espectacular sonrisa me recibe.

—Buenos días, señorita. Pase por favor, la están esperando.

¿Cómo lo sabe?

—Gracias. Mi nombre es Lidia La Fuente.

—Lo sé, como la he dicho, la están esperando.

O no tienen más clientes esta tarde, o la jodida es una puta bruja. Prefiero optar por lo primero.

Miro a mi alrededor y descubro con agrado que la estancia está decorada a la última moda en

tendencia de muebles, perfectamente distribuidos con una excelente combinación de colores.

¿Quién habrá sido el afortunado o la afortunada que ha trabajado aquí?

Se me olvidó comentar que soy decoradora de interiores, por lo que observo todo cuanto me rodea. Bien para admirar o bien para criticar.

Me acerco al sofá y cuando comienzo a doblar las rodillas para sentarme, una puerta de cristal ahumado se abre, dejando paso a uno de los mejores especímenes masculinos que he visto en meses.

Alto, moreno, con el pelo pulcramente cortado y sin gomina, menos mal. Su complexión es fuerte, los bíceps se le marcan a través de la americana.

Por supuesto, lleva un traje a medida, no uno de esos comprados en un almacén y fabricados en serie. Se acerca a mí sigilosamente, como si caminara en el aire, pero firme.

Sus ojos, de un color entre avellana y oliva, me miran fijamente mientras una sonrisa que parece sincera se dibuja en su rostro. Alarga la mano de dedos finos para saludarme.

—Buenas tardes, señorita La Fuente. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. He de confesarle que estoy intrigada por su llamada.

—Me imagino. Mi nombre es Roberto Mendizábal. Un placer conocerla.

No me suelta la mano, al contrario, la agarra suavemente como si fuera a romperse.

En estos momentos me encuentro vulnerable, así que mi imaginación se dispara hasta unos límites inconcebibles. Pero la culpa la tienen esos ojos y esa sonrisa.

Se acaba la manoseada, aunque por mi parte puede seguir con la mano, con el brazo..., vamos, con todo el cuerpo si me lo pide.

—Acompáñeme por aquí —señala la puerta por donde salió antes.

—Por favor, llámame Lidia. Eso de “señorita La Fuente” me da grima. Solo tengo 35 años — intento poner mi sonrisa más coqueta.

—De acuerdo Lidia, todo un placer llamarte por tu nombre. Toma asiento.

Él se sienta tras una mesa de cristal con unas patas de acero que se mezclan haciendo unas filigranas impresionantes.

Agarra un sobre que está sobre una bandeja y extrae toda la documentación de su interior. Mientras lo hace, observo su rostro. Debe tener unos 40 años y le han salido pequeñas hebras canosas en su pelo castaño.

—¿Estás casada? —Pregunta sin levantar la vista de los papeles.

—Sí, aunque me estoy planteando divorciarme. Llegado el momento voy a necesitar un buen abogado.

¿Por qué he dicho eso? ¿Realmente quiero divorciarme?

Estúbaliz lo hizo y ahora se la ve de lo más feliz. Pero tenemos diferentes formas de ver la vida y diferentes caracteres.

Y hay que ser sinceras, mi matrimonio es una mierda. Vivo en una constante monotonía y estoy desperdiciando los mejores años de mi vida al lado de un hombre que apenas sabe que existo.

No, miento. Existo para lavar la ropa, limpiar la casa, y echar un polvo de pascuas a ramos.

Mis huecos emocionales son tan grandes que ya parecen cráteres.

En estos momentos de mi vida me parezco a mi madre, enganchada a las telenovelas para que pueda sentir lo que es el amor y la pasión.

Aunque creo que estás telenovelas están haciendo mucho daño a la raza masculina, ya que esos hombres cincelados y tan ardientes están en peligro de extinción.

¡Y claro, ves eso y luego giras la cabeza para ver lo que tienes a tu lado! ¡Pues como no nos vamos a deprimir!

Así que estoy aquí, delante de un hombre hermoso y montándome mi propia telenovela. Su voz un poco ronca me saca de mis pensamientos que ya están en un punto pecaminoso.

—Tu tía, Silvia La Fuente, falleció hace dos meses. Permíteme darte mis condolencias.

—Roberto, ¿verdad? No conocí a mi tía. Nunca me hablaron de ella. Seguramente tú sabes más que yo.

—No conozco toda la historia. Tan solo sé que ella se fue muy jovencita a Italia para estudiar bellas artes. Sus pinturas y esculturas gustaron mucho y aunque no se hizo famosa mundialmente, sí hizo una pequeña fortuna. Vivió una época muy feliz, sin ataduras y disfrutando de todo lo que la vida le brindaba. Al final se casó con un sinvergüenza que prácticamente la arruinó. Pudo conservar la casa que compró en Cerdeña y algo de dinero que se ha utilizado para pagar impuestos, tasas... bueno, ya sabes. Cómo no tuvo hijos, decidió dejarte esta casa a ti. Ella, en silencio, ha seguido todos tus pasos y estaba muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido. Te ha dejado una carta. Espera... aquí está. Llévatela y léela cuando tengas un momento.

—No tenía ni idea de todo esto. Jamás intentó contactar conmigo. Me hubiese gustado conocerla. Gracias —alargo la mano para tomar el sobre que tengo delante.

—Necesito unas firmas para traspasar la propiedad y así poder darte las llaves junto con las escrituras. Está libre de cargas. A partir de ahora, tú tendrás que correr con los gastos.

—Pero... ¿Es muy cara de mantener?

—Bueno, ninguna casa es barata. Sería una pena que la vendieras. Siempre puedes alquilarla para pagar esos gastos. Es una villa espléndida junto al mar. No me importaría nada que me invitaras un día.

Y ahí lo deja caer.

No quiero ni imaginarme en ese lugar, con ese cuerpo moreno y desnudo a mi lado, bañándonos en el mar, haciendo el amor por todos los rincones de la casa, preparando comiditas juntos...

Quieta parada, me estoy poniendo cachonda de tan solo pensarlo. Pero como soy tan tímida y aún le guardo un poco de respeto a mi marido, me quedo callada esbozando una ligera sonrisa.

—¿Tienes pensado viajar a Italia para conocerla? Seguro que a tu marido le gustará ir. Porto Rotondo es un lugar muy bonito. Te enamorarás del paraje.

—Tengo que organizar mi agenda. Dudo mucho que a mi marido le apetezca venir. Apenas viajamos juntos, siempre acabamos peleándonos. Estoy reflexionando si ir con unas amigas. Parece que conoces el sitio, y muy bien a mi tía. ¿Has estado allí?

—Nos conocimos en Porto Rotondo en una de mis vacaciones. Era una mujer realmente sorprendente. Por eso se puso en contacto conmigo para llevar esta gestión.

—Ahhhh. Creo que no voy a preguntar más.

La sonrisa que pone Roberto, entre pillina y de complicidad, me confirma que algo pasó entre ellos. Joder con mi tía.

—Me gustaría que me notificaras cuando vas a ir por allí. La casa tiene una alarma y he de avisar a la empresa para que vaya a recibirme y enseñarte cómo funciona. Y con esto ya hemos acabado. En serio, toma mi tarjeta por si tienes algún problema por allí o por si al final te decides a divorciarte.

—Te prometo que así lo haré.

Al levantarme de la silla, él también lo hace.

Rodea rápidamente su mesa para adelantarse y abrirme la puerta. No tengo muchas ganas de salir de aquel despacho y abandonar la compañía de ese pedazo abogado, pero ya no tengo más excusas que justifiquen el que permanezca allí.

—Adiós Roberto. Ha sido un placer conocerte. Estamos en contacto.

—Adiós no. Hasta pronto Lidia. Para mí también ha sido un gran placer conocerte. Recuerda, llámame cuando vayas.

Como si fuera un robot, salgo a la calle y respiro profundamente el aire fresco que proviene del parque del Retiro.

Cruzo la calle para adentrarme por las sendas llenas de árboles y zonas con césped.

Hay parejas tumbadas y retozando. Demuestran su amor sin importarles quién pueda estar observándolos.

Miro a mi alrededor y encuentro un banco de madera y hierro apartado del gentío. Es tarde, comienza a refrescar y las puertas del Retiro se van a cerrar.

Aprovecho el escaso tiempo que queda para sentarme, cerrar los ojos y respirar profundamente.

Intento poner en práctica todos esos libros que he leído para combatir el estrés y la angustia, pero la verdad, nunca se me ha dado bien eso de poner la mente en blanco.

Me resulta imposible. Jessy me ayuda mucho, pero la ansiedad es muy jodida de combatir.

No puedo creer lo que acaba de ocurrir, lo que ha pasado nada más atravesar la puerta de ese despacho.

Consciente de lo tarde que es y sabiendo que mi marido se pondrá inquieto, o eso es lo que quiero pensar, hago la llamada de rigor, aunque no tengo muchas ganas.

—Lidia, ¿dónde estás? ¿Qué ha pasado? ¿Estás metida en algún lío?

—Tranquilo, no es nada malo. Espera a que llegue a casa y te cuento. Te llamo por si acaso estás preocupado por mí, aunque lo dudo mucho.

—Ya estamos con tus estupideces. Sé perfectamente que no te va a pasar nada y ni por asomo que estés con otro.

Esas palabras me duelen.

En primer lugar, con la cantidad de delincuencia que hay en la ciudad, ni se preocupa de que me puedan asaltar.

Y para colmo, resulta que no me considera lo suficientemente atractiva para que otro hombre se fije en mí y tenga un afer.

—Tan galante y atento como siempre. Voy para casa.

## Capítulo 2

—¿Lidia! ¿Has visto los pantalones vaqueros que me gustan? Por fin llegas.

—Buenas noches a ti también. No tengo ni idea de donde están tus vaqueros. Y ya que estás tan interesado, vengo de ver a un abogado.

—¿Un abogado? ¿Por qué? No pensarás divorciarte de mí, ¿verdad?

—Es una posibilidad, pero no, no es eso. Resulta que la hermana de mi padre, mi tía Silvia, me ha dejado una casa como herencia.

—¿De veras? ¿Dónde? Nunca oí hablar de esa Silvia.

—Es una larga historia y la casa está en Cerdeña.

—¿Y qué pintamos nosotros en Cerdeña? Véndela y así tendremos dinero para otras cosas.

—Quiero verla primero antes de tomar una decisión. Estoy pensando hacer una reunión de chicas allí. ¿Has hecho algo para cenar?

—No he podido. He venido cansado del trabajo. Te estaba esperando.

—Por si no te has dado cuenta, yo también trabajo. Voy a ducharme y tú, si quieres, hazte un bocadillo.

Como todos los días. Yo soy la chacha de la casa y estoy más que cansada.

Amargada, eso es lo que estoy. Y además soy imbécil porque al final preparo la cena para los dos.

Limpio los platos, recojo la cocina y me voy a la habitación para leer tranquilamente la carta. Está escrita a mano.

Menos mal que tiene una bonita letra y se entiende perfectamente.

“Querida Lidia, mi querida sobrina. Debido a las circunstancias de la vida, no hemos podido conocernos. Pero siempre he estado pendiente de ti. Te voy a contar la historia de por qué tu padre, mi hermano, dejó de verme y hablarme. Espero que no me juzgues y sepas comprender. Si te parece algo a mí, tendrás tu mente abierta.

Tu padre me encontró en la cama con su novia, justo la noche en la que él le iba a proponer matrimonio. Por aquella época estaba experimentando sensaciones nuevas. Sonia, así se llamaba la novia de tu padre, me sedujo y caí en sus brazos. Mi hermano me acusó de haber pervertido a su novia cuando él no tenía ni idea de que Sonia se había acostado con otras mujeres y estaba más que experimentada. No quiso escucharme y me acusó con nuestros padres. La consecuencia fue que me marché de la casa.

Puedo decir que he disfrutado de la vida, de todo lo que me ha ofrecido, sin remordimientos y sin ataduras. Hasta que conocí a Mauro, un italiano hermoso. Me casé con él y al final me despojé de todo lo que poseía menos de la casa.

Sé que estás casada y que no eres feliz. Rompe con esas cadenas que te atan a una realidad oscura, una realidad llena de tristezas y amarguras.

Te regalo mi casa donde he sido tan feliz. Mi energía está allí, esperándote. También tengo algo especial para ti, pero has de encontrarlo. Es mi tesoro y mi legado”

¡Qué fuerte!

Entiendo por qué mi padre no quiera volver a saber nada más de su hermana. No sé lo que yo haría en su lugar. He de reconocer que no toda la culpa fue de mi tía.

Pensándolo fríamente, tendría que agradecerle a su hermana que le desvelara quién era realmente la mujer con la que se iba a casar.

Pero mi padre es muy cabezota y chapado a la antigua. Ahora ya no hay remedio para que perdone a su hermana y los años que la tuvo desterrada de su vida.

¿Qué será ese legado? Según Roberto, el marido italiano la despojó de todo menos de la casa. Entonces...

Hugo entra a la habitación de puntillas.

—Creí que ya estarías dormida. Cuéntame toda la historia.

Le hago un resumen de lo ocurrido, tampoco entro en muchos detalles.

—¿Y cuándo quieres ir? Te lo digo porque tendré que organizarme ... Es un gran problema, no considero que en mi trabajo me den permiso para salir cuando yo quiera. Tú lo tienes fácil, eres tu propia jefa y puedes hacer lo que quieras. Además, lo tuyo es una especie de hobby.

—Claro, un hobby que trae unos ingresos interesantes a esta casa. Tú te crees que yo me toco el chocho todo el día, que no trabajo y lo que hago es pasar el tiempo. Nunca has valorado mi trabajo. Aunque sea mi propia jefa, tengo que hacer malabares con el tiempo. Tú vienes, te tumbas en el sofá, abres la nevera y siempre está llena y los fines de semana, te marchas con tus amigos a montar en bici, una caminata o un sinfín de excusas que me das con tal de no estar en casa.

—Ya empezamos de nuevo. Estar casados no significa estar todo el día pegados. Tenemos que tener nuestro espacio. ¿Te digo yo algo cuando sales con tus amigas? No, ¿verdad? Incluso te animo para que lo hagas.

—Dime una cosa, ¿para qué coño estamos casados si cada uno hace su vida por separado? ¿Qué hacemos tú y yo juntos? Ni siquiera nos gustan las mismas cosas.

—En el fondo sí te quiero.

—Será en el fondo, fondo. En las profundidades más bien. Apenas estás en casa. Posiblemente, seríamos más felices cada uno por su lado.

—¿Has conocido a otro? Es eso, me estás poniendo los cuernos con otro y por eso te quieres deshacer de mí.

—¿Es que tu mente es tan estrecha que piensas que el único motivo es porque estoy con otro hombre? Cada día me sorprendes más Hugo. No estoy con otro hombre y no he conocido a ningún candidato para ello.

—Tienes razón, qué tonterías digo. Es imposible que estés con otro.

—¿Por qué lo dices? ¿No me ves lo suficientemente atractiva como para atraer a otro

hombre?

—¡Claro que te veo atractiva! Estoy seguro de que más de un cliente te ha tirado los perros para acostarse contigo.

—Pues sí, más de uno, pero yo siempre los he rechazado. No está en mi personalidad, encamarme con otro hombre mientras esté contigo. Y tú, ¿puedes decir lo mismo? Hay fines de semana que desapareces con la excusa de hacer una acampada con tus amigotes.

—Puedes apostar a que no he estado ni estoy con otra. Es hora de dormir.

—Claro, buenas noches. Otra cosa, no reorganices nada. Me voy a Cerdeña con mis amigas.

Siempre lo mismo, no podemos tener una conversación civilizada o un poco larga sin pelear. Cada palabra que digo siempre tiene segundas intenciones, según Hugo.

Resignada por la situación, desbloqueo el móvil y creo un grupo de WhatsApp: “Hacemos las maletas”. Añado como imagen del grupo una foto que he encontrado por internet de Cerdeña. A continuación, voy añadiendo a todas mis amigas y empiezo a escribir.

*“Chicas, no os lo vais a creer. He heredado una villa en Cerdeña. Hagamos las maletas y vayámonos a conocerla”.*

Le doy a enviar y espero recibir las respuestas que no tardan mucho en llegar.

—Viola. *“¿Cómo qué vamos a hacer las maletas? ¿Por qué? ¿Dónde vamos? Las cosas hay que programarlas bien”.*

— Estíbaliz. *“Ya estamos, Viola. Seguro que es un plan perfecto. Ni se te ocurra poner pegas”.*

— Ivana. *“Por mi vale, lo que vosotras digáis está bien”.*

— Lidia. *“Podemos quedar mañana, en el café de siempre, para programar el viaje”.*

— Ivana. *“Vale, perfecto”.*

— Estíbaliz. *“Yo esto no me lo pierdo. Mañana en el café”.*

— Viola. *“Quedamos a las 8 y puntualidad, por favor”.*

—Jessy. *“¿Quéee? ¡Si cariño, quiero ir a esa villa con vosotras!”*

¡Qué emoción! Nos vamos de viaje a Cerdeña. Aunque no sé muy bien cómo terminará.

Cada vez que hemos salido juntas al final se ha armado la gorda por la diferencia de nuestras personalidades. No creo que esta vez sea diferente, pero lo capearemos como siempre.

—Apaga la luz y deja el móvil. Sabes que no puedo dormir si hay alguna luz. Deja para mañana los cotilleos con tus amiguitas.

—Ya la apago, tranquilo. Me voy al sofá, estoy demasiado inquieta para dormir. Buenas noches.

—Buenas noches. No pongas muy alto el volumen de la tele que también me molesta.

Salgo del cuarto mirando por unos segundos la cama donde está el bulto de mi marido.

¿Por qué sigo soportando esta situación?

Lo he amado, y mucho. Cuando comenzamos a salir era totalmente diferente. Palabras de amor, detalles continuamente, hacíamos el amor cada dos por tres... y ahora se ha convertido en eso, en un bulto o en una seta en el sofá, bien arraigado.

Este viaje también me servirá para tomar una decisión sobre el futuro de mi matrimonio, al cual, la verdad, no le auguro mucho porvenir.

Tumbada en el sofá enciendo la televisión bajando el volumen para no molestar. La luz del televisor me relaja y las voces, casi susurrando, me hacen sentir bien.

Cierro los ojos y en mi memoria aparece el rostro del abogado, Roberto. He de confesar que es un hombre atractivo y está claro, acostumbrado a seducir a las mujeres por la manera en la que me trató.

Cuando me tendió la mano y mis ojos se cruzaron con los suyos, su mirada se me hizo intensa y a la vez salvaje. ¿Cómo sería acostarse con semejante hombre?

Mejor no pensar en eso porque nunca pasará.

Compruebo la hora. No es tan tarde para llamar a mis padres.

—Hola, mamá.

—Hija. ¿Ha pasado algo? No es normal que nos llames a estas horas.

—No ha pasado nada grave. Hoy he ido a ver a un abogado. La tía Silvia me ha dejado una villa en Cerdeña.

—¿Silvia? ¿La hermana de tu padre?

—Esa misma. Imagina como me he quedado. Papá nunca ha hablado de ella y jamás en mi vida la he visto. Me ha dejado una carta explicando todo. Cuenta por qué papá se enfadó con ella. Es muy triste.

—Tu padre nunca me contó la historia. Yo tampoco la conocía. ¿Y te ha dejado una casa? Es muy extraño.

—En la carta pone que siempre ha estado pendiente de mí. Me hubiera gustado conocerla. ¿Está papá despierto?

—No. Está roncando como un cerdito.

—Mañana se lo cuentas si quieres. Yo iré a ver la villa con mis amigas.

—Haz muchas fotos. Ya me cuentas a la vuelta. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, mami. Te quiero mucho.

## Capítulo 3

### LIDIA

Son ya las 8 de la tarde y ninguna de mis fabulosas amigas ha aparecido aún.

Me dispongo a escribir un mensaje en el grupo cuando veo aparecer a Estíbaliz. Una gran sonrisa recibe a mi amiga. No sé por qué hoy me alegro más que nunca de verla.

—Lidia, cariño, por fin nos vemos. Dame un abrazo.

—Si no nos vemos es a causa de tus interminables viajes. ¿Cómo le va en el mundo de la moda a una leona como tú?

—Soy la reina de la gran manzana. Por cierto, necesitas un buen repaso en lo que a moda se refiere. Mira qué fachas llevas.

Tiene razón, voy vestida a desgarbo.

Últimamente, no presto atención a la ropa que llevo. Abro el armario y me pongo lo más cómodo sin importarme si los colores son los apropiados o si me veo ridícula. Estíbaliz, sin embargo, parece una modelo a punto de desfilas. Como la envidio a la jodida.

—Ya nos pondremos con tu estilo más tarde. ¿No han llegado las otras? Qué falta de puntualidad. Seguro que Ivana estará pidiéndole permiso a su marido y este no la ha dejado salir. Tenemos que enseñarle a tener un poco de carácter. Me da rabia que sea siempre tan sumisa.

—En este viaje lo intentaremos. Espero que no tarden mucho en llegar porque me muero de ganas por contaros lo que ha pasado.

—¿Y no me puedes dar una exclusiva?

—Noooo, no comas ansias. En breve lo sabrás.

Cuando va a abrir la boca para protestar, Viola, Ivana y Jessy se acercan a nuestra mesa.

—Por fin aparecéis chicas —reclamo con una gran sonrisa.

—Lidia, cariño, perdona, pasé a recoger a Ivana. Su marido se puso a protestar cuando la llamé. Tenía que sacarla de allí—saluda Viola dándome un gran abrazo.

—He tenido que acabar una consulta antes para poder estar aquí con vosotras. La cara de mi paciente... no le he dado tiempo a protestar. Cuando iba a abrir la boca, yo estaba abriendo la puerta de salida —Jessy se sienta con su habitual sonrisa.

Estíbaliz y yo nos lanzamos unas miradas de complicidad. Había dado en el clavo. Y tiene razón, tenemos que espabilar a Ivana y hacerla abrir los ojos.

Con la ayuda de Jessy seguro que lo conseguiremos.

—Lo bueno es que ya estáis aquí —saludo también abrazando a Ivana.

Un camarero se acerca a nosotras para tomar nota. Estíbaliz le da un buen repaso con la mirada y se centra en su trasero.

Una gran sonrisa se dibuja en su rostro. Eso significa que le ha gustado y mucho.

—Dime cielo, ¿hace mucho que trabajas aquí? Nunca te había visto y un bomboncito como tú no pasa desapercibido—comenta Estíbaliz sin cortarse un pelo.

—Hace una semana que me incorporé y muchas gracias por lo de bomboncito. Tú tampoco estás nada mal—responde el camarero atrevidamente.

Ya empezamos, se lo ha ligado la muy puta.

Ojalá yo tuviera también ese desparpajo. De verdad que la envidio, pero de una manera sana.

Al cabo de cinco minutos, el bomboncito aparece con las cervezas que le habíamos pedido.

Bueno, Ivana ha pedido un Sandy, no quiere que se le suba a la cabeza y aparecer medio piripi en su casa por temor a las réplicas de su asqueroso marido.

El mío, por lo menos, ni se inmuta cuando le digo que voy a salir. No sé si es suerte o es triste que reaccione así porque en realidad le importo un pepino.

Al dejar el botellín frente a Estíbaliz, esta le lanza un guiño bastante provocativo y él responde con otro más intenso aún, ya que va acompañado de una de las sonrisas más provocadoras que he visto en un hombre.

Se marcha entrando en el café y Estíbaliz se levanta de la mesa.

—Disculpadme, señoritas, voy al baño un momento.

Ya sabemos a lo que va y no es a mear precisamente. Las que nos hemos quedado en la mesa soltamos una carcajada. De sobra sabemos que va a echar un polvo.

—No me lo puedo creer. Siempre hace lo mismo. No entiendo cómo puede cepillarse a un tío en el baño, o en cualquier sitio, sin conocerle —Jessy mueve la cabeza de un lado a otro.

—Calla Jessy. El día que pruebes a un varón, ya nos contarás. Además, te haremos una fiesta —Viola responde un poco brusca.

—Vete a la mierda Viola. Yo me acostaré con un hombre cuando me dé la gana. —Jessy la mira fijamente.

—No nos peleemos. Jessy es dueña de su vida y hará las cosas como quiera.

—¿No será que te gustan las mujeres?

Esa pregunta de Viola provoca una mueca de enfado en el rostro de Jessy.

—¡Ya basta, chicas! Estamos aquí para programar nuestro viaje, no para arrancarnos los ojos entre nosotras —ahora la que se está enfadando soy yo.

Diez minutos tarda Estíbaliz en llegar, acomodándose la ropa y cepillándose su melena bien cuidada.

—¿Había gente en el baño? —pregunto mientras me llevo el botellín a la boca.

—Sí, y muy interesante, por cierto.

—Se te ve más relajada y con un rubor en las mejillas... creo que todas deberíamos ir al baño —Viola no puede ocultar en su tono despectivo un asomo de los celos que la caracterizan.

—Pues deberías chica. Pero antes prográmalo en tu agenda, manda limpiar el baño, envía un

memorándum a todos para que nadie lo ocupe hasta que te hayas ido —Estíbaliz contesta de forma retadora.

—Eres una zorra, ¿lo sabías? —la respuesta de Viola y su tono de voz indican que va a comenzar una gran batalla.

—Chicas, chicas, calmaros. Voy a contaros para qué os he reunido aquí. La hermana de mi padre, a la que nunca conocí, me ha dejado en herencia una villa en Cerdeña. Quiero que vayamos allí para conocerla, pasar unos días relajadas y decidir qué hago con ella. Además, dice que me ha dejado un legado, que tengo que encontrarlo.

—¿En serio? ¡Qué suerte! Yo me apunto. ¿Cuándo nos vamos? Los hombres italianos me apasionan. Además, me intriga esa búsqueda del tesoro.

Por supuesto, esta respuesta no podía ser de nadie más que de Estíbaliz.

—He pensado en Semana Santa. Y no te hagas ilusiones. Según el abogado, su marido la desplumó. Me habrá dejado alguna pintura o escultura. Nada de valor.

—Perfecto. Todas de vacaciones. Yo también me apunto. Para esas fechas ya tengo toda la agenda programada —Viola mira su agenda mientras contesta.

Ivana se queda callada, con la mirada dirigida al suelo.

—Vamos, Ivana, sé valiente y atrévete a decirle a tu maridito que se queda con los niños y que te vas a descansar con tus amigas —Jessy lo dice con mucho cariño.

—Es que no sé, nunca lo he hecho. Siempre he salido con él de viaje.

—Nunca es tarde, por dios. A veces me pones enferma con esa actitud que tienes. Desde jovencita te atraparon y has dejado de vivir tu vida y de ser tú misma. Díselo con dos cojones y si no le gusta, pues a la mierda de una vez por todas. Hay un montón de hombres sueltos por ahí que pueden hacerte muy feliz.

Ivana se queda mirando fijamente a Estíbaliz después de haberle soltado esa bomba.

Aunque no es la primera vez que lo hace, parece que hoy le ha afectado más que las otras, ya que unas lágrimas comienzan a aparecer por sus ojos hermosos.

—Ivana, Estíbaliz tiene razón. Te quiero un montón y me duele ver como ese energúmeno que tienes por marido te ha robado la libertad y sobre todo tu esencia. Aún recuerdo tu alegría y desparpajo, tus sueños, tus ilusiones antes de que te casaras con él.

—Esta vez tengo que darle la razón a Estíbaliz. Aunque un poco parca a la hora de exponerlo, tienes que despertar, tienes que reorganizar tu vida de nuevo. Si bien es cierto lo que dicen que ignorar tu pasado es confundir al futuro, debes hacerlo. Échale un vistazo a toda tu vida, haz un balance de lo bueno y lo malo. La balanza se precipitará estrepitosamente hacia lo malo, claro, y después, ignóralo para proyectar un futuro mejor —Viola suelta su argumento bien estructurado.

Ivana se tapa los ojos con las manos para que no veamos sus lágrimas, pero los pequeños hipidos son difíciles de disimular. Me levanto de la silla para inclinarme sobre ella y abrazarla.

—Vamos Ivana, sé valiente. Todas estamos aquí para apoyarte, nunca te dejaremos sola. Ese tío es una basura, y lo sabes —susurra Jessy en su oído con la esperanza de calmarla un poco.

Después de corresponder al abrazo grupal, se separa de nosotras, se enjuaga las lágrimas

bruscamente y nos mira como retándonos.

—Tenéis razón. ¡Basta ya! A partir de hoy seré de nuevo la Ivana que conocisteis. Me apunto al viaje. ¿Alguna conoce un buen abogado?

—Podemos ir con Roberto, el abogado que contactó conmigo para entregarme la herencia.

—Llámale y solicita una cita. Pero hazlo ya, antes de que me arrepienta.

Como un rayo, busco la tarjeta que me entregó y marco su teléfono.

—Roberto al habla. ¿En qué puedo ayudarle? —su voz suena muy masculina.

—Buenas tardes, Roberto. Soy Lidia La Fuente, ¿me recuerda?

—Cómo me iba a olvidar de ti. Pero, ¿no quedamos en tutearnos?

—Tienes toda la razón. Perdona que te moleste a estas horas, pero necesito concertar una cita contigo para tratar un tema.

—Parece que es urgente. ¿Mañana a las cinco de la tarde te viene?

—Espera un momento y te confirmo.

Tapando el micrófono me dirijo a Ivana.

—¿Mañana a las cinco?

—Perfecto.

—Está bien, mañana nos vemos. Muchas gracias.

—Hasta mañana. ¿Sabes? He estado pensando en ti desde que saliste de mi despacho.

Roja como un tomate, de eso estoy segura, cuelgo la llamada sin responder.

—¿Qué te ha dicho que tienes el semblante como una adolescente? —el sarcasmo de Viola me hace reaccionar.

—No sé exactamente. Dejémoslo. Y ahora, vamos a terminar de concretar el viaje.

## Capítulo 4

### JESSY

Como cada amanecer, me levanto para llevar a cabo mis ejercicios de yoga. Primero unos estiramientos, luego algo de cardio y termino con pesas.

De este modo, trabajo la masa muscular, además del correspondiente gasto calórico y metabólico.

Saludo al sol, Surya Namascar. Respiro profundamente y ejecuto una secuencia de 12 movimientos para aumentar la flexibilidad de mi cuerpo.

Mi objetivo es sentirme llena de energía, controlar mis respiraciones y de paso, no dejar que un gramo de grasa se acumule en ninguna parte de mi cuerpo.

Después de más de media hora, estoy sudando. Miro el agua de la piscina tan limpia, tan azul, tan transparente, que no me lo pienso ni un segundo. Me desnudo y me tiro de cabeza.

Mi cuerpo se abre entre el agua como un cuchillo. El contraste entre el calor corporal y la temperatura del agua provoca un escalofrío desde la punta de los pies hasta las orejas.

Me costó mucho dinero poder poner la piscina y, además, me comí mucha zona del jardín.

Con el cuerpo dentro del agua y los brazos apoyados en el bordillo de la piscina, observo las plantas del jardín haciendo que sienta armonía, estabilidad y tranquilidad.

En una de mis investigaciones, descubrí que los colores afectan a las emociones y al estado de ánimo. Por ejemplo, los tonos suaves, morados y azules claros ayudan a aliviar el estrés, mientras que los rosados pálidos calman los nervios, ya que están asociados a sensaciones cálidas. Los verdes transmiten paz y eliminan tensiones.

Si quieres transmitir alegría, las de colores vivos como el naranja o el amarillo son tu opción. El amarillo es un color que contagia bienestar y recuerda al verano, una época que levanta el ánimo a todos.

Tuve mucha suerte cuando me dieron el chivatazo de este chalet en Somosaguas. Estaba embargado por el banco y además tenía ocupas. Me lo quedé por una cantidad de dinero muy debajo de su valor y poco a poco lo he acondicionado a mi gusto.

Es verdad que estoy un poco alejada del centro de la ciudad, pero es el espacio idóneo para relajarse después de trabajar.

—Bueno Jessy, se acabó el baño, es hora de ponerse en marcha—pienso mientras salgo de la piscina.

Hice instalar una ducha solar para ahorrar energía. Disfruto del agua caliente y la presión que masajea mi cuerpo.

Extiendo con la palma de la mano un gel de fragancias florales. Ese aroma me trae recuerdos de la niñez.

—Me siento tan bien... ¡Me siento genial! —pienso mientras me aclaro el jabón, inconsciente de lo que la vida me tiene preparada.

Alargo el brazo para recoger el albornoz que se encontraba en una silla. Lo compré hace poco y me encanta su tacto suave. Además, seca muy bien. Me coloco las zapatillas antideslizantes, la última vez casi me mato, y me encamino a la cocina.

Delante de mí se halla la cafetera, una de esas con cápsulas. La pongo en marcha y coloco unas rebanadas de pan en la tostadora.

Disfruto de mi desayuno y me dirijo a mi cuarto para cambiarme de ropa. Me miro delante del espejo para darme a mí misma una aprobación.

—¡Genial, ya estoy lista!

Siempre tengo la palabra genial en la boca.

Nunca se agota.

Si alguien me pregunta, ¿cómo estás?, yo respondo que genial. Si me preguntan, ¿cómo has pasado el día?, yo respondo que genial.

Y así con todas las preguntas que me hagan. Intento ver el lado bueno de las personas, hasta del menos bondadoso porque le excuso, sus razones tendrá.

—¡Genial, me encanta como me queda este vestido! —sonríó observando mi reflejo en el espejo.

El espejo es ideal, lo encontré en una tienda que estaba por cerrar. Me puedo ver de pies a cabeza.

Mi habitación es extensa, con grandes ventanales que dan al jardín y por donde el sol se cuela para invadir toda la estancia con su luz.

Tengo una cama grande, de dos metros. Me muevo mucho por las noches y siempre he tenido miedo a caerme. Aunque sí me analizo, también es debido a la mini cama en la que tenía que dormir cuando compartía cuarto.

Siguiendo la recomendación de un artículo de internet, coloqué una tira de luces led por detrás del cabecero que pueden cambiar de color.

Se supone que eso me relaja según mi estado de ánimo.

Silbando, salgo de casa para entrar en mi Mini Cooper de tres puertas en un color azul eléctrico. Es el coche ideal para adentrarse por el centro de Madrid.

Tengo la consulta en el barrio Salamanca y cuesta mucho aparcar. Es un tercer piso y, aunque el edificio es antiguo, mi consultorio está reformado a mi gusto.

Nada más entrar, te encuentras con una pecera espectacular con peces disco enormes y de extraordinarios colores. Junto a las sillas, tengo una pequeña nevera para que los pacientes puedan tomar refrescos o agua de forma gratuita. La música que suena de fondo es relajante, nada estruendosa.

Cuando pasan a mi despacho, son recibidos por un panel en color madera cerezo donde cuelga una estructura en color blanco que alberga mis títulos. Tengo una ventana en mi espalda que deja entrar claridad.

Me siento en la silla giratoria y consulto en la pantalla del ordenador la lista de pacientes para hoy. Joana, Carmen, Lidia, Francisco, Antonio...

El sonido de la melodía del móvil me obliga a apartar la vista del ordenador.

—¿Quién será? —me pregunto extrañada. Bueno, lo cogeré, igual es una urgencia y aún me falta media hora para empezar la consulta. — ¿Diga?

Al otro lado del teléfono se escucha una respiración, pero ninguna palabra.

—¿Holaaa? Estoy escuchando su respiración, por favor, hable.

He escuchado infinidad de respiraciones, pero la suya... Tiene algo diferente que me está desequilibrando.

—Sí, aquí estoy, lo siento. Mi nombre es Alexis. Es la primera vez que llamo a un psicólogo, nunca antes lo había necesitado.

Ta-Tac, mi corazón se va a salir del pecho.

Pero qué cojones...

Tengo que tragar saliva varias veces porque tengo la garganta seca. ¿Cómo es posible que una voz, por muy masculina y cálida que sea, haga que me palpite el sexo de esta manera?

—Alexis, tranquilo, yo te ayudaré y te guiaré —trato de animarle hablándole con mucho cariño. —Siempre hay una primera vez para todo.

Menos mal que no puede ver mi cara.

Yo ni siquiera he tenido una primera vez en el sexo.

Aún me tengo que analizar más profundamente para encontrar ese trauma que no me permite abrirme tanto a un hombre.

Lo que tengo claro es que no me gustan las mujeres. Una vez intenté darle un beso a una y el experimento fue desastroso.

—Gracias, Jessica, eso espero.

—Lláname Jessy. Mis amistades así lo hacen.

—De acuerdo, Jessy. Una amiga me habló muy bien de ti. Es la señora Morales, mi tía. Dice que la ayudaste mucho cuando se ahogó uno de sus hijos haciendo apnea en el mar. Su deporte favorito, bucear a pulmón. Todos pensamos que ella se marcharía tras él, que no podría superarlo. Pero gracias a la familia y a ti, consiguió avanzar y restablecerse.

—Amparo... la recuerdo perfectamente. Un amor de mujer. En el duelo también existen espacios y momentos donde se puede recuperar la sonrisa y disfrutar de nuevas experiencias sin, por ello, tener que sentirnos culpables. Hay un poema de Antonio Machado, poeta español que me encanta, y dice lo siguiente:

*“Caminante, son tus huellas, el camino y nada más:*

*Caminante, no hay camino, se hace el camino al andar.*

*Al andar se hace el camino, y al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar.*

*Caminante no hay camino, sino estelas en la mar”.*

—Es muy bonito. Además, ese poema narrado por ti, me deleita —de nuevo su voz crea un caos en mi interior.

—Ahh, graciassss —respondo con una risa nerviosa. Menos mal que no puede verme.

—¿Cuándo crees que pueda visitarte, Jessy?

—Normalmente, intento amoldarme a los horarios de mis pacientes. Dime a qué hora te va bien y consulto la agenda.

—¿Esta tarde a las 9?

Una pausa un poco larga para darle emoción, ya que estoy deseando estar frente a este hombre. Esa es la hora en la que ya estoy descansando, pero no me importa.

—Me va bien. A esa hora ya no tengo pacientes. Aunque es un poco tarde, por ser tú, te atenderé.

—Perfecto, Jessy. Nos vemos a las 9.

Tan alelada estoy con su voz que ni siquiera le he intentado sonsacar por teléfono, que es lo que le pasa.

El día transcurre, como siempre, de forma positiva. Pero Alexis está metido en la cabeza.

No paro de preguntarme cómo será físicamente. Si con solo escuchar su voz me pongo a cien... No, si ya verás, será un cardo borriquero, como dice mi madre.

Seguro que es feo y desagradable. Antipático no me ha parecido en la pequeña charla que hemos tenido.

¡Basta! ¡Basta! Joder, me va a estallar la cabeza y no puedo concentrarme en mis pacientes.

Y por fin son las 9. Suena el timbre de la puerta. ¿Será él?

Si es así, es puntual y eso me gusta.

Antes de girar el pomo de la puerta, me doy un repaso al vestido, me atuso el pelo y dibujo una de mis mejores sonrisas. Abro lentamente, no quiero parecer desesperada.

—Buenas tardes, soy Alexis. ¿Eres Jessy?

De cardo borriquero nada. Debe tener unos 36 años. En su rostro se dibuja una preciosa sonrisa con unos dientes blancos y perfectos. Sus grandes ojos verdes me miran intensamente.

—Sí, claro. Pasa por favor.

Es alto el condenado, debe medir más o menos 1 metro y 85 centímetros.

El pelo lo lleva a la altura de los hombros, de color oscuro, aunque se entrevén algunas canas. Parece ser que mientras subía por el ascensor, se ha quitado el abrigo, dejándolo tan solo con un jersey bien ajustado de cuello alto y unos pantalones de vestir.

Me tengo que sujetar en el quicio de la puerta para no caerme. Nunca había visto a un hombre como este.

De pectorales fuertes, sin barriga, con un culo respingón...

¡¡Dioses del Olimpo, es el hombre perfecto!! Al menos físicamente.

—Acompáñame —invito a seguirme.

Contoneo las caderas más de lo habitual. ¿Pero quién soy yo? Jamás me había comportado así. Parezco una de esas que salen en las películas que están más salidas que el pico de una mesa.

—Acomódate en el diván. ¿Quieres algo para beber? Un poco de agua, un té...

—No gracias, así estoy bien.

Mientras se instala en el diván, no me quita los ojos de encima. No quiero mirarle tan descaradamente como lo está haciendo conmigo, así que prácticamente corro para sentarme detrás de la mesa.

—Voy a abrirte la ficha y enseguida empezamos.

Clicleo el programa de clientes en mi nuevo iMac azul, prácticamente del mismo color que mi coche. Lo tengo hace poco, ya que Viola me convenció de cogerlo. Antes usaba el típico PC y me cuesta acostumbrarme a este nuevo sistema operativo.

—Por favor, dame todos tus datos, incluido el número de documento.

Sin apartar la mirada de mi cuerpo, va diciendo lentamente los datos que le solicito. ¡Deja de mirarme así! No me puedo concentrar y los dedos tiemblan como si se hubieran convertido en gelatina.

—¡Genial! Ya tengo la ficha abierta. Podemos comenzar.

Me levanto de la silla giratoria para acercarme a una butaca próxima al diván. Los pacientes no pueden verme, así no se ponen tan nerviosos.

—Cuéntame, qué te ocurre, en qué puedo ayudarte.

—Esto yo... es que... uffff —sopla mirando al techo.

En ese momento le pongo una mano sobre el hombro. Qué duro está.

—Tranquilo, no te preocupes, tómate tu tiempo —susurro.

—Me cuesta trabajo mencionarlo porque me avergüenzo de ello. Hace un tiempo, en un reconocimiento médico, me encontraron un pequeño bulto en la garganta. Me hicieron pruebas para saber si era bueno o malo. Estuve esperando a que me llamaran y en mi cabeza me convencí de que esa llamada sería para decirme que tengo cáncer.

—¿Ya te han llamado? —pregunto preocupada. No podía ser que el primer hombre que me provoca lo que me provoca, se vaya de este mundo tan rápidamente.

—Sí, me llamaron para decirme que falta una nueva prueba, que todo está bien, que no debo preocuparme por nada.

—¿Entonces? ¿De qué te avergüenzas? ¿A qué le tienes miedo? —pregunté más intrigada que preocupada.

—Siempre he sido un hombre cabal, con los pies en el suelo, muy seguro de mí mismo, pero ahora... ¡Tengo miedo a morir!

—Alexis, no tienes que avergonzarte por esta reacción. Es normal. Esto le pasa a cualquiera.

—A mí no me tendría que pasar. Desde esta revisión pienso que tengo cáncer en el pulmón porque a veces no puedo respirar y me duele el pecho.

—¿Pero el bulto no era en la garganta?

—Sí, ya sé, estarás suponiendo que soy un imbécil.

—Para nada. Lo que opino es que te has creado un estado de ansiedad. ¿Puedes dormir por las noches?

Mientras realizo la pregunta, desplazo la butaca para ponerme frente a él. En esta ocasión necesito verle.

—Me cuesta bastante.

—Pero..., ¿es insomnio proximal o distal? Es decir, ¿te cuesta conciliar el sueño cuando llegas a la cama o te despiertas a media noche?

—Me despierto a media noche.

—Entre las tres y las cinco de la mañana, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? ¿Has estado en mi casa y yo no me he enterado?

Trata de sonreír, aunque se le ve afligido.

—No, no he estado en tu casa. —Aún, pensé para mí misma. — La ansiedad suele manifestarse a esas horas. En acupuntura dicen que los órganos se recargan cuando dormimos, y esa hora pertenece al pulmón, de tres a cinco. De una a tres el hígado, de cinco a siete el intestino grueso, de siete a nueve el estómago... En fin, que tu hora pertenece al pulmón.

—También me despierto a veces de una a tres, entonces quiere decir que también tengo jodido el hígado.

—No hombre, tranquilo. Eres un poco hipocondriaco. Cada órgano está asociado a un estado emocional. El pulmón se asocia a la tristeza, la desgana, la apatía o el llanto. El hígado a la ira, la angustia, el agobio y la frustración.

—¡Bingo! Has dado en la diana.

—Además, todo esto somatiza, es decir, lo emocional pasa a un estado físico. La tristeza lo hace a través del pulmón y de la piel. Resfriados, mocos, tos, manchas, eccemas... La ira somatiza a través de dolores de cabeza, cervicales, pérdida del cabello, tensión alta... entre otros.

—¡Eccema! De eso también tengo, mira.

Se levanta el jersey mostrándome los pectorales en vivo y en directo.

Tiene la piel lisa y sedosa, apenas sin vello. Se me van a salir los ojos de las órbitas. Un calor intenso sube desde mi palpitante clítoris hasta la cabeza.

Me pongo a sudar intensamente y no tengo más remedio que levantarme para tomar uno de los pañuelos de papel del dispensador. Enciendo el aire acondicionado.

—Aunque estamos en febrero hace calor. Voy a poner un momento el aire acondicionado. Si te molesta, dímelo.

—No me molesta, pero dime, ¿crees que es grave el eccema? —parece angustiado al preguntarlo.

Me acerco un poco más dándome aire con el pañuelo. Paso los dedos suavemente donde me ha señalado que tiene el supuesto eccema.

No hay nada, solo piel suave color caramelo listo para que lo lama.

—Dime, ¿crees que debería ponerme alguna crema? —insiste.

¡Crema tuya, necesito yo dentro de mí! ¡Válgame Dios! ¡Por la virgen y por todos los santos! ¡Que el santo cristo venga a rescatarme! Yo nunca he tenido pensamientos tan lascivos y sexuales.

—Date un poco de aloe vera y ya está. Parece más como una pequeña, ínfima rozadura. Ahora, cuéntame de dónde crees que viene de repente esa obsesión porque te vas a morir.

Alexis narra capítulos de su vida, desde niño hasta adolescente, donde por un motivo u otro, se produjeron accidentes que al final acabaron en muerte.

Se le ve un chico culto, inteligente y con una voz que me vuelve requeteloca.

Y por primera vez en mi vida, en lugar de escuchar al paciente, lo que hago es analizar su anatomía.

Me fijo en los pies que, aunque lleva zapatos, no se les ve muy grandes. Los músculos de las piernas se marcan a través de la tela de los pantalones. Buenas pantorrillas para una noche de sexo intensa.

¡Qué fuerte! Esto será porque no he catado ningún hombre en mi vida. Voy a tener que poner remedio a estos malestares.

¡La puta madre que lo parió! ¡¿Eso es su paquete?! Imposible que eso me quepa ahí dentro, y más el mío que está sin estrenar.

—Discúlpame un momento, enseguida regreso.

Casi tiro la butaca al levantarme y salir corriendo al baño. Cierro la puerta tras de mí para tomar aire. Observo en el espejo mi cara desenchajada.

Abro el grifo y me mojo la nuca y la frente. Me da igual el maquillaje. Respiro hondo poniendo en práctica mis terapias y regreso al lado de Alexis.

—Ya estoy aquí, ¿por dónde íbamos? —pregunto sonriendo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que lo dejemos para otro día? —realmente se le nota preocupado.

—Por supuesto que no, estoy divinamente. Dime, ¿tienes novia, mujer, marido...?

Aunque es bueno saberlo por el tema de la terapia, realmente me interesa más la parte íntima. A ver si resulta que ahora es gay, que no me extrañaría nada.

He conocido unos cuantos que están para comérselos y mojar pan.

—¿Eso importa? —pregunta abriendo mucho los ojos.

—Importa, ya que puede que el estar con una pareja también te provoque estados de ansiedad. Y si no es así, es importante saber cómo lo vive tu pareja y si puedes recibir apoyo por parte de ella.

—En primer lugar, no soy gay, me gustan demasiado las mujeres. Y no, desde hace más de un año no tengo pareja.

Mi corazón de nuevo se pone a palpar como una estúpida adolescente.

—Te felicito o... ¿Te doy el pésame? —estoy deseando felicitarlo.

—Nada de pésame. Esa mujer estaba loca. Era una obsesiva, compulsiva y super celosa.

—¿Por un casual no se llamará Viola?

—No, ¿por qué? —pregunta extrañada.

—Por nada, sigamos.

—Desde esa experiencia he querido estar solo, pero creo que ya es hora de abrirme de nuevo al amor.

Me está mirando fijamente y su sonrisa va más allá de una simple y casta.

—Eso me gusta de ti, abierto a los cambios. Nosotros mismos nos complicamos la vida.

—Y tú, ¿casada, viuda, comprometida?

—No me has preguntado si tengo pareja que sea mujer.

—Apostaría a que no te gustan las mujeres y te derrites por los hombres.

—En esta sesión yo soy la psicóloga y hago las preguntas.

Intento sonreír lo más natural posible.

—Entonces la parte de estar solo y sin compromiso la llevas bien.

—Muy bien. Es más, ya estoy listo para iniciar una nueva relación.

—Dime una cosa sobre tus relaciones. ¿Eres un picaflor o te gustan las relaciones serias que lleven a un compromiso?

—No me gusta ir de mujer en mujer. Eso ya lo probé en una etapa de mi vida. Una etapa lejana. Solo me he comprometido con dos mujeres. La primera me dejó para irse a trabajar al extranjero y la segunda, ya te lo he contado.

—Bien Alexis, por hoy hemos acabado. Son las diez y media.

—Se me ha pasado el tiempo volando. La verdad es que me encuentro muy a gusto hablando contigo.

—Yo me quedaría hablando contigo toda la noche, pero ya es tarde. Es genial que te encuentres cómodamente.

—Genial venir a tu consultorio.

¡También utiliza Genial, mi palabra! Me gusta todo en él. Bueno, menos esa pequeña hipocondría que ha desarrollado a raíz de la visita al médico.

Hemos quedado para la semana que viene y ya estoy ansiosa por verle de nuevo.

## Capítulo 5

### LIDIA E IVANA.

A las cinco en punto de la tarde, tocamos el timbre del despacho de abogados. De nuevo, la misma señorita que me atendió, nos pide que esperemos en esos sofás que parecen tan cómodos.

En esta ocasión sí me da tiempo a comprobarlo. Ivanna mira nerviosa la sala enredando sus dedos por encima de la falda.

—Vamos Ivanna, ya estamos aquí. No te echas atrás ahora. Aquí me tienes para ayudarte en todo.

Los ojos de Ivana reflejan terror. No puedo dejarla sola con todo esto. Si su marido se llega a enterar de lo que va a hacer su mujer, es capaz de encerrarla en la casa y no dejarla salir más.

Ella aún no está preparada para plantar cara y acabar con todo este drama.

La puerta del despacho que atravesé la última vez que estuve aquí se abrió lentamente, dejando paso a Roberto.

Ay, madre, hoy está más guapo que el otro día.

Lleva un traje negro a medida, por supuesto, con una camisa en color lila, sin corbata, con tres botones abiertos que dejan ver un pecho liso, sin bello y con un color tostado que me provoca pasar la lengua para saborearlo.

No estoy segura si tener pensamientos obscenos con ese hombre es ser infiel a mi marido, pero si es así, soy la mayor pecadora de la faz de la tierra.

Me levanto de un brinco, ya que he notado que las bragas se han empapado y me daría una vergüenza atroz dejar una mancha en ese impecable sofá.

Roberto se acerca a mí con paso firme, con su pelo castaño perfectamente cortado, con sus ojos color oliva y con su sonrisa abierta.

—Lidia, querida, es un placer verte de nuevo.

Sus manos se apoyan en mis hombros firmemente, acercando su mejilla a la mía. Está impolutamente afeitado, no se nota ni un ápice de bello en su rostro. Unos labios suaves y tibios se posan en mi carrillo rozándolo sensualmente.

Creo que me voy a desmayar. Si este hombre me tumbara en este momento sobre el sofá, me dejaría hacer de todo. Y cuando digo de todo, es de todo. ¿Desde cuándo me he vuelto tan lasciva?

—Créeme que, en otras circunstancias, también sería un verdadero placer, pero vengo acompañando a mi amiga.

—Sentaos, por favor.

—Ella es Ivana, casi una hermana para mí. Necesito que la asesores para divorciarse lo antes posible.

—¿Y tú? Cuando te voy a divorciar.

—De momento ayuda a Ivanna.

—Ok, no hay problema, no soy celoso.

No saca el dedo del renglón. Ivanna me mira curiosa, está notando ese juego que ha iniciado Roberto y que no soy capaz de cortarlo.

La verdad, no quiero. Me hace sentir mujer, femenina y mi ego hace tiempo que necesitaba una dosis bien alta.

—Ivana, necesitare que me firmes algunos papeles para poner en marcha el proceso. Déjame tu documentación.

Ivana responde a todas las preguntas sobre su futuro exmarido, sus hijos y la situación económica. Mi amiga lo está pasando realmente mal. Le cuesta mucho hablar y la paciencia de Roberto es asombrosa.

Cuando terminó de teclear en su ordenador, se levantó de la mesa y salió del despacho. No tardó mucho en regresar.

—Firma aquí Ivanna y comenzaremos el proceso de divorcio.

Cuando nos despedimos de Roberto dándole las gracias efusivamente, una corriente eléctrica, de esas que te erizan todos los pelos de la piel, atraviesa mi cuerpo al apretar su mano.

Cinco, diez, quince segundos transcurren nada más, pero sus ojos y su boca claramente me dicen que, si pudiera, allí mismo me arrancaría la ropa y me follaría hasta que se me saltaran las lágrimas.

Jamás me había sentido tan excitada y con ganas de entrar en el baño y tocarme hasta correrme.

—Hace una tarde estupenda. Podríamos dar una vuelta por el retiro. No me apetece nada llegar ahora a casa, aunque eso me vaya a costar una pelea — Ivana me agarra la mano.

—Vamos al retiro. Que le den por culo a tu marido. Es hora de que hagas tu vida y no la que él te impone.

Pasear por el pulmón de Madrid es gratificante. Observar los árboles, sus ramas moviéndose con la más mínima brisa.

El cántico de los pájaros, como si quisieran decirnos algo hermoso. En silencio observamos todo lo que nos rodea, gente haciendo deporte, parejas paseando agarradas de la mano y mirándose con ese amor que hace tiempo nosotras tuvimos, pero que ahora parece que pasó hace siglos.

Llegamos a la parte del lago donde las barcas se deslizan por el agua, arrastradas por los remos.

Nos reímos durante un buen rato con una pareja que se nota que no tienen experiencia. A pesar de mover los remos, la barca no lleva la dirección que ellos quieren. Se ríen, felices, sin importarles que su esfuerzo no los lleva a su destino.

Nos llama la atención un chico delgado, pero con complexión fuerte, rubio, con el pelo liso

que le llega hasta los hombros. Está sentado en una silla de camping frente a una mesa plegable.

La mesa está cubierta por un tapete en color morado de terciopelo y frente a ella, dos sillas más.

Sobre el tapete unas cartas del tarot. Nuestras miradas se cruzan y, sintiendo una energía desconocida, me acerco a la mesa. Ivana me sigue sin comprender.

—¿Dónde vas? ¿Qué haces? Nunca has creído en estas cosas.

—Lo sé, pero algo me empuja a sentarme y escuchar lo que tiene que decirme.

—Buenas tardes. Por favor, sentaros.

Su sonrisa es encantadora y sus ojos transmiten paz. Baraja varias veces las cartas del tarot. Parece muy concentrado. Pone frente a mí el montón bien colocado.

—Tómala. Mientras la barajas, concéntrate en lo que quieres saber. Luego haz tres montones.

Concentrada en mi tarea, no me doy cuenta de los pequeños codazos que Ivana me da.

—No lo puedo creer, Lidia. Vámonos de aquí.

Si hacerla el más mínimo caso, corto la baraja en tres. Aunque no sé para qué lo he hecho, ya que nuestro adivino las vuelve a juntar.

Coge una carta y la pone frente a mí. Luego, con el resto, forma una especie de cruz. Todas están bocabajo.

—¿Cómo te llamas? —pregunta sin levantar la vista de las cartas.

—Lidia.

—Lidia, muy interesante tu tirada. Tienes un buen pasado. Familia unida, unas buenas amigas y has estudiado la carrera que te gusta y que te hace sentir realizada. Te casaste enamorada, o por lo menos eso creías. Tu matrimonio se ha convertido en una rutina y por supuesto, ahora ya no te sientes realizada.

Ivana y yo nos miramos alucinadas. Ha dado en el clavo, pero... no es posible que todo eso salga en unas cartas con dibujos de unas figuras extrañas.

—¿Me equivoco? Si es así, lo dejamos aquí mismo.

—No, no, sigue por favor.

—Recientemente, has heredado algo que jamás te lo hubieras imaginado. Esta herencia te va a cambiar la vida por completo. Es lo que necesitabas para salir de un matrimonio nefasto. Tú sí quieres a tu marido y él también te quiere a ti, son ya unos cuantos años, pero vuestras vidas no están destinadas a ser para siempre.

Ivana me aprieta la mano. Es conocedora de la situación actual con mi marido. No da crédito a lo que está escuchando.

—Entonces, ¿cuál es mi futuro? —pregunto ansiosa.

—Vas a hacer un viaje y vas a tener experiencias que nunca imaginaste. Vas a tener que tomar decisiones tajantes y dependiendo de ellas, vas a trazar tu futuro. Piensa bien las cosas, o saltas a la piscina para cambiar todo, o te vuelves a quedar en el círculo vicioso en el que vives.

—Vale, pero quiero saber... si salto a la piscina, ¿me va a ir bien?

—Claro, porque será tu decisión y tú, Lidia, serás libre de tomar tus propias decisiones para realizarte como mujer y como profesional.

—Valeeee. Mensaje recibido. Ahora le toca a Ivana.

—No, no, de eso nada. Reconozco que contigo ha dado en el clavo, perooooo...

—Deja de poner excusas y coge esa baraja —protesto indicando las cartas.

El chico efectúa la misma rutina que conmigo. Ivanna agarra la baraja temblorosa. Titubea durante unos segundos, pero mi mirada tajante la anima a cortarla tres veces y entregársela.

Nos está poniendo nerviosas. Está tardando mucho en hablar.

—¿Cómo te llamas princesa? —pregunta sin mirarla a los ojos.

—Ivana.

—Ivana... siento mucho lo que te está ocurriendo. No es culpa tuya. Tomaste una mala decisión empujada por tu familia. Dejaste a una persona que te quería un montón, de hecho, aún te quiere, por el qué dirán y por no incomodar a tu familia. Te casaste con el hombre perfecto para ellos.

Ivana baja la cabeza. La conozco, se va a poner a llorar. Agarro su mano fuertemente para que sepa que estoy ahí, que estoy con ella y no la voy a dejar sola.

—Tienes dos hijos por los que te has desvivido. Tu marido no te valora, pero es muy cómodo para él tenerte en casa, ocupándote de ella y de la crianza por completo de tus hijos. Sin embargo, él tiene otro tipo de vida al margen de su matrimonio. Le gusta coquetear con las mujeres.

—¿Me es infiel? —la angustia en la voz de Ivana me llega hasta el alma.

—No se ha enamorado de nadie, pero...

—Eso quiere decir que el muy cabrón ha estado con otras mujeres. Será hijo de puta... —no pudo evitar la explosión de insultos.

—Te vas a ir de viaje con tus amigas. Has dado un gran paso para arreglar tu situación. Sigue dándolos, no te detengas. Al igual que a Lidia, este viaje te va a servir para cambiar tu destino definitivamente.

Visualizo un ápice de esperanza en los ojos de mi amiga. Parece ser que esta experiencia nos va a cambiar la vida a todas.

—No vais solas, con vosotras van otras tres mujeres. Aunque veo un gran lazo de cariño entre vosotras, se van a dar circunstancias donde esa lealtad y esa amistad se van a poner a prueba. Solo recordad una cosa. Agarraos a ella, ningún hombre merece la pena que lo destruya.

El teléfono de Ivanna suena de repente rompiendo el momento. Nunca me había fijado en la melodía. Es la banda sonora de la película Tiburón. La cara de Ivanna se ha puesto rígida y sus ojos no quieren dirigirse a la pantalla. Esa llamada es de su marido.

—Cógelo, es tu marido. Empieza a demostrarle que él no dirige tu vida. Que tú eres la propietaria, nadie más —la voz del adivino es suave y dulce.

—Dime, ¿les ha pasado algo a mis hijos? —pregunta con una pequeña firmeza que hace muchos años que no veo.

Los gritos de ese cabestro se escuchan bien altos.

—¿Dónde estás? Hace horas que deberías estar en tu casa atendiéndome a mí y a tus hijos. Más vale que tengas una buena explicación.

—Y si no la tengo, ¿qué harás? ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a abandonar?

¡Esa es mi niña! Por fin empieza a plantarle cara.

—Te lo advierto Ivana. No vayas por ese camino porque si no, tendré que hablar con tu madre para que sepa que su queridísima hija se está convirtiendo en una descocada que abandona a su familia para saber qué coño está haciendo.

Fue nombrar a su madre y entra en estado de pánico. La miro moviendo enérgicamente la cabeza para que no le haga caso, para que siga firme con la decisión que está empezando a tomar.

—Habla con quien quieras. Estoy con mi amiga Lidia. Ha heredado una casa y te comunico que me voy de viaje con ella para conocerla.

—Habla cuando llegues a casa. Y olvídate de ese viaje. Yo tengo planes y debes quedarte con tus hijos.

¡No! ¡Nada de eso! Este cabrón no se va a salir con la suya.

—Ivana, mírame. —La voz del chico la obliga a girar la cabeza. —Es ahora o nunca. Debes plantarle cara y no dejar que se salga con la suya. Si lo haces, podrás empezar a ver la luz al final del túnel.

—Muchas gracias. Por cierto, ¿cuál es tu nombre? —pregunto levantándome de la silla.

—Mi nombre no importa —responde sonriendo y moviendo la baraja.

—¿Cuánto es la consulta? —pregunto mientras abro el bolso para sacar la cartera

—La voluntad, lo que tú puedas darme.

No tengo ni idea de lo que se suele pagar en este tipo de consultas, ya que como dijo Ivana, nunca he creído en esto. Saco un billete de diez euros y se lo entrego.

—¿Así está bien? —titubeo.

—Así está bien —sonríe.

Ivana hace lo mismo. Extrae de su cartera un billete de diez euros.

—Os mando mucha energía y fuerza para que no flaqueéis en las decisiones que tenéis que tomar.

Ivana se aferra a mi brazo y comenzamos a caminar.

—¿Tienes miedo de llegar a tu casa? ¿Quieres que te acompañe? —sé que está muerta de miedo.

—Por favor.

Es tan grande la angustia que se refleja en su rostro que no dudo ni por un instante en acompañarla.

—Espera, voy a llamar a Hugo para que no se preocupe por mí, aunque dudo que lo haga.

—Hola, estoy con Ivana y la voy a acompañar a su casa. No se encuentra muy bien.

—Vale, pero no tardes, hoy no quiero cenar tarde —responde Hugo.

—Una pregunta, ¿has tenido un accidente? —pregunto con ironía.

—No, ¿a qué viene esa pregunta tan tonta?

—Porque si no estás escayolado y en una silla de ruedas, puedes utilizar tus brazos y tus piernas para hacer la cena.

—Ehhh, que si estás cabreada no lo pagues conmigo. No te preocupes, te ayudaré, haré la cena.

—¿Qué me ayudas? Porque si a esas vamos, y yo tengo que hacer todo, te pasaré una factura por mis servicios de criada. Te advierto que no va a ser nada barata. Imagina, a 10 euros la hora por hacer las tareas que te corresponden.

—Ya estamos con las gilipolleces de siempre...

Y cuelga el muy desgraciado. Encima se da el gusto de colgarme.

—Este tío es gilipollas. Amiga, no eres la única que va a efectuar un cambio radical. Vamos a tu casa.

Antes de introducir la llave y girarla me mira.

— Dale, entra. Estoy contigo.

Su marido parece que nos ha escuchado cuando subíamos la escalera porque está esperándola en la puerta.

—Menos mal que llegaste. Tú quién te has creído...

Deja de hablar cuando percibe mi presencia.

—Gracias por acompañarla a casa, Lidia. Ya te puedes ir.

—De eso nada, no me voy.

—¿Perdona? —su mirada me atraviesa como si fuera una espada bien afilada.

—Que no me voy. Quiero explicarte cuando nos vamos y a donde.

—No quiero ser grosero, pero no eres nadie para decidir sobre mi mujer. La única persona que tiene derecho soy yo, que para eso soy su marido.

—Su marido, tú lo has dicho, no su dueño. Que yo sepa, la compra de seres humanos hace muchos años que se abolió.

—¡Lárgate! Ya deberías estar en tu casa atendiendo a tu marido.

Su mirada me provoca pánico. No quiero ni pensar lo que va a pasar con mi amiga. Mis ojos buscan su cuerpo y la encuentro en un rincón con los brazos cruzados sobre el pecho, angustiada

y aterrorizada.

—Solo te voy a decir una cosa. Que no me entere yo que la maltratas, que la pones un dedo encima, porque te juro que te mato después de denunciarte.

—¡Qué te largues ya!

Y da un portazo que casi me deja la nariz a la altura de los pómulos. Acerco la cabeza a la puerta para escuchar lo que está pasando tras ella.

No se escuchan golpes ni tampoco gritos. Sus hijos están en casa y supongo que él no querrá dar un espectáculo delante de ellos.

Para todos es el hombre perfecto.

## Capítulo 6

—Ivana, ¿estás bien?

Sé que es temprano, pero apenas he pegado ojo en toda la noche pensando en ella, en si estará bien, o en si tendré que ir a matarlo.

—No amiga, no estoy bien. ¿Podemos vernos a la hora de la comida? —su voz se siente temblorosa y además habla en susurros.

—Está ahí ¿verdad? Está sobre ti como una alimaña. Nos vemos a la hora de comer en el VIPS de siempre. Ivana, sabes que te quiero un montón y que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

—Aja, nos vemos.

Qué rabia me da. Mi matrimonio es una porquería, pero no tengo a mi marido tratándome como a una esclava y amenazándome cada dos por tres con indisponerme con mi familia. Es un desgraciado.

La mañana pasa muy rápido. Inesperadamente, ha aparecido un cliente francés que compró recientemente una casa en La Moraleja. Acudió a mí para que se la decorara íntegramente.

—Quedamos así Lidia. Ya tienes todos los detalles para empezar la renovación. He de salir de viaje a Estados Unidos y estaré unos seis meses por allí. Te dejo las llaves para que puedas entrar y salir libremente.

—Por supuesto Patrick. Cuidaré de su casa como si fuera la mía. Puede irse de viaje tranquilamente y le agradezco la confianza que ha depositado en mí.

—No tienes nada que agradecer. Me encantan tus ideas y no tengo la menor duda de que he apostado por una ganadora. Por cierto, noto en ti un cambio que me gusta. Tienes más firmeza que la última vez que nos vimos.

—He tomado decisiones en mi vida para cambiar las cosas.

—Puedes apostar que son buenas porque ya se nota el cambio. Me tengo que marchar, si no, perderé el avión. Nos vemos a mi vuelta.

Se despidе con un enérgico agarrón de manos. Me encanta ese hombre. Su gusto es

sofisticado y minimalista, con colores neutros, nada estridentes.

En ocasiones me he negado a decorar casas con esos colores chillones que no pegan ni con cola y con figuras dignas de un narcotraficante de esos que salen en las películas. Va en contra de mis principios.

Me dirijo a mi cita con Ivana. Ella trabaja como funcionaria en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Se pasa todo el día rodeada de papeles delante de una pantalla de ordenador.

Reconozco la seguridad que da un sueldo para toda la vida, pero no la envidia para nada. Es un trabajo monótono donde no pasa nada emocionante.

Con el carácter de Ivanna es ideal para ella.

Nada más entrar en el restaurante, la veo sentada en una de las mesas con las gafas de sol puestas. Qué extraño, nunca las lleva en esta época del año.

—Con gafas de sol, ¿qué ocultas? ¿No te habrá pegado ese desgraciado?

No contesta y baja la cabeza.

—¿Qué ha pasado? Cuéntamelo a la de ya, sin omitir detalles que te conozco.

—¿Podemos pedir antes un poco de agua?

—Claro, ahora vengo.

Con dos botellitas de agua, me siento a su lado.

—Toma, bebe y cuenta.

Se me hace interminable el minuto que tarda en abrir la botella, llevársela a la boca y darle un par de sorbos.

—Suelta la puñetera botella ya y cuéntame —digo susurrando entre dientes mientras le quito la botella de la mano y poniéndola en la mesa.

—Cuando te marchaste, me llevó hasta la cocina para terminar de preparar la cena. Cuando los chicos estaban ya dormidos, él me estaba esperando en la habitación. Sacó de mi cajón un conjunto de ropa interior que me regaló hace unos años, digno de la reina de un burdel, para que me lo pusiera. Me negué, pero empezó a desvestirme.

—¿Cuándo vas a aprender a decir que no de verdad?

—Me amenazó con despertar a los chicos para ponerlos en mi contra.

—¿No te das cuenta de que es pura palabrería? Te ha cogido el punto y sabe exprimirlo. Ivana, despierta, párale los pies. ¿Y qué pasó luego? Menos mal que te vas a divorciar.

—Me forzó a hacer el amor. Fue brusco, me arrancó la ropa, me tiró encima de la cama y me folló salvajemente. Te juro Lidia que jamás se había comportado así. Por más que le decía que me dejara en paz, que no quería estar con él, más salvaje se volvía.

—¿Te violó el muy cabrón?

—¡Cómo me va a violar! ¡Es mi marido!

—Eso no le da ningún derecho de tomarte a la fuerza. Marido o no, a eso se le llama

violación. En serio, Ivana, abandónale ya. Coge a tus hijos y vete. Da igual que aún no haya salido la sentencia. ¿Te imaginas lo que pasará cuando le presenten los papeles?

—¿Dónde? A casa de mi madre ni de broma. Antes lo recibe a él que a mí. Y mi hermana vive lejos, no puedo ir a su casa.

—Si te animas a abandonarlo ya, tengo una casa de un cliente que va a estar fuera del país durante una larga temporada. Puedes ir allí mientras buscas una casa que te guste.

—No sé si puedo... que dirán... y mis hijos...

—A la mierda con todo el mundo. Y en cuanto a tus hijos, vale, al principio, lo pasarán un poco mal por la separación. No sois ni los primeros ni los últimos matrimonios en separarse. Terminarán acostumbrándose. Además, mira el ejemplo que les das, el de una mujer callada y que lo soporta todo. Eso no es sano.

—Sé que tienes razón, pero no me atrevo.

—Mira, esta tarde te llevo a la casa para que la veas. Te vas a enamorar. Es un casoplón en la Moraleja, con piscina y todo. Allí no podrá entrar tu marido sin una autorización.

—¿Y el dueño de la casa estará de acuerdo? Si él es el propietario, quizás se moleste.

—Espera un momento.

No había caído en ese pequeño detalle cuando le he ofrecido la casa. Marco el número de teléfono de Patrick sin saber muy bien cómo decírselo para que no me diga que no.

—¿Aló? Je suis Patrick.

—Buenos días, soy Lidia.

—¡Lidia! Algún problema. Mi vuelo está por salir.

—Ningún problema, quería pedirle un favor. Sé que es un poco atrevido de mi parte, pero le prometo, que si no fuera urgente y necesario no se lo pediría.

—Dígame entonces, ¿en qué puedo ayudarla?

—Tengo una amiga que está en serios problemas con su marido, ayer la violó y la tiene amenazada.

—Oh, mon dieu, quelle horreur.

—Quería pedirle su casa para que se aloje con sus hijos mientras encuentra otra.

—Por supuesto, cuenta conmigo. Voy a llamar para que le autoricen la entrada y confirmar que es mi invitada. Pero usted no descuide su trabajo.

—Por supuesto, eso no hay ni que decirlo. Se lo agradezco muchísimo. Que tenga un buen viaje.

—Hasta la vista Lidia.

—Solucionado. No tiene inconveniente en que te quedes en su casa.

—¿Por qué le has contado algo tan íntimo? —pregunta espantada.

—No te mortifiques, no pasa nada. ¿Qué quieres que le dijera para que te deje estar en su

casa?

—Pero aún no he decidido ir Lidia. No me gusta que hagas estas cosas.

—Deja de protestar. Tú jamás te atreverás a dar el paso. Vamos en tu coche o en el mío.

—En el tuyo. Pasa a buscarme por mi casa. Llámame cuando estés cerca.

Son las siete de la tarde cuando estoy en el portal de Ivana. Miro con impaciencia el portal, esperando a que se encienda la luz de las escaleras. Estoy decidida a subir a su casa para sacarla de allí.

El sonido del teléfono móvil me asusta. Es mi marido.

—Dime Hugo.

—¿Qué es eso de que llegarás tarde de nuevo?

—He dejado la cena preparada. Por supuesto, pedirte que laves los platos es una quimera.

—Será que no hago cosas en esta casa. También limpio los platos.

—Siiii, clarooooo, una vez al mes. Por eso compré el lavavajillas.

—Sabes que no me gusta que lo uses.

—Pues límpialos tú. Si yo me los encuentro sucios en la pila, van directos al lavaplatos.

—No sé qué te pasa últimamente, estás insoportable.

—Será que me estoy cansando de nuestra situación. Ahora no es el momento de hablar, estoy esperando a Ivana para ver una casa. Adiós.

Me cae mal, mi marido me cae mal y cada vez lo soporto menos. Por fin se enciende la luz y aparece mi amiga corriendo por las escaleras. Entra en el coche y da un portazo.

—¡Arranca! Creo que viene detrás para impedir que me vaya.

Arranco el coche, meto la primera y casi chirriando las ruedas, salgo del aparcamiento. Efectivamente, cuando miro por el espejo retrovisor, vislumbro a su marido haciendo gestos en medio de la calle.

—Lo lleva claro si cree que voy a parar. Enhorabuena, por fin has sacado algo de valor para plantarle cara.

—Aún me tiemblan las piernas —confiesa tocándoselas con una risa nerviosa.

—Todo va a salir bien, ya lo verás.

—No me puedo creer que vaya a vivir en La Moraleja. Allí reside la élite y la nobleza.

—Me vas a dar mucha envidia. La casa es preciosa. Quitá que no me anime y también me vaya allí contigo.

Tenemos que llegar hasta Alcobendas. Vale que está bastante alejada del centro de Madrid, pero Ivana tiene coche.

Al poco de atravesar la entrada, nos encontramos con el puesto de control. Parece de la guardia civil con esos colores en verde. Un agente me para.

—Buenas tardes, señoras. ¿Tienen pase?

—Buenas tardes. No lo tenemos. Soy Lidia La Fuente y el señor Patrick dijo que les llamaría a ustedes para dejarlo solucionado.

—Espere aquí que voy a comprobarlo.

Se aleja del coche para entrar en la caseta de control. Le vemos como teclea en el ordenador. Imprime una hoja y con ella se acerca a nosotras.

—Efectivamente, nos han comunicado que tiene una invitada en la casa y otra persona que va a trabajar en ella.

—Yo soy Lidia la Fuente y voy a trabajar como decoradora. Ella es Ivana, la invitada que va a vivir en la casa.

—Necesito sus identificaciones para tramitar los pases.

Ambas sacamos nuestros carnets de identidad y se los entregamos a ese señor tan serio que en ningún momento nos ha mostrado una sonrisa.

—Guau, igual que en mi barrio.

Nos reímos imaginando ese puesto de control en nuestras calles, donde si pasa la policía es porque se han equivocado de camino.

Pasan diez minutos cuando regresa el guardia con varios documentos en la mano.

—Aquí tienen, pases personales y para sus vehículos. ¿Saben dónde está la casa?

—Sí, gracias. Vine un día con Patrick cuando la compró. Es usted muy amable. ¿Podemos pasar ya?

—Ahora levanto la barrera. En los pases del coche tienen una banda para pasarla por la máquina.

—Gracias de nuevo.

Arranco mi Ford Fiesta que desentona con los cochazos que hay aparcados según vamos discurrendo por las calles. Gracias al GPS llego a la casa.

—Ya hemos llegado. Registra en el teléfono la ubicación hasta que aprendas el camino. Es un poco complicado.

Ivana agacha la cabeza para ver la casa que tenemos a la izquierda.

—¿Es esta?

—Sí, vas a flipar.

Es de noche. La calle está bastante iluminada y podemos ver perfectamente la fachada. Sus líneas son rectas y de color blanco.

—Aquí la chabola cuenta con cinco habitaciones y seis baños. Dos piscinas y un jacuzzi en el interior. Está amueblada, pero he de cambiar el estilo.

—¿Y tengo que limpiar tantos metros cuadrados?

—Tiene una señora de la limpieza que viene a hacer el mantenimiento, pero sí tendrás que

hacer la colada y limpiar los platos del día a día. También tiene jardineros y los que mantienen las piscinas.

—Vamos, que si vengo a vivir aquí estaré como una reina. Volver a la realidad será duro después.

—Pues sí, pero aprovecha ahora. Lo importante es salir de esa casa. ¿Qué me dices?

—No sé... esta casa es impresionante... pero...

—¿Tienes miedo por tus hijos?

—Sí. ¿Y si no quieren venir conmigo?

—Ivana, mira esta casa.

—¿Y luego qué? Esta casa no es nuestra.

—Luego ya se verá. El tiempo que estéis aquí servirá para que se amolden a la nueva situación pasándolo en grande. Vamos a hacer una cosa. Venimos el fin de semana con ellos y se lo exponemos. Entonces tomas una decisión.

—Está bien. El fin de semana se decidirá si abandonamos la casa y nos venimos aquí.

## Capítulo 7

El grupo de WhatsApp no deja de pitar. Así es imposible concentrarse en la nueva gama de colores.

—Estíbaliz. *“Chicas, ya lo tengo todo organizado para poder ir en Semana Santa”*.

—Lidia. *“Genial. Ya he hablado con Hugo y por mí no hay problema”*

—Estíbaliz. *“¿Quién se encarga de sacar los billetes? Lo digo para hacer un Bi zum”*.

—Viola. *“De eso me encargo yo. Lidia, necesito que me digas en qué localidad se encuentra la villa para alquilar un taxi que nos lleve desde el aeropuerto”*.

—Lidia. *“Luego te lo digo”*.

—Jessy. *“¡Genial! Qué ilusión, nunca he ido a Italia”*.

La verdad es que no me he puesto a leer las escrituras de la casa y no recuerdo muy bien donde me dijo que estaba ubicada.

—¿Roberto?

—Al aparato Lidia. Qué gusto escuchar tu voz.

—Buenos días. Estamos programando el viaje para ir a conocer la casa y no recuerdo donde me dijiste que estaba.

—En Porto Redondo, Cerdeña. ¿Para cuándo tenéis pensado ir?

—Semana Santa. Así todas tenemos vacaciones.

—¿Todas? ¿Cuántas personas vais? ¿Irás con tu marido?

—Nada de maridos en este viaje. Únicamente mis amigas. Seremos cinco.

—Bien. Como dije la otra vez, avísame cuando lleguéis para avisar y desactivar la alarma.

—En cuanto tengamos los billetes de avión te lo haré saber. Muchas gracias por todo Roberto.

—Por nada. Nos vemos Lidia.

Este hombre me mueve el piso. No puedo evitar compararlo con mi marido. Desborda masculinidad por todos los poros de su piel. En la última visita, ese pecho que asomaba por la camisa desabrochada parece tan suave...

—Lidia. *“Viola, la propiedad está en Porto Redondo. En cuanto tengas el importe total te hacemos el ingreso”*.

—Viola. *“Perfecto. Me pongo a ello”*.

—Ivana. *“Yo aún no he dicho nada en casa. Necesito hablar esta tarde con vosotras. ¿Quedamos en el café?”*.

—Lidia. *“Por mí vale. ¿A las 8 como siempre?”*.

—Viola. *“A las 8 nos vemos. Ya tendré los billetes de avión”*.

—Estíbaliz. “*Nos vemos a las 8*”.

—Jessy. “*Chicas, hoy no puedo, tengo varias sesiones imposibles de cancelar. Mando Bizum*”.

Me muero de ganas por saber qué decisión ha tomado Ivana.

Con el tema del viaje, últimamente paso mucho tiempo fuera de casa. Si Ivana se decide a ir el fin de semana a la casa de La Moraleja, me quedo con ella. Total, Hugo seguramente ha hecho planes para salir con sus amigos.

Parece que le tiene alergia a la casa. En cuanto puede, se escapa. A veces le comparo con el famoso ilusionista Houdini, el mago del escapismo.

Por primera vez, a lo largo de todos los años de amistad, soy la última en llegar. Las veo a las tres charlando animosamente, riéndose y demostrando la gran camaradería que hay entre nosotras.

—Holaaaa chicas —saludo risueña.

—Menos mal que llegas, Lidia. Te estabas tardando —protesta Viola.

—No exageres. Pasa un minuto de las 8.

—No le hagas caso, siéntate. Estíbaliz nos estaba hablando de una terapia, o sí lo llama ella, que es el sexo tántrico. —Ivana me pone al día de lo que estaban hablando justo cuando llegaba.

—¿Qué es eso del sexo tántrico? Nunca lo había escuchado.

—El otro día escuché a una de las modelos hablar de él y de lo maravillosamente bien que se lo había pasado con la conquista de turno.

—Sexo es sexo, y ya está —dice Ivana sin mucho ánimo.

—No creo que tu marido te dé sexo del bueno. Lo dices como si el sexo fuera malo. Lo malo es quedarse con las ganas y me da a mí que a ti te pasa eso —Estíbaliz a veces no mide sus palabras.

—Prefiero no hablar del tema, cada una lo vive a su manera —está claro que Ivana no quiere seguir con el tema.

—A ver Estíbaliz. Cuéntanos un poco más de ese sexo tántrico —desvió la conversación antes de que Estíbaliz vuelva a hacer sentir incómoda a Ivana.

—Pues según me contaron, esta práctica tiene más de 4000 años. Viene del Tantra, una filosofía de vida y pensamientos oriental. Es una sexualidad sagrada. Se trata de controlar mentalmente las emociones y las sensaciones para poder experimentar más placer.

—Eso del control va conmigo. Sigue contando —interrumpe Viola.

—Para ellos, eyacular no es otra cosa que una pérdida de energía innecesaria. Intentan alcanzar el orgasmo sin necesidad de expulsar los soldaditos.

—Venga ya. Dile a un hombre que alcanzará el éxtasis sin correrse —no puedo evitar interrumpirla. Esto del sexo tántrico me empieza a parecer una estupidez.

—Déjame terminar. No me vuelvas a interrumpir. Que tengas una mente estrecha donde solo

practicar con tu marido soso y aburrido la postura del misionero y la del perrito, no quiere decir que no haya otras maneras de disfrutar del sexo.

—Y tú qué sabes qué tipo de sexo tengo con mi marido. Venga, sigue, ilústranos.

—Como iba diciendo, la idea es no tener prisa. Hay que mirar a los ojos de tu pareja de forma sostenida para aumentar la conexión de la pareja.

—Perdona Estíbaliz, dudo mucho de que tú seas capaz de eso. Con lo que te gusta dominar más bien te veo con un traje de cuero negro y el látigo —interrumpe Viola mientras se lleva el botellín de cerveza a la boca.

Es inevitable soltar una carcajada ante tal comentario. Pero tiene toda la razón.

—Por eso digo que lo voy a probar, no que sea capaz de ejecutarlo. Dicen que disminuye la ansiedad, proporciona seguridad, mejora la autoestima y todos los sentidos.

—Pero de eso vas sobrada, no necesitas practicar este tipo de sexo —dice Ivana con tono irónico.

—Pensándolo bien, es a ti a quien le vendría de maravilla hacerlo, pero con otro hombre, no con ese marido que tienes.

—Vamos a dejar el tema que me veo venir la disputa. Estamos aquí por el viaje.

Viola Interrumpe sacando de su bolso una carpeta.

—He sacado los billetes para el 10 de abril y regresamos el 16. Al final he alquilado un coche. El aeropuerto está en Cagliari, a unos siete kilómetros de Cerdeña. Nos salía más caro el taxi. Además, teniendo un coche, podremos movernos de la casa.

Junto con el billete de avión, hay un papelito grabado con la cantidad de 350 €. No está mal, pero hay que añadir los gastos de la gasolina y la comida. Ivana es la primera en levantarse de la mesa.

—Os tengo que dejar. Se me está haciendo tarde. Lidia, mañana te llamo para concretar lo del fin de semana.

Sin esperar a que alguna pudiera realizar cualquier pregunta, Ivana nos da un beso rápido a todas y se marcha.

—¿Qué es eso del fin de semana? ¿Habéis efectuado algún plan sin contar con nosotras? —pregunta Estíbaliz con el ceño fruncido.

—Ivanna tiene muchos problemas con su Manuel. Cada vez la trata peor. El otro día la violó.

—¿Quéééé? Valiente hijo de puta. ¿Por qué no se separa ya de una vez por todas? Es que no tiene carácter, no sabe imponerse —Estíbaliz está realmente enfadada. —Y yo de bocona hablándole de su mal sexo.

—Hay que hacer algo por ella. Debemos programar una cita con un abogado, luego con un psicólogo y después con un coach.

—Del abogado ya me he encargado Viola. Fuimos a ver al que me llamó por el tema de la herencia. Ya ha comenzado el proceso de divorcio.

—¡Por fin! Le ha tenido que costar un mundo coger el bolígrafo y firmar. ¿Y qué es eso del

fin de semana? —insiste Estíbaliz.

—Un cliente me ha dejado su casa en La Moraleja para decorarla mientras está de viaje. Tardará unos seis meses en regresar. Me ha dado autorización para que Ivana se mude mientras lo hago.

Viola y Estíbaliz silban a la vez mientras clavan sus ojos en mí.

—Ya puedes soltar toda la sopa —susurra Viola dando golpecitos con el dedo sobre la mesa.

—Después de firmar los benditos papeles, fuimos a ver la casa. Fliparías al verla, es impresionante. Aún no sé si va a tener los huevos suficientes para marcharse de su casa este fin de semana e instalarse allí con los niños.

—No me la imagino haciendo las maletas y largándose. Manuel jamás se lo permitiría y mucho menos su familia. Hacerlo es como cortar el cordón umbilical con ellos. Si lo hace, avísanos para estar allí y no dejarla dar marcha atrás. Es lo mejor que pude hacer. No quisiera estar en sus zapatos cuando Manuel reciba los papeles del divorcio.

—Mañana os cuento.

—Me tengo que ir. Llegaré tarde a casa —Viola se levanta de la silla dejando dos euros en la mesa para pagar su consumición.

—Y dime Estíbaliz, ¿cómo te ha ido estos meses? Chica, con tanto viaje nos tienes a todas abandonadas. ¿Qué tal Yasif? No entiendo cómo pudiste separarte de él, un gran magnate de Dubái. Ese hombre nos volvió loca a todas. No solamente por su aspecto, morenazo, alto, con un cuerpo que te hace palpar todos los rincones del cuerpo, sino también por cómo te trataba, como a una princesa.

—Sí, yo también me lo pregunto muchas veces. Pero somos iguales, a los dos nos gusta dominar. Y a mí no me domina nadie. No me gustan los perros falderos tampoco, por eso estoy sola. Pero no te creas, de vez en cuando nos damos algún revolcón que otro. Y yo no me separé. Él se cansó de mi carácter.

—También deberías ir a tomar unas sesiones con Jessy para que te mire eso. Vas a acabar tus días sola sin que nadie te soporte.

—Os tengo a vosotras, mis fieles amigas que, a pesar de todo, me queréis mucho.

—En eso no te quito la razón, pero deberías pensarlo, todo tiene un límite. Yo también tengo que irme.

Me incorporo de la silla, le doy un abrazo y me dirijo al metro. Cuando llego a casa, Hugo está tumbado en el sofá.

—Hola, ya estoy aquí.

—Ya era hora.

—Yo también me alegro de verte. Te informo de que ya tenemos los billetes para irnos a Cerdeña.

—Qué rapidez. Aún no hemos concretado como lo vamos a hacer y ya está saliendo por la puerta.

—Ya conoces a Viola. Todo lo tiene que tener bien programado y con antelación.

—No perdéis el tiempo. Pásalo bien. Yo también haré mis planes. Estoy viendo este programa, es muy interesante. Hablamos en otro momento.

Hablar con Hugo es ponerme a discutir y no tengo ganas. Sigo preguntándome qué narices hacemos juntos. Envidio la parte de Estíbaliz donde se siente libre de hacer lo que quiera y con quien quiera. Su trabajo de diseñadora de modas y las tiendas que tiene abiertas no le dejan espacio para andarse con tonterías. Ojalá tuviera una pizca de carácter.

Hoy, viernes, el día amanece soleado. Me dirijo al local donde tengo el estudio de diseño. Ando impaciente por la llamada de Ivana. Si no sé nada de ella de aquí a una hora, la que llamará soy yo.

Concentrada estoy con unas telas cuando suena el teléfono. Es ella.

—Buenos días, Ivana, ¿cómo te encuentras? —Saludo jovialmente.

—Buenos días a ti también. Te noto muy alegre. ¿Alguna novedad que yo no sepa?

—Ninguna, todo igual. Estaba impaciente por tu llamada. Y tú, ¿cómo estás?

—Nerviosa, al borde de un ataque de nervios. Me voy de casa.

—La mejor decisión que has tomado en tu vida. ¿Cómo lo hacemos?

—Manuel tiene mañana una reunión improvisada en su empresa. Estará unas cuantas horas. Necesito que vengas con tu coche para meter algunas cosas. Ayer empecé a preparar, sin que se diera cuenta, algunas maletas con la ropa de los niños. En cuanto se marche, termino de empacar todo.

—¿Aviso también a las chicas? Les conté, no te enfades. Están dispuestas a ayudarte en todo.

—De acuerdo. Cuantas más manos, antes terminaremos. No sé cómo decírselo a los niños. Se van a extrañar.

—Diles que se van a un viaje inesperado. Luego les contaremos en la casa.

—Ok, venid a las nueve de la mañana, pero esperad a que os mande un mensaje para subir.

—Has tomado la mejor decisión. Verás cómo no te arrepientes. A partir de mañana, comienza una nueva vida para ti llena de cosas buenas, ya lo verás.

—Tengo miedo, pánico, pero ya no puedo vivir así. Te dejo, tengo que entrar a una reunión. Nos vemos mañana. Besazos.

—Besos para ti también.

Lo hizo, por fin, sacó valor para abandonar la mierda de vida que lleva. Yo también tendría que hacer algo con la mía, pero de momento nos vamos a centrar en Ivana.

Llamo a Viola, a Estíbaliz y a Jessy para contarles el plan de mañana. Están tan emocionadas como yo.

Llego a casa y Hugo ya está allí.

—Este fin de semana me voy con Ivana a una casa que tengo que decorar. Está en La Moraleja y es impresionante. Va a dejar a su marido y el dueño ha permitido que se quede allí el

tiempo que necesite.

—Vaya, no me imagino a Ivana saliendo de su casa y abandonando a Manuel. Ese tipo es un chulo putas. Siempre me ha caído como el culo. Tiene una prepotencia el gañán ese. Haces bien en ayudarla, ella es buena chica, demasiado sumisa, pero buena.

—Iré con la furgoneta para hacer la mudanza. Espero que este fin de semana no tengas acampada con tus amigos y la necesites.

—Tranquila, no habíamos concretado nada. Puedo ir con alguno de ellos si salimos al final. ¿Necesitas que os eche una mano?

—No hace falta. Viola y Estíbaliz se han apuntado al plan de escape. Jessy no puede, tiene un congreso.

—Claro. ¿Y su marido? Tened cuidado, no creo que la deje marchar, así como así.

—Tiene una reunión temprano en la empresa. A las 9 estaremos en su casa para que, en cuanto salga por el portal, subamos a su casa, terminamos de empacar y cargar.

—Si tenéis algún problema, avíseme.

—Vale.

En el fondo, Hugo es una buena persona. Si no lo fuera, no habría aguantado tantos años.

## Capítulo 8

Ya estamos las tres en nuestros vehículos esperando la llamada de Ivana para subir a ayudarla. Son las nueve en punto y vemos a Manuel salir del portal.

No va con traje, típico en él cuando va a trabajar, sino que va de deportivo, eso sí, demasiado acicalado.

Entonces recuerdo lo que nos dijo el chico que nos leyó las cartas. Eso de que le gustaba demasiado coquetear con las mujeres.

Y aunque no lo dijo abiertamente, insumió que mi amiga tiene unos cuernos que no cabe por la puerta.

De repente interrumpe su trayectoria y se para cerca de donde estamos aparcadas. Todo me tiembla, igual nos ha visto. Me agacho en el asiento para evitar que me vea. Espero que Viola y Estíbaliz también lo hayan hecho.

Levanto un poco la cabeza para ver si seguía ahí y rápidamente la vuelvo a bajar. Ha sacado su teléfono móvil.

—Buenos días, preciosa. ¿Estás lista? Fantástico. En media hora estoy allí.

¡Sinvergüenza! Reunión de trabajo. ¡Cabrón! Me ha faltado un pelo para salir del coche y enfrentarme a él. Pero me detengo, no quiero estropear la huida de Ivana. Menuda sorpresa se va a llevar cuando llegue a casa y se dé cuenta de que lo ha abandonado.

Por fin se larga el muy mamón. A los pocos minutos, recibimos la llamada de Ivana.

Subimos las tres y cuando llegamos a la puerta, esta está abierta.

—Vamos chicas. Ayer me tiré una hora esperando para poder aparcar el coche en la puerta.

Tuve mucha suerte de que un vecino se marchara. Las maletas de los niños están en la habitación. Ayudarme con estas cajas.

Tardamos casi dos horas en embalar todo lo que se tenía que llevar y distribuirlo en los cuatro coches. Ivana está histérica, pero es normal, la situación la supera.

Después de pasar el control, ya que tenemos que registrar la entrada de Viola y Estíbaliz, llegamos a la casa.

—La madre que me parió. Qué pedazo casa. ¿Me puedo venir yo también a vivir aquí? — exclama Estíbaliz al bajarse de su coche.

—Es provisional hasta que le encontremos una casa.

Los niños salen corriendo emocionados por la novedad de pasar un fin de semana en esa casa tan espectacular.

—Toma Ivana. Te he traído un teléfono nuevo. De momento tiene una tarjeta de prepago. Así no podrá localizarte tu marido. Ya te encargas tú de hacer un contrato. Ahora os mando un WhatsApp con su nuevo número de teléfono. Apaga el tuyo para que no pueda localizarte. Conociendo a Manuel, seguro que ha metido una aplicación geo localizadora. Con este iPhone le

será imposible.

Viola siempre pensando en todo. No se me había ocurrido.

—Gracias, amiga. Si no fuera por ti, por tu exagerada obsesión de controlar todo, hubiera echado a perder esta huida.

—Vamos dentro para que conozcáis toda la casa. Luego bajaremos las cajas de los coches.

Las risas de los niños inundan todas las estancias. El día es perfecto, no llueve y el sol brilla con una luz especial.

Cuando hemos terminado de entrar todas las cajas y apilarlas en el salón, Ivana se derrumba en uno de los sofás. Lloro desconsoladamente. Nos acercamos a ella para consolarla.

—Lloro todo lo que necesites. Saca la angustia y el temor. Has dado un paso enorme y estamos orgullosas de ti —intento calmarla con mis palabras.

Ella nos mira con los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Ha parado de llorar, pero cuando intenta hablar, de nuevo rompe con un río de lágrimas.

Es normal y sano que lo haga, lo contrario sería lo anormal.

—Es hora de que hablemos con tus hijos. —respondí mientras acariciaba su cabello.

—De acuerdo, creo que estoy preparada.

A base de gritos, logramos que los niños vengan a la sala.

—Niños, sentaros, mamá, tiene algo importante que deciros.

Los niños nos miran intrigados. Ivana se sienta frente a José, pero nos percatamos de su titubeo. Nos mira angustiada. Estíbaliz se sienta frente a Aitana.

—Vamos a ver, José. ¿Te gusta esta casa? —pregunta sonriendo.

—Síiii, es una pasada. Alucinante —responde mirando todo a su alrededor.

—Y a ti, Aitana, ¿también te gusta?

—Síiii, es alucinante.

—Veréis. A partir de ya, vais a vivir una temporada aquí.

—¿Quéééé? ¿Por qué? ¿Papá lo sabe? —José abre los ojos de par en par.

—Nooooo, tu padre no sabe nada. Papá y mamá no se llevan bien y ya no son amigos. ¿Y qué haces cuando un amigo te cae mal y ya no quieres estar con él?

—Pues ya no le trato más —responde José sin comprender muy bien por qué le ha preguntado eso.

—Es lo que ha pasado con tus papás. Y aunque vivas con mamá, eso no quiere decir que no vayas a ver a tu papá.

—No te esfuerces tanto, sé lo que es un divorcio. Muchos de mis amigos viven así, con sus padres separados. La verdad es que no me extraña, a mamá se le nota mucho que no es feliz con papá. No pasa nada mamá, si vas a estar mejor separada de papá, pues yo me adapto.

Aitana es una niña muy inteligente y muy centrada a sus 10 años. Parece que se lo han tomado bien y que no van a armar un drama con llores y preguntas.

—Gracias, mis amores. Os quiero mucho.

—Id a elegir vuestras habitaciones.

Salen corriendo para recorrer toda la casa.

—Parece que se lo han tomado bien, ¿verdad? —Pregunta Ivana angustiada.

—Estar en esta casa ayuda mucho. Además, los niños de hoy en día no son como los de antes. El tema de divorcio ya no es tabú como en nuestros tiempos. Vamos a recorrer nosotras también la casa.

Entramos en la espectacular cocina, tan grande, luminosa y pulcra.

—Vamos a encender la nevera. Por cierto, no hay nada de comida. Podemos hacer la compra por internet y mientras acomodamos todas tus cosas, nos la traen.

Ivana extrae de su bolso el iPad y lo conecta a su red de datos del móvil. Buscamos el hipermercado más cercano con servicio a domicilio.

No nos lleva mucho comprar lo necesario para pasar el fin de semana.

Cada una nos acomodamos en las habitaciones y después de cenar, cuando los niños ya se habían marchado a sus cuartos, nos sentamos en el sofá para disfrutar de una buena copa de vino.

—Ivana, este fin de semana estás a salvo de Manuel, pero el lunes seguro que se presenta en tu trabajo y te va a organizar un escándalo. Tendrás que avisar en el colegio de la situación, no vaya a ser que saque a los niños de allí y no te deje verlos. —Estíbaliz plantea la situación más seria que nunca.

—No había caído en eso. ¿Qué hago? Lo último que deseo es que me quite a los niños.

—Tendremos que decirle a Roberto que redacte lo antes posible un régimen de visitas. Le pediremos que lo organice de tal manera para que tengas libre la Semana Santa, por el tema del viaje.

—¿Y si no quiere? Ay, dios, lo hemos hecho todo deprisa y corriendo sin tener en cuenta a los niños. Creo que esto no ha sido una buena idea. Lo mejor es que regrese a casa...

—¡De eso nada! Has dado un paso muy grande y no te permitiré dar marcha atrás ahora — Estíbaliz grita enojada.

—Ivana, debes de ser asertiva, debes saber decir que no. Debes saber que al decir que NO, ni ofendes ni lastimas a nadie. Prácticamente, te has pasado la vida complaciendo a los demás y has dejado tus necesidades y tus deseos de lado. Te da miedo decir que no. Esto no quiere decir que ahora digas a todo que no de una forma precipitada. Razona las cosas y antepón tus convicciones y tus deseos. No estás obligada a hacer todo aquello que te piden. Estoy segura de que si no puedes hacerlo, buscas excusas para justificar el que no lo hayas realizado.

—Es fácil decirlo, pero, ¿cómo consigo que por mi boca salga la palabra no?

—Es que no tienes que dar explicaciones, simplemente dices “no, lo siento, no puedo”.

—Sabes que yo no soy tan tajante.

—Vale, pues di “me encantaría, pero en estos momentos no puedo”. Muchas veces asumes responsabilidades que no son tuyas. Reconozco que en ocasiones nos hemos aprovechado de tu sumisión —me cuesta, y a la vez me avergüenza reconocerlo.

—Ufff, tendré que practicar mucho para conseguirlo.

—Mientras lo consigues, levántate y trae más vino —dice Estíbaliz levantando su copa.

Nos miramos esperando la respuesta de Ivana. Esta se levanta callada y se dirige a la cocina.

—¡Ivana! Di que no, que estás cansada y propón que mejor lo hagamos una de las dos. ¡Chica! ¡Espabila! —Estíbaliz está realmente indignada.

—Tranquilízate Estíbaliz, no pretendas que de la noche a la mañana Ivana cambie la aptitud que lleva ejerciendo durante tantos años. Con paciencia la enseñaremos.

Trato de calmar el ambiente porque a Ivana se la ve realmente compungida. Temo que recule y al final se arrepienta de haber dado un paso tan grande.

Suena mi teléfono y miro la pantalla esperando que no sea su marido. Es Jessy.

—Hola corazón, ¿estáis ya en la casa? Me he retrasado un poco, pero voy para allá. ¿Me mandas la ubicación? Tengo algo que contaros.

—Ahora mismo. Avisaré para que te dejen entrar. Por cierto, podrías traerte unas botellitas de Sauternes que tanto nos gusta y una tabla de quesos para cenar. El resto lo tenemos ya en la nevera.

—Eso está hecho. ¿Cómo se encuentra Ivana?

—Te puedes imaginar, un manojo de nervios. Espero que no se derrumbe y recule.

—Para eso estamos nosotras, para que no se arrepienta. Nos vemos en un rato.

Cuelgo con una sonrisa en los labios. La energía y optimismo de Jessy es contagiosa. Gracias a ella, llevo bien mi ansiedad y estoy deseando soltar las pastillas. No me sientan bien.

Mientras llega Jessy, paseamos por el jardín disfrutando lo que queda de la tarde. No tarda más de dos horas en reunirse con nosotras.

Unos pitidos de su coche en la puerta nos anuncian su llegada.

## Capítulo 9

—¿Cómo estás, Ivana?

La voz de Jessy es suave. Tiene enlazada su mano con la de Ivana cariñosamente.

—No te voy a mentir. Estoy cagada de miedo. No sé si podré llegar hasta el final, es que...

—¡Nada de arrepentimientos! Has dado un paso muy grande y debes seguir adelante. ¿Habéis solucionado todo con el abogado? —Jessy me mira esperando una respuesta.

—Fuimos el otro día para ese tema.

—Pues métele caña para que lo haga lo antes posible. Aquí está a salvo, pero el lunes ha de retomar su vida. Ir al trabajo, llevar a los niños al colegio... y él estará allí para llevársela a casa.

—Cierto, voy a llamar a Roberto, aunque hoy es sábado e igual no me toma la llamada.

Vamos a ser sinceras. No solo quiero hacer esa llamada para ayudar a Ivana, sino que quiero escuchar su voz. Este hombre siempre aparece enredado en mi mente. Lo que no ocurre con mi marido.

—Hola Lidia, que gusto escuchar tu voz. ¿En qué puedo ayudarte?

La voz de Roberto suena socarrona, ya que una llamada profesional un sábado no es normal.

—Hola Roberto. La verdad es que no estaba segura de que me fueras a contestar. Se trata de Ivana. La hemos sacado de su casa y nos encontramos en un lugar seguro con sus hijos.

—¿En serio? Vaya que sois rápidas. Pero las cosas no se hacen así. Su marido puede denunciarla por abandono de hogar y rapto de sus hijos.

—¿Qué? No estarás hablando en serio.

—Y tanto. No hay denuncia por malos tratos, no hay una orden de alejamiento y sobre el tema del divorcio, tan solo hemos hablado para iniciar el papeleo.

—¿Entonces? ¿Qué hacemos?

—Mi consejo es que le escriba un mensaje para decirle que ha salido el fin de semana con los niños y que regresa el lunes. Mientras tanto, intentaré introducir la demanda el lunes mismo. Tenéis que venir para firmar. ¿Podéis venir a primera hora?

—Allí estaremos.

Las chicas me miran desconcertadas.

—¿Qué pasa Lidia? Estás blanca como el mármol.

Jessy se levanta para acercarse y mirarme a los ojos.

—No tengo buenas noticias. Por lo visto lo nuestro ha sido una fuga y Manuel puede poner una denuncia por abandono de hogar y rapto de los niños.

Ivana suelta un grito y se pone a llorar. Normal.

—Roberto nos aconseja enviarle un mensaje a Manuel para decirle que ha salido el fin de

semana con los niños y el lunes, a primera hora, ir a firmar la demanda de divorcio. Lo dejaremos todo en sus manos. De momento, Ivana, vas a tener que dejar a los niños en casa.

—Esto no ha sido una buena idea. Recogeré mis cosas y volveré a casa —Ivana se recompone y se dirige a la habitación.

—¡¡De eso nada, Ivana!! ¡Tú de aquí no te mueves!

Estíbaliz se apresura a agarrarla del brazo para impedir que huya.

Viola agarra su teléfono e inmediatamente se pone a teclear.

—Ya está. Le he enviado un mensaje a tu marido para comunicarle que estás con nosotras y que te hemos secuestrado para pasar el fin de semana.

Pero eso no tranquiliza a Ivana. No pasa ni un minuto con la respuesta de Manuel.

*“Me importa un pepino vuestro fin de semana. Dile a Ivana que regrese a casa ahora mismo o le va a pesar. Su madre no está muy contenta con esta aptitud.”*

—¿Qué dice? —Ivana está desesperada.

Pero Viola no contesta y se dispone a escribir de nuevo.

—Viola, por dios, ¿qué ha dicho? —creo que estoy tan nerviosa como Ivana.

—Calma. Está con una pataleta. Quiere que regreses ahora mismo y está utilizando a tu madre. Pero no vas a ir a ninguna parte.

El lunes a primera hora dejamos a los niños en el colegio. Ivana realiza una llamada al trabajo para comunicar que llegará tarde.

Menos mal que no nos hemos encontrado con Manuel en la puerta del colegio.

Nos dirigimos al despacho de Roberto. Él ya no está esperando con los documentos preparados sobre su mesa. Al verme entrar, se dirige a mí demasiado atento, ya que sus manos se aferran a mi cuerpo más de lo normal.

Ese acercamiento me pone cardíaca. Cuánto tiempo hacía que no se sentía tan excitada.

Roberto tiene una mezcla muy seductora. Es un hombre con un aire de gánster muy masculino combinado con un aspecto actual y distinguido. A pesar de su comportamiento, no debo hacerme ilusiones.

Debo dejar de imaginar una telenovela entre los dos y volver a la realidad.

—Buenos días, chicas. ¿Habéis tenido algún problema? Fue muy osado lo que hicisteis. Hay que pensar mejor las cosas antes de actuar.

—Mandamos el mensaje tal y como nos indicaste. Por supuesto, no tardó en amenazar con su vuelta, pero no lo hicimos.

—Ivana, hoy presentaremos en el juzgado la solicitud de divorcio. Para que no tengas problemas, lo mejor será que tengamos aquí una reunión con tu marido y que firme un acuerdo para que no te denuncie él.

—¿Es necesario? No me atrevo ni a mirarle a los ojos —Ivana está aterrada.

—Ivana, estaremos contigo en todo momento. Es necesario que pases por todo esto para hacer las cosas bien. No te derrumbes ahora.

Ivana agacha la cabeza. Está temblando y me temo que se va a retirar y volver a su vida sumisa y de malos tratos psicológicos.

Ahora sería peor. Ni Roberto ni yo nos atrevemos a hablar. Estamos esperando la respuesta de Ivana.

—Tomé una decisión y voy a seguir adelante. Por favor, Roberto, vamos a hacer las cosas como indicas. Ten, el teléfono de mi marido. Llámale.

Mientras marca el número de teléfono, Ivana me estruja la mano. Aunque me está haciendo daño, no soy capaz de retirarla.

Roberto se mantiene firme, aunque vislumbro una vena en su frente que se está inflamando. Con una serenidad digna de un santo, logra consolidar una cita para llegar a un acuerdo.

—Bueno, Ivana, ahora entiendo que te quieras separar de este hombre. Esta tarde a las cinco vendrá para firmar. Yo prepararé todo el papeleo. Pero tienes que tener claro algo. Tú tendrás la custodia de tus hijos, pero tendrán que estar con su padre los fines de semana, festivos alternos, etc. Te auguro armarte de paciencia porque tendrás problemas. A la mínima que él rompa el acuerdo, debes poner una denuncia. No discutas, eso no te llevará a ninguna parte ni le hará entrar en razón.

—Vale. ¿Y qué hago con los niños después del colegio?

—¿A qué hora salen?

—A las tres.

—Recógelos y luego vente con ellos al despacho. Ya veremos una vez que hayamos llegado a un acuerdo.

Salimos del despacho después de que Ivana hubiera firmado. Damos un paseo por el Retiro para calmar sus nervios.

Comemos algo, aunque ella no es capaz de tomar bocado. A las tres en punto recogemos a los niños en el colegio. Más tarde, nos dirigimos de nuevo al despacho de Roberto.

Al entrar al hall vemos que Manuel ya está allí. Los niños se lanzan corriendo a darle un abrazo y a contarle atropelladamente lo bien que se lo habían pasado el fin de semana. Cuando su padre les preguntó dónde habían estado, corriendo interrumpo la conversación para que no la delaten.

Si las miradas matasen, en ese momento estaría tirada en el suelo llena de puñaladas. Menos mal que Roberto sale de su despacho en ese momento. Se dirige directamente a Manuel tendiéndole la mano.

—Buenos días, soy Roberto, el abogado de su esposa. Supongo que usted es Manuel.

Pero Roberto se queda con la mano tendida en el aire. Manuel es tan grosero y mal educado...

Roberto le sonrío de forma retadora. Supongo que ya está acostumbrado a ese tipo de desaires siendo abogado. Pero hay algo en su mirada que me hace temblar. Algo negro, oscuro...

—Pasen a mi despacho. Sonia, por favor, hazte cargo de los niños mientras hablamos. Lidia, puedes esperar con ellos también.

—Claro señor. Venid conmigo, tengo en la cocina unas galletas deliciosas. Además, hay una consola con juegos en uno de los despachos.

Los niños siguen a la recepcionista, felices por comer galletas y poder jugar en una consola.

Se oyen gritos en el despacho y yo subo más el volumen para que José y Aitana no se den cuenta. Pero ellos desvían la mirada cada vez que los escuchan.

—¡Te vas a arrepentir de esto Ivana! Ya volverás a mí arrastrándote y suplicándome para regresar conmigo.

Manuel está frente a Ivana amenazándola, retándola, dando los últimos coletazos para amedrentarla.

Roberto se ha interpuesto entre ellos, retando a su vez a Manuel. Cuando sale por la puerta, me abalanzo a Ivana para abrazarla fuertemente. Esta se derrumba sobre mi hombro y llora desconsoladamente.

—Pasemos a mi despacho. ¿Quieres tomar una tila Ivana? —Roberto está realmente preocupado por ella.

—Sí, gracias. ¿Y los niños, están bien? ¿Se han dado cuenta de algo?

—Están bien, tranquila. El juego de la consola es muy emocionante.

Intento que mi sonrisa apacigüe sus nervios. Roberto le pide una tila, no sin antes preguntar si deseo tomar algo.

—Han ido bien las cosas. Hemos conseguido que firme todos los papeles, así que no es necesario que vayas a tu casa a dormir y te puedes llevar a los niños. La casa es de los dos, pero como él se ha comprometido a comprar tu parte, no tendrás problemas. El próximo fin de semana tendrás que dejárselos a él y tendrás libre la Semana Santa para que puedas irte con Lidia a Cerdeña, porque imagino que querrás ir.

—Sí, quiero ir, pero nunca me he separado de mis hijos, no sé...

—No vas a perder a tus hijos, y es hora de que empieces a vivir tu vida y a disfrutar de ella. Llama a tu madre para ponerla al tanto de todo y sobre todo firme, no dejes que domine tu vida de nuevo.

## Capítulo 10

Por fin llega el día señalado.

Finalmente, nos vamos a Porto Rotondo.

Viola en su papel de controladora, nos da órdenes a diestro y siniestro para todo, pero como ya la conocemos, nos reímos y le hacemos caso. Al principio nos molestaba tanto control, pero ya nos hemos acostumbrado y sabemos que no va a cambiar, aunque lo intentaremos de nuevo en este viaje.

Ivana aún tiene los ojos enrojecidos de tanto llorar cuando dejó a sus hijos con su ex. No se hace a la idea de que ya no es su marido. La demanda ha ido bien, aunque Manuel siempre trata de molestarla. Pero hay otro tema, y es la infidelidad del Manuelito.

No hemos podido descubrir de quién se trata, no obstante, de que tiene a otra, la tiene.

Cuando llegamos al aeropuerto de Olbia, un coche ya nos esperaba. En parte hay que agradecer a Viola tanto control, pues todo siempre está como tiene que estar.

Ninguna queremos conducir por dos razones; la primera es que no conocemos la zona y la segunda es porque queremos disfrutar del paisaje mientras nos dirigimos a Porto Rotondo. Al final le toca a Viola, ya que todas hemos argumentado que el coche está a su nombre.

Emocionadas recorrimos los kilómetros que nos separaban del aeropuerto a nuestro destino. Antes de salir, le avisé a Roberto sobre el día y la hora de nuestra llegada. Espero que ya esté allí la persona que nos tiene que abrir y quitar la alarma.

Ninguna de nosotras sabe hablar italiano, pero con el traductor del móvil no creo que tengamos problemas para comunicarnos.

Parece que nuestro destino está en una península de la isla, justo en Ponta della Volpe. No hay muchas edificaciones alrededor. Circulando por esa carretera estrecha, pero bien pavimentada, vemos una playa ambos lados de la carretera.

Se ha convertido en una zona turística y mucho mejor cuidada que algunas zonas de España.

Llegamos al final de la carretera y por lo visto aún no hemos llegado hasta la casa. Aparcamos un poco confusas.

—Chicas, hasta aquí hemos llegado, pero según el GPS, aún faltan unos metros para llegar a la casa —Viola no hace más que mirar el móvil.

—Mirad, ahí hay un camino. Sigámoslo. Seguro que nos lleva hasta la casa —no lo digo muy convencida, pero qué otra cosa podemos hacer.

—Vamos, aquí comienza la aventura y hoy hace un día estupendo. Seguro que todo nos va de maravilla —dijo Jessy con su habitual optimismo.

Atravesamos una arboleda que, gracias a su sombra, proporcionaba mucho frescor que agradecemos, ya que hacía bastante calor, aunque lo peor era la humedad.

—Este camino no está tan mal para pasar con el coche. Vamos a localizar primero la casa y luego lo traemos aquí para no ir arrastrando el equipaje. Mis maletas son nuevas y no tengo

ganas de estropearlas con estas piedrecitas.

El comentario de Estíbaliz nos arranca una carcajada a todas.

—Mira que eres pija, Estíbaliz. Además, con el dinero que ganas puedes comprarte otra nueva. Y estoy segura de que te las regalan las casas de moda, coda, que eres una coda —Viola es mordaz con sus comentarios, pero en esta ocasión no se lo reprochamos.

—No vamos a comenzar nuestra aventura con una discusión. Vamos a tratar en este viaje de cambiar nuestra actitud. No es normal que siempre estemos como los perros y los gatos —recrimino con la esperanza de que así sea.

—Toda la razón, Lidia. Programaré algunas sesiones para ver si acabamos con este vicio de pelear continuamente.

Jessy siempre calma las aguas cuando están revueltas, pero en ocasiones, hemos estado hasta un mes sin hablarnos.

No tardamos mucho en llegar a la casa y vemos un coche aparcado en la puerta.

—Hola, ¿hay alguien? Soy Lidia La Fuente, la nueva propietaria.

Grito esperando que me escuchen desde dentro de la casa. No recibimos respuesta. Vuelvo a gritar.

—Llamaré a la puerta, igual no me ha escuchado —comento acercándome a la puerta.

—Eso de que nadie te ha escuchado... Menudo grito, se han debido de enterar hasta en la playa. Una de dos, o está sordo o ese coche no es de la persona que tiene que abrir la casa.

En el momento en el que voy a aporrear la puerta de madera maciza, esta se abre dejando ver a un señor de unos cincuenta años que me mira atentamente y dibuja una amable sonrisa.

—Buongiorno signorina. Sono Raffaello.

—Buenos días Raffaello. No sé hablar italiano. Espero que usted si sepa hablar español.

—Hablo poco español. El signor Roberto me anunció su arrivo. La alarma está disconnesso. Per favore, pasen. Mi dispiace molto per la morte di tua zia —agachando la cabeza se retira el sombrero que lleva para protegerse del sol.

—Gracias, Raffaello. Vamos a entrar para que pueda enseñarme la casa y cómo va la alarma.

Viola, Ivana, Estíbaliz y Jessy se arremolinan a mi espalda deseando entrar y cuchicheando entre ellas. Están tan nerviosas como yo.

La casa no es de una arquitectura moderna, más bien guarda el estilo típico de las casas de la zona, compuestas en su mayoría por piedra.

El interior es muy luminoso. Tanto las paredes como los muebles son de color blanco. Al entrar en el salón una gran balconera da acceso a una terraza.

Las vistas son excepcionales y la luz del día nos deja a todas con la boca abierta. El inmenso mar azul se abre ante nosotras. La terraza es muy amplia. Tenemos una gran porchada por encima de nosotras que nos protege del sol.

En un segundo nivel, bajando por unas escaleras de piedra, hay una piscina, no muy grande,

pero lo suficiente para darse un chapuzón y disfrutar de las vistas.

Con solo estar allí, una gran paz se adueña de nosotras. No hablamos, únicamente respiramos el aire puro cerrando los ojos. Es la primera vez, desde que nos conocemos, que no decimos ni una palabra.

—Signore, permissi che les mostri il resto della casa —interrumpe la voz de Raffaello.

—Sí, claro, disculpe, pero no estamos acostumbradas a disfrutar de unas vistas como estas. Raffaello, ¿conoció bien a mi tía? —pregunto curiosa por saber más de ella.

—Oh, sí. Una donna eccezionale. Molto guapa e intelligente. Tenía un cuore molto grande.

—Nunca la conocí. No sabía de su existencia hasta que recibí una llamada de Roberto. Aún no puedo entender que mi padre me ocultara su existencia. En fin, me ha dejado esta casa y espero conocerla a través de ella.

Raffaello me mira con ojos tiernos. Le acompañamos por toda la casa. Tiene dos plantas. En la planta baja se encuentra el salón-comedor, la cocina, un cuarto de baño y esa estupenda terraza que da al jardín y a la piscina.

Subiendo por las escaleras, nos encontramos con tres habitaciones, todas ellas con un acceso a una terraza que une todas las habitaciones. También hay un cuarto de baño.

Las paredes están pintadas de un blanco impoluto. Por todos los rincones de la casa hay cuadros colgados pintados por mi tía. Son diversos, algunos de paisajes donde el denominador común es el mar y otros plasman situaciones de la vida cotidiana. La vida en el mercado, en un puerto...

No cabe duda de que Silvia sabía pintar.

—Raffaello, muchas gracias por estar aquí —agarro su mano cariñosamente.

—Signorina, per qualunque cosa abbia bisogno ha il mio numero di telefono scritto su un taccuino all'ingresso di casa. Mia moglie gli ha lasciato del cibo e delle bevande nel frigorifero. Li lascio soli a godersi la loro casa. Ciao.

Le despedimos afectivamente acompañándolo a la puerta.

—¿Sabéis qué ha dicho? No le he entendido nada de nada —pregunta Ivanna levantando los hombros.

—Algo así como que ha dejado un número de teléfono al entrar en la casa y algo del frigorífico —responde Estíbaliz. —Vamos a averiguarlo.

Como cinco chiquillas, salimos corriendo y gritando hacia la cocina, como si estuviéramos en busca de un tesoro.

Al abrir la puerta del frigorífico, vemos unos envases con comida dentro. La mayoría compuesta por pasta. Como tiene que ser, nos encontramos en Italia.

También hay fruta fresca, agua y unas cervezas.

—! Mamma mía! ¡Con el hambre que tengo! Esa señora es una bendita.

La salida de Viola nos hace reír a todas. Estamos sorprendidas, pues su carácter es muy

serio y en raras ocasiones ha dejado ver un ápice de alegría en su rostro.

—Preparemos la comida y salgamos a la terraza. Luego deshacemos el equipaje y organizamos lo que vamos a hacer mientras estemos por aquí.

—Chicas, vamos a hacernos un selfi con esta vista tan maravillosa —estoy tan emocionada que me tropiezo con una de las sillas y el teléfono se me cae al suelo. —Joder, qué mala suerte, espero que no se haya roto.

Pero para mi desgracia, la pantalla se ha hecho añicos.

—No te preocupes, llevo un teléfono de repuesto en la maleta.

Como no, Viola la previsor. Me acerco a ella y le planto un beso sonoro en la mejilla. Estoy más agradecida que nunca de su obsesión por el control.

—Vamos a hacerlo con el tuyo, Viola. Seguro que llevas el último modelo de iPhone —dije colocándome ya en la barandilla de piedra. Ni siquiera me he fijado en la herida que llevo en la rodilla.

—Estás sangrando Lidia. Lo mejor será que te cures eso lo antes posible. Llevo un botiquín en el bolso. Siempre lo llevo encima por los niños, por si se caen y se hacen una herida.

Ivana sale corriendo al salón para traer el botiquín. Después de ponerme agua oxigenada y dar algún que otro berrido, puso Betadine y limpió con cuidado las gotas que chorreaban por la pierna.

—Sana, sana, culito de rana, si no curas hoy, curarás mañana... —y sopla sobre la herida.

Me causa mucha ternura, me ha curado como si fuera uno de sus hijos.

—Ya estamos listas. Vamos a por ese selfi.

Nos hicimos varias fotos posando de diferentes maneras. Tenemos que dejar nuestra huella en el tiempo.

—Voy a llamar a mi madre para que no se preocupe. Ahora estoy con vosotras.

Escucho los pitidos de la llamada. Normalmente, no suele tardar tanto en coger la llamada. Empiezo a inquietarme. ¡Por fin descuelga!

—Mamá, ¿cómo has tardado tanto en descolgar?

—Hija, ¿has llegado bien? Qué extraño, aquí solo ha sonado dos veces.

—Da igual, debe ser por la larga distancia. Mamá, te encantaría este lugar. Es precioso y la casa, una maravilla. Tiene unas vistas al mar impresionantes. Tenemos que venir.

—¿De veras? ¿No es un viaje muy largo?

—¡Qué va! No dura mucho y merece la pena. ¿Cómo está papá?

—Bien, como siempre. Ya sabes...

—¿Le has contado lo de la muerte de su hermana y la herencia que me ha dejado?

—Bueno... le dije que había fallecido y me dijo que no quería saber nada, pero, aun así, le conté que te ha dejado su casa.

—¿Y no dijo nada más?

—Sí. Que si fuera por él, iría con un bidón de gasolina para prenderla fuego y que desaparezca cualquier rastro de ella.

—No entiendo cómo puede ser tan cabezota. Además, mamá, creo que tuvo que pasar algo más para que papá la desterrara completamente de su vida.

—He intentado averiguar algo más, pero no hay manera de que suelte prenda. Cuando comencé a contarle que sabía lo de su ex novia, me dijo que me callara, se puso la chaqueta y se fue a la calle. Para mí tampoco fue tan grave la cosa.

—Puedo entender que en un primer momento él se sintiera traicionado por su novia y por su hermana, pero si la hubiese dejado hablar y comprender que la culpa no era solo de ella, las cosas no habrían llegado a ese punto.

—Ya lo sé, hija, yo tampoco lo veo tan grave, pero tu padre es así. Intentaré averiguar si hubo algo más, aunque dudo que me lo cuente.

—Tengo que dejarte. Cualquier cosa me llamas. Cuando llegue a Madrid te llamo.

—Disfruta mucho y mándame fotos para ver ese lugar tan bonito.

—Descuida que te las mando. Dale un beso a papá. Adiós mamá.

Voy a intentar averiguar ahora que estoy aquí, que más pudo ocurrir entre mi padre y su hermana.

## Capítulo 11

La mayor parte del día la pasamos recorriendo la casa y eligiendo la habitación dónde íbamos a dormir. Hay cuatro dormitorios en la casa. Como somos cinco, nos jugamos a ver quién comparte habitación. He tenido la suerte de dormir sola. Jessy e Ivana dormirán juntas.

Estamos demasiado agotadas, tanto por el viaje como por las emociones encontradas por estar en un lugar como este.

Me parece extraño estar tocando las cosas de una persona de mi familia a la que jamás conocí.

Siento como si estuviera invadiendo su intimidad, no me encuentro cómoda.

Ahora nos encontramos todas sentadas en la terraza, mirando las estrellas tan bonitas y brillantes. En la ciudad no se ven así.

De repente, el sonido de mi teléfono rompe ese momento de armonía entre el ser humano y la naturaleza.

Todas giran la cabeza hacia mí. Sus caras reflejan un ligero enfado.

—¿Dígame? —pregunto extrañada.

—Hola, soy Roberto, ¿te has olvidado de mí?

—¡Roberto! Por supuesto que no me he olvidado de ti, pero...

—No quiero saber cuál es ese, pero... Te llamo para saber qué tal habéis llegado y si todo está correcto. Supongo que Raffaello ya estaba allí cuando habéis llegado.

—Sí, sí, Raffaello estaba aquí esperando. Un señor muy amable. Hasta nos ha dejado comida en el frigorífico, lo que hemos agradecido enormemente.

—Cuanto me alegro. Si no tienes inconveniente, mañana estaré por allí. Quisiera llevarte algunos papeles de la casa y explicarte cómo tienes que hacer y donde, todo el tema de papeleos.

—Claro, te esperamos mañana por aquí. Que tengas un buen viaje.

—Gracias. ¿Sabes una cosa? No he podido dejar de pensar en ti. Estoy deseando llegar.

Este tío es bien directo. No sé qué decir y si me viera ahora notaría lo azorada que estoy. Me asustan los sentimientos que afloran en mí cada vez que lo veo o escucho su voz.

—Hasta mañana Roberto.

Cuelgo el teléfono y cuando alzo la vista, todas mis amigas me están mirando detenidamente.

—¿Qué? ¿Por qué me miráis así?

—¿Es Roberto, mi abogado? —pregunta Ivana con una sonrisita burlona.

—Sí, es el abogado. Llega mañana para traer unos papeles y enseñarme donde tengo que presentarlos y todo ese tema del papeleo en el que me pierdo.

—¿Y por eso te has puesto colorada? —dice Estíbaliz con su habitual desfachatez.

—No me he puesto colorada, dejadlo ya.

—Vamos, escúpelo, estamos entre amigas y te sentirás mejor. Además, vamos a hacer un pacto. Lo que pase aquí, se queda aquí. Nada de reclamos ni volver a hablar de ello si a alguna de nosotras nos incomoda —Jessy, con su deformación profesional de psicóloga, trata de llegar a un acuerdo.

—Por mí vale, aunque sabéis que me importa un pepino si los demás se enteran o no. No tengo ningún problema —dice Estíbaliz.

—Todo depende. Primero tendremos que hacer una lista de los temas de los que se pueden hablar o no. Y quizás, deberíamos firmar un acuerdo en el que...

—¡Venga ya Viola! ¿No te puedes relajar un poquito? Deja que las cosas fluyan a su ritmo y cuando tienen que fluir. Quizás te guste la experiencia de hacer cosas que no están programadas y que se salen de tu control —suelta Jessy, y nos deja a todas con la boca abierta.

—Está bien, lo intentaré. Pero si no lo consigo no quiero luego reproches, ¿ehhh?

—Te lo juro por Snoopy, por las bragas de Mafalda o porque se hunda el VIPS —jura Estíbaliz poniéndose las manos en el corazón.

—¡Qué payasa eres! Ese lema yo creo que era de nuestras madres, ja, ja, ja —se ríe Ivana sin poder contener la risa.

—Nos estamos desviando del tema. Lidia, cuéntanos, qué pasa contigo y con ese tal Roberto. Pero desde el principio, comienza por contarnos cómo te va con Hugo.

—Yo creo que, para contar nuestras intimidades, deberíamos hacerlo otro día que ya estemos descansadas y con un poco de alcohol en el cuerpo.

Espero que todas estén de acuerdo conmigo, porque ahora no me apetece nada de nada comenzar a contar mis problemas y mucho menos, hablar de Roberto.

—Lidia tiene razón, lo mejor será que descansemos y una noche de estas hacemos mesa redonda.

Nos levantamos lentamente, porque la noche está preciosa.

## Capítulo 12

Me cuesta abrir los ojos. Los rayos del sol atraviesan como espadas los vidrios de la ventana. Cada vez que intento abrirlos, se clavan en mis pupilas. No caí en el simple detalle de cerrar por la noche las cortinas. No tengo ni idea de la hora que es y por un momento ni siquiera sé dónde estoy.

Pero el olor a café recién hecho inunda mis fosas nasales provocando una especie de chute de adrenalina que reaviva mi cerebro.

Las voces de mis amigas cargadas de risas invaden la habitación. Me levanto con una sonrisa de esas que levantan los mofletes. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuve un despertar semejante, un despertar donde el dolor y la amargura no existen.

Bajo las escaleras dando saltitos cuál jovencita adolescente, con el pijama aún puesto. El cuadro es enternecedor. Ivana está sirviendo el café y preparando tostadas. Estíbaliz, Viola y Jessy están sentadas en los taburetes que componen la barra americana junto al lado del ventanal que da a la terraza. Todas están riéndose felices. No creo recordar en todos los años de amistad un momento parecido a este.

—Buenos días, chicas, no me voy a enfadar por no esperarme, ya que me encanta veros así de felices —me acerco una a una para darles un beso sonoro en la mejilla.

—No queríamos despertarte. Hemos entrado en la habitación y chica, dormías tan plácidamente y con una cara de angelito que nos daba pena.

¿De verdad Viola ha dicho eso? ¿Viola la controladora? ¿Viola que no soporta que las cosas no estén perfectamente programadas? Yo lo flipo.

—¡Chicas! ¡Esto es genial! ¿No os parece divino? No discutimos, estamos todas relajadas, riéndonos. Esto es para recordarlo por la eternidad. Vamos, un selfi para immortalizarlo.

Viola se levanta rápido para ir a buscar su móvil. Nos juntamos todas pegando nuestros cachetes para salir en la foto.

Aún continuamos con nuestras risas cuando apareció un perrito en la terraza. Una especie de caniche blanco, aunque un poco más grande de los que conocía.

—Anda y ese perro, ¿de dónde ha salido? —Estíbaliz se acerca a la terraza.

—¿Dónde vas machota? No sabes de quién es y puede que sea peligroso —Viola no puede evitar ponerse a la defensiva.

—¡Cómo va a ser peligroso con esa carita que tiene! ¡Es monísimo! Ven perrito, ven.

Estíbaliz se acerca a él sin ningún tipo de reparo, extendiendo la mano derecha hacia él mientras hacía ruidos con la boca para atraer su atención.

El perro la mira fijamente y da unos pasos hacia atrás, metiendo la cola entre las patas.

—Ten cuidado Estíbaliz, no tiene cara de buenos amigos y no está moviendo la cola —le advierto preocupada.

Pero ella no escucha nada de lo que le decimos y sigue acercándose al perro. Y cuando

extiende el brazo para acariciarlo, el perro, en fracciones de segundos, abre la boca y engancha el brazo de mi amiga.

Se queda asombrada, y cuando el perro aprieta la mandíbula para clavarle los dientes, Estíbaliz lanza un grito que retumba por toda la urbanización.

El perro, ante semejante grito, suelta el brazo y sale corriendo hacia el acantilado. Entonces nos acercamos todas para atender a Estíbaliz que está soltando todo tipo de improperios por su boca y moviendo el brazo en el aire.

—¡Violaaaaaa! ¡Busca ahora mismo un hospital o lo que sea! ¡Vamosssss!

Sin hacernos caso sale corriendo hacia la puerta de entrada y se coloca al lado del coche.

—¡Vámonos yaaaaa! Espero que ese perro de mierda no tenga la rabia.

Salimos todas corriendo y Viola se pone al volante. Ya tiene localizado en el GPS el centro médico más próximo, Guarda Médica Di Porto Rotondo, cinco minutos o dos kilómetros.

A pesar de los berridos de Estíbaliz que retumban en nuestros tímpanos, Viola conduce serena, pendiente de la carretera sin exceder el límite de velocidad.

No termina de parar el coche cuando Estíbaliz ya ha abierto la puerta y se dirige corriendo a la entrada. Todas la seguimos.

—¡Por favor, alguien que me atienda! Perfavore o como mierda se diga.

Estíbaliz está desencajada y la chica que se encuentra en la recepción la mira perpleja, pero sin levantarse de su asiento.

De forma intimidante, Estíbaliz acerca su cara al cristal de separación. Yo jugaría que está sacando espuma por la boca.

—¡Vamos guapa, muévete y llama a un médico!! ¡Me ha mordido un perro pulgoso y rabioso!

No dábamos crédito al comportamiento de Estíbaliz, esa mujer fuerte, segura de sí misma, que parecía que ni un misil podría con ella. Y se estaba derrumbando ante nuestras narices por una mordida de un perro que le ha marcado los dientes, pero que no le ha desgarrado ninguna parte de su cuerpo.

—Signora, si calmi, cosa é successo?

—¿¡Es que no lo ves!? Muy guapo, pero un poco corto y encima no habla español.

—Gracias por lo de guapo y como verá si hablo español. Dígame, ¿qué ha pasado?

Antes de que Estíbaliz volviera a exagerar las cosas, preferí tomar cartas en el asunto.

—Verá, ha aparecido un perro tipo caniche gigante en nuestra terraza y la descerebrada de nuestra amiga se ha acercado para tocarlo y el perro le ha dado un mordisco.

—¡Vaya, vaya! Le gusta el peligro y tocar cosas que no debe —termina de decir sonriendo.  
—Mi nombre es Mario y soy el enfermero de este turno. Acompáñeme al box para realizarle la cura.

Después de quince minutos, Estíbaliz sale del box colgada del brazo de Mario sonriendo como una colegiala. Ya ni se acuerda del mordisco.

—Mario, estas son mis amigas, Viola, Ivana, Lidia y Jessy. Chicas, Mario nos ha invitado a una cata de vinos en un sitio que se llama GUSTO en Portisco, ¿es así Mario?

—Correcto. Animaos, este lugar es de un amigo mío y se va a poner muy bueno. Presenta una nueva cosecha de la zona. Os va a encantar. Es una terraza muy bonita al lado del mar.

—Gracias Mario, ¿cuándo es el evento? —pregunto mirando estupefacta a Estíbaliz. No pierde ocasión para coquetear.

—Mañana por la noche, a partir de las ocho.

—Estaremos allí. Muchas gracias por todo Mario. Me has salvado la vida.

Creo que todas hemos puesto los ojos en blanco y hemos carraspeado. Lo que es capaz la tía con tal de ligarse a un tío. Hay que reconocer que el tal Mario no está nada mal.

Una vez en el coche hablamos todas a la vez, increpando el mal comportamiento de Estíbaliz, a lo que ella hace oídos sordos.

Cuando nos acercamos a la casa, vemos un coche rojo descapotable aparcado en la entrada.

—¿Y ahora quién será? —Viola ya ha vuelto a su peculiar humor. —Un momento, ¿no llegaba hoy ese tal Roberto, el abogado?

—¡Es verdad! Seguro que es él, además ese coche va con su estilo.

No tenemos que esperar mucho para saber quién es, ya que Roberto sale de la casa con una sonrisa de oreja a oreja para recibirnos. Está guapísimo vestido informal. Una camiseta blanca que se ajusta perfectamente a su cuerpo con unos vaqueros de diseño moldeando sus muslos. Ponga lo que se ponga, posee una elegante y ardiente masculinidad.

—Buenos días a todas. Espero no ser inoportuno con mi visita.

—Buenos días Roberto, te estábamos esperando. Hemos tenido un pequeño percance con un perro que ha tenido la mala suerte de morder a Estíbaliz. Chicas, os presento a Roberto, el abogado de mi tía y que también está llevando el divorcio de Ivana.

Esta se adelanta con una gran sonrisa para saludar de frente a Roberto.

Una ráfaga de viento revoloteó entre mis piernas haciendo que mi falda se elevara al estilo Marilyn Monroe.

Debía tener la cara roja porque la sentía ardiendo. ¡Qué vergüenza, por dios! Él todo un adonis, con su gracia natural masculina y yo vestida de aquella manera con ademanes de ama de casa mojigata y encima enseñando las bragas de cuello alto.

Mis manos trataron de colocarla con la mayor dignidad posible y Roberto, viendo que lo estaba pasando fatal, me abrazó.

—Tranquila, no me ha dado tiempo a ver nada. Estás muy guapa.

Me separo lentamente sonriendo. Sé que lo ha dicho para no avergonzarme, y se lo agradezco con toda el alma.

Trato de romper el aturdimiento que me provocaba su mirada, pero es imposible. Mi mano parece tener vida propia, a pesar de regañarla mentalmente. No puedo culparla, pues

su imponente belleza mediterránea junto a su aspecto es fascinante, y lo único que quiero es meter mis manitas por debajo de la camiseta para acariciar su piel.

—¡Buenos días Roberto! —saluda alegremente Ivana acercándose a él y dándome un empujoncito en el codo. Se ha dado cuenta de que estoy alelada.

Parece que Roberto está en las mismas que yo, ya que reacciona unos segundos más tarde de lo habitual.

—Ivana, buenos días. Qué alegría verte aquí junto a tus amigas. Eso significa que tu marido está asumiendo que en breve va a ser tu ex. Sabes que, si te da algún problema, solo tienes que llamarme para que acuda en tu ayuda.

—Eres un sol, Roberto. No te voy a mentir y decirte que todo va fantástico, pero ahí lo llevo. Seguro que no conoces al resto de la pandilla. Ven que te presento.

Me hubiera gustado hacerlo a mí, pero Ivanna se percató de mi aturdimiento y se adelantó. En el fondo tengo que agradecerérselo.

—Esta es Estíbaliz. No te preocupes por el vendaje. Acabamos de llegar del centro médico. Un perrito le propinó un pequeño mordisco por descerebrada.

—Encantada de conocerte Roberto. Ni caso a Ivana. No era un perrito, sino un perrazo y esto me ha pasado por ser demasiado amable.

Siento una enorme punzada de celos cuando veo a Estíbaliz acercándose a Roberto sinuosamente a su cara y no le da dos besos normales y corrientes, sino que sus labios acarician las mejillas.

Vislumbro una sonrisa burlona en los labios de Roberto. No puede ser que se vaya a tirar a Estíbaliz, a ella no. Antes la mato.

Repentinamente, Roberto gira la cara hacia mí guiñándome un ojo. ¿Qué ha querido insinuar con eso?

—Vamos Estíbaliz, a veces pareces una garrapata. Déjame que le presente al resto del grupo. Esta es Viola.

Viola se acerca para extenderle la mano a modo de saludo, pero Roberto la ignora y se acerca agarrándola de los hombros para darle los cotidianos besos de rigor.

—Un placer Viola —sonríe intentando atravesar la máscara que se ha puesto mi amiga de desconfianza.

—Bienvenido a nuestra morada. Espero que podamos hablar en algún momento si Estíbaliz nos deja, claro.

Soltamos una carcajada, incluida Estíbaliz, que parece que no le afecta el comentario de Viola.

—Pues claro, querida. No sé por qué dices eso. Qué va a pensar nuestro invitado con tu comentario.

Sabemos perfectamente que le importa un comino lo que ha dicho, pero a la vista está que sigue coqueteando con él.

—Y por último Jessy —termina Ivana acercándose a ella.

—Es genial. Me alegro mucho de que estés aquí.

—Encantado, Jessy —y sonriendo se acerca a ella para saludarla también con dos besos en la mejilla.

Pasamos todos dentro de la casa. Es claro que Roberto ya ha estado allí porque conoce perfectamente cada rincón.

—Roberto, ¿has traído equipaje? ¿Cuántos días piensas quedarte? —pregunto ansiosa de que su respuesta sea que varios días.

—Más tarde saco el equipaje del coche. No tengo fecha de regreso. Me he tomado unas pequeñas vacaciones y, además, estoy atendiendo a mis clientas —su sonrisa es tan amplia y cálida que creo que hasta Viola se ha deshecho con ella.

—Como sabrás, la casa tiene cuatro dormitorios. Vamos a ver cómo te asignamos uno para ti.

—No me importa sacrificarme. Puede dormir en mi habitación.

¡De eso nada Estíbaliz! ¡Ni muerta voy a consentir eso!

—Qué sacrificada eres Estíbaliz, pero no hará falta eso. Estoy segura de que entre todas podemos reorganizarnos para dejar una habitación libre.

—Tienes toda la razón, Lidia. Estíbaliz, pasa tus cosas a mi habitación, tiene dos camas, así que no habrá ningún problema —Viola zanja la negociación con una voz contundente que no da lugar a que se realice alguna queja.

Estíbaliz nos mira a todas de una forma retadora. Nunca nos hemos interpuesto en sus conquistas. Esta es la primera vez.

—Vamos chicas, mi cama es muy grande y le puedo hacer un hueco. Es como cuando nos íbamos de campamento y compartíamos la misma tienda de campaña —Estíbaliz insiste.

—Viola tiene razón. Lo mejor es que te traslades a su habitación y le dejes a Roberto espacio. Ya no somos unas adolescentes de campamento. Roberto, ve a por tu equipaje para que pueda enseñarte la habitación, aunque doy por sentado que la conoces perfectamente —zanjo de esta manera el tema de la habitación antes de que le saque los ojos a Estíbaliz que, derrotada, se sienta en el sofá.

—Os soy las gracias por la hospitalidad. Y tienes razón, conozco muy bien la casa, pero será un placer que me acompañes a mi cuarto. Regreso en un minuto.

—¡Tú no cambias Estíbaliz! Eres una braga fácil chica. ¿No te puedes contener por una vez? —estoy tan rabiosa que creo que me ha salido espuma por la boca.

—Tranquila... Pero, ¿qué te pasa? Ni que fuera tu marido. Ya me conoces, cuando veo

algo que me encanta voy a por todas. Juraría por tu reacción que estás celosa. Dime, ¿te gusta ese bomboncito?

—Es mi abogado y el de Ivana. Si la cosa no te sale bien, podría perjudicarnos y todo por un polvo fácil.

—Valeeeee, tranquila. Pero a mí no me engañas. Te pasa algo con ese hombre. Y si es así, tíratelo y manda al garete al marido ese que tienes tan aburrido.

—¡Cállate! Te puede escuchar y pensar lo que no es.

—¿Qué parte no es? La de que te lo quieres tirar o la de que tu marido es aburrido.

Cierro los puños conteniendo mi rabia.

—Vamos chicas, no vamos a pelearnos ahora y menos por un hombre. Si el abogado nos va a traer discordias y nos va a alterar, le pido amablemente que se busque un hotel —Viola lo dice bastante seria y cuando habla así, sabemos que es capaz de hacerlo.

Estíbaliz me mira sonriendo y se acerca a mí para darme un abrazo.

—Tú y yo tenemos que hablar tranquilamente con una copita de vino —me susurra sin dejar de abrazarme.

—Siento haberme puesto así.

—Eso es genial, no dejéis que un hombre que acabáis de conocer, rompa la amistad que tenéis de tantos años. Y Lidia, Estíbaliz tiene razón. Te has alterado como nunca por lo que ha hecho. Lo hemos visto muchas veces y jamás has reaccionado así. Te pasa algo y si quieres lo hablamos.

—Cambiemos de tema, Roberto está por entrar.

Y justo en ese momento, Roberto atraviesa la puerta de la casa cargado con una maleta.

—¿Me enseñas mi cuarto Lidia? —él me mira a los ojos, pero noto un brillo diferente en ellos.

—Tendrás que esperar a que Estíbaliz traslade sus cosas y te cambiemos las sábanas.

—Dame cinco minutos. Te dejaré un juego de sábanas limpias en la cama para que te la hagas tú mismo. No hay servicio doméstico en la casa.

Esto último va dirigido a mí, ya que su mirada se ha clavado en mis retinas.

Roberto carraspea. Es un hombre inteligente además de atractivo y ha debido notar la tensión que hay entre nosotras.

—Si voy a ser una molestia, me busco un hotel. Y deciros que no me importa hacer las tareas domésticas.

—No, por favor, no hace falta que te vayas —digo rápidamente sin dejar la opción a que eso suceda.

—Gracias. Tú me dirás cuando está listo el cuarto Estíbaliz.

Ella sube las escaleras sin decir palabra.

—Vamos a esperarla en la terraza. No nos vamos a quedar aquí como estatuas. Hace un día precioso. Y de paso, nos conocemos un poquito más, ya que vamos a ser compañeros. Por cierto, ¿cuántos días te vas a quedar? —Jessy siempre conciliando las situaciones peliagudas.

—Pues eso depende. No tengo una fecha concreta para volver. He venido para terminar de arreglar el papeleo de la herencia y registro de la propiedad a nombre de Lidia. Y si después de ver la casa, decide al final venderla o no.

—Aún no he asimilado todo esto. Necesito un poco más de tiempo en la casa para decidir qué hago con ella. Reconozco que me encanta, pero me tienes que poner al día con los gastos y las obligaciones tributarias. Bueno, con todo lo que conlleva quedarme con ella.

—He traído toda la documentación para ello. También te comunico, que si al final decides venderla, yo te la compraré. Siempre me ha gustado esta casa, me sentía genial cuando venía a visitar a tu tía.

—Si decido venderla, serás el primero en saberlo. ¿Quieres tomar algo?

—Un vaso de agua estaría bien. Vengo sofocado del viaje y de las vistas.

Me aprieta el brazo al decir lo de las vistas. De nuevo me sonrojo. Pero he de tranquilizarme, porque no sé si lo dice por mí o es otra cosa. He de reconocer que me está pasando algo muy fuerte con él.

Cuando voy a responderle, Estíbaliz llega dando saltitos.

—Ya están listos sus aposentos, majestad —dice irónicamente sin apartar la mirada de mi cara y de la mano de Roberto sobre mi brazo.

—¿Quieres ese vaso de agua o prefieres subir ya a tu cuarto? —pregunto levantándome de golpe.

Sentí un pequeño escalofrío cuando dejé de sentir el calor de la mano de Roberto sobre mi piel.

—Si no os importa, me gustaría ese vaso de agua y subir al cuarto para darme una ducha. No sé si interrumpo vuestros planes para hoy y si me puedo unir a vosotras.

—Pues estábamos a punto de hacer planes cuando a Estíbaliz se le ocurrió la maravillosa idea de meter su brazo en la boca del perro —dice Viola dedicándole una pequeña sonrisa.

—Dejemos el tema por la paz. Ve tranquilo a darte esa ducha y luego miramos que hacemos —interrumpo la respuesta de Estíbaliz.

Roberto se levanta dirigiéndose a la cocina para tomar un vaso de agua. Después lo perdemos de vista cuando sube las escaleras.

## Capítulo 13

—¡No me lo puedo creer! Está claro que la presencia de Roberto ha alterado el ambiente. Debemos sosegarnos si queremos que la convivencia estos días sea placentera. Lidia, ¿qué te pasa con él? Está claro que algo, jamás te habías comportado así. Ahora no vamos a hablar de ello porque nos puede escuchar y no creo que tarde en bajar. Estíbaliz, por favor, aléjate de este hombre porque alteras a Lidia con tus coqueteos —Jessy se ha puesto más seria de lo que habitualmente está.

—Está bien, no me volveré a acercar a él si Lidia está tan interesada. Yo me puedo buscar a otro. Mañana mismo, nos encontraremos con Mario, el enfermero, en esa fiesta a la que, por supuesto, vamos a acudir.

—Estíbaliz, Roberto es un hombre encantador además de guapo. Desde el día que nos presentaron, vi una mirada especial cada vez que se dirigía a Lidia. Yo creo que él también está interesado en ella. Entiendo que lo encuentres irresistible y que lo quieras sumar a la larga lista de conquistas y se te agradece que no lo hagas —Ivana nunca se había atrevido a decirle algo semejante a Estíbaliz.

—Vaya Ivana, el aire de Italia te ha sentado bien. Tus comentarios no me molestan y me da gusto que por fin expreses tus sentimientos sin temor a que puedas hacerme daño. ¡Un hurra por Ivanna!

—Deja los sarcasmos Estíbaliz. Ivana es genial que por fin saques un poquito las uñas y dejes el papel de sumisa. Estoy orgullosa de ti —dice Jessy apretándole la mano.

—Reconozco que siempre he estado enredada con tantos perjuicios que me inculcaron desde pequeña y que estos han desencadenado los momentos más amargos de mi vida. Sinceramente, no he sentido ninguna culpa por lo que he dicho. Me encuentro muy bien.

Todas le dedicamos una sonrisa de orgullo para dejarle claro que estamos orgullosas de ella.

En ese momento, escuchamos los pasos de Roberto bajando por las escaleras. No ha tardado ni diez minutos en ducharse.

—Ya estoy aquí. ¿Me he perdido de algo interesante?

Trago saliva. Si antes estaba encantador, ahora está arrebatador. Se ha cambiado la camiseta blanca por otra estampada y los pantalones vaqueros por unos de lino blanco típicos de los que se usan en Ibiza. El pelo mojado está alborotado, nada de repeinado como cuando está trabajando.

Con la luz del sol, sus ojos han pasado de un color avellana a un verde claro. Se me acelera el corazón. Mirar esos ojos del color del mar, con sus algas rodeados de esas pestañas que se elevan hacia el cielo, hacen provocar un maremoto en mi corazón.

—Nada interesante. Siéntate aquí con nosotras —dice Viola, ansiosa por saber más sobre él.

—Pero antes, tráete unas cervecitas. Por cierto, tendríamos que ir a comprar víveres.

—Tienes razón Estíbaliz. Podríamos aprovechar el día de hoy que no tenemos nada programado.

Todas asienten sin dejar de mirar a Roberto. Creo que él no se siente incómodo para nada. Al contrario, creo que hasta hace poses para que le observen desde todos los ángulos.

—Con gusto os acompaño y también quiero cooperar para la despensa. No quiero estar aquí de gorrón. Ahora os llevo las cervezas.

Agarro una silla y la pongo al lado de la de Roberto. Ninguna de mis amigas deja de observarme. Me siento como una chuche en el escaparate de la puerta de un colegio.

—Dime Lidia, ¿cómo va esa ansiedad? —pregunta de repente Jessy.

—No creo que este sea el mejor momento para hablar de eso, pero estoy más tranquila. Gracias por preocuparte por mí.

Se crea de nuevo un silencio incómodo. En eso llega Roberto haciendo malabares con las seis cervezas.

Va repartiendo las cervezas y deja la última para mí. Una sonrisa burlona le delata. Sabe perfectamente lo que su presencia repentina ha provocado en todas las células de mi cuerpo.

Alarga la mano para entregarme la botella y cuando la agarro, la roza suavemente con mis dedos.

No quiero que note lo deslumbrada que estoy con él. ¡Joder! ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí ahora?

Retiro mi mirada de su mano y la dirijo a mis amigas que claro está, no han perdido detalle.

Terminadas las cervezas con una charla donde cada una cuenta a qué dedica su vida, nos preparamos para ir al pueblo.

—Somos seis, así que tendremos que ir en los dos coches —informa Roberto apoyado en su descapotable rojo.

—Tienes toda la razón. Yo puedo sacrificarme e ir contigo para que no te sientas tan solo —dice Estíbaliz sin quitar el dedo del renglón.

—Un placer señorita. Suba cuando guste.

Casi la asesino con la cantidad de puñales que salieron de mis ojos. Es mi amiga de toda la vida, pero en estos momentos la odio. Daría cualquier cosa por ser yo quien se hubiera subido al coche y Roberto parece encantado. Conociendo a Estíbaliz, no me extrañaría nada que se lo tirara hoy mismo.

—Lidia, a ti te pasa algo con ese Roberto y no trates de engañarnos, suéltalo ya —dice Jessy una vez que nos pusimos en camino.

Callo, no digo nada y pierdo la mirada en el horizonte.

—Vamos, Lidia, somos tus amigas y sabes que siempre te apoyaremos en todo. Estás muy rara desde que ese abogado ha llegado.

—Está bien. No sé exactamente qué me pasa. Desde el primer minuto que le conocí, me estremezco con tan solo una mirada. Y ni te cuento si me roza alguna parte de mi cuerpo. Ha llegado para provocar un desastre natural en mi vida.

—Bendito desastre natural. Eso es lo que necesitas para salir de la vida tan rutinaria que llevas —declara Jessy.

—Yo creo que deberías pensarlo bien antes de lanzarte a la piscina. Está claro que ese Roberto quiere algo contigo, si no lo consigue antes nuestra promiscua amiga. Pero luego, ¿qué pasará con Hugo? ¿Lo dejarás o le ocultarás esta cana al aire? ¿Te sentirás bien si lo callas?

—Ayyy Ivana. De momento lo importante es que ella sepa lo que siente de verdad y luego ya se analizará como debe actuar. No nos adelantemos porque igual no pasa nada y solo se queda en una ilusión pasajera. Pero Lidia, sabes que cuentas con nosotras si decides lanzarte a la piscina y al final te das de boca.

—Gracias, sois un encanto. Ya veremos lo que pasa. Eso sí, a Estíbaliz te voy a arrancar todos los pelos de la cabeza como se lo tire.

El coche de Roberto va detrás del nuestro y no puedo evitar echar una ojeada para ver lo que está pasando.

Roberto sigue atento a la carretera y a nuestro coche mientras Estíbaliz no deja de sonreír y de sobar su hombro. Cada vez que giro la cabeza para mirar, él me dedica una sonrisa.

Justo cuando voy a dedicarle una bonita sonrisa también suena mi teléfono. Es Hugo, mi marido.

—Hola Hugo.

—Hola, ya te vale, me enviaste un WhatsApp cuando llegaste y ya te has olvidado de mí.

—Hemos estado un poco liadas, hasta tuvimos que llevar a Estíbaliz a un centro médico porque la mordió un perro. Nada grave. Ahora vamos de camino a comprar víveres. ¿Cómo estás?

—Pues aquí, abandonado como un ese perro que le ha mordido a Estíbaliz. Pensé que me ibas a dejar comida en el congelador o por lo menos la nevera llena. Ya también he tenido que ir a comprar.

—Pobrecitooooo. La chacha se ha ido de vacaciones y ahora te tienes que hacer cargo de ti solito. Yo estoy bien, tranquila y disfrutando de estos maravillosos paisajes.

—Estarás tranquila, pero de mal humor. ¿Es que no me echas de menos?

—¿Y tú a mí? Porque hasta ahora solo me hablas de tareas domésticas.

—Ya estamos de nuevo.

—Hugo, te tengo que colgar. Cuando regrese tenemos que sentarnos y hablar.

—Está bien. Disfruta de tus vacaciones.

Cuelga, esa es nuestra conversación después de dos días sin vernos. Un halo de tristeza envuelve mi corazón. Son cinco años de casados compartiendo nuestra vida para tratarnos

con tanta frialdad. Está claro que amor ya no queda, cariño, quizás. Por su parte no sé, por la mía sí.

—Lidia, ¿estás bien? —Jessy se encuentra a mi lado y apoya su mano en mi rodilla.

—No lo sé.

—Luego hablamos en casa. Necesitas desahogarte y ordenar tus sentimientos.

No puedo responder porque las lágrimas empiezan a agolparse y tengo un nudo en la garganta. Ella lo comprende y aumenta su presión sobre la rodilla en señal de apoyo.

El resto de mis amigas están calladas, dedicándome miradas de cariño y apoyo. No sé qué haría sin ellas en estos momentos.

—Creo que lo mejor es aparcar por aquí y buscar un sitio para comprar. No tenemos ni idea de donde ir —dice Viola rompiendo el silencio.

Aparca en un lugar amplio para que Roberto también lo haga. Salimos del coche y tengo que realizar un esfuerzo titánico para recomponerme y sonreír. Por nada del mundo quiero que Roberto note que estoy triste.

—Viola, has aparcado un poco alejada del centro, pero así damos un paseo y conocéis el entorno.

Paseamos entre sus calles empedradas y sus casas bajitas, algunas echas con piedras. Por supuesto, no pensábamos encontrarnos con grandes supermercados.

Entramos en una tienda pequeña, pero con un gran surtido de alimentos. Y como no, pequeñas disputas entre nosotras para ver que compramos.

Roberto está callado, no da su opinión. Parece que le divierte vernos así. Estíbaliz no se despegas de él. Lo soba cada dos por tres y él no pone oposición. Tampoco parece que le dé importancia, o eso es lo que yo quiero creer, ya que cada vez que le miro, él me está mirando. Y cuando no lo hago, noto su mirada encima de mí.

Una manzana roja brillante, como esa del cuento de Blancanieves, atrae mi atención. Cuando estiro la mano para cogerla, una mano agarra la mía. No hace falta que mire, sé que es la de Roberto.

—Ummm, la manzana de la discordia. Tendremos que retarnos para ver quién se queda con ella —susurra pegado a mi cuello, lo que me hace temblar como una hoja contra el viento.

No me atrevo ni a mirarle. Aún no ha apartado su mano de la mía. Y para variar, Estíbaliz rompe el momento agarrándole del brazo.

—¡Qué buena pinta tienen esas manzanas! —medio grita llamando la atención.

—¿Verdad? Lidia y yo pensamos lo mismo. Ya nos íbamos a batir en duelo por esta —dice Roberto sin despegar su mirada sobre mí.

—Deja que Lidia se encargue de las manzanas. Ven conmigo y elijamos un buen vino. Imagínate tomando los dos una copa al borde de la piscina cubriéndonos con las estrellas y los dos solitos.

¡Golf! ¡Descarada! ¡Zorra!

¡Será posible! Lidia, cálmate. Esa ha sido y será por siempre Estíbaliz. Jamás se le ha resistido un hombre que yo conozca. Ha pasado de un simple coqueteo a una conquista abierta y descarada. Nunca la había visto actuar así, como a la desesperada. Las conquistas en las que yo he estado presente, casi bastaban un aleteo de sus pestañas y un guiño de ojos para que lo encandilara. Parece ser que Roberto se le está resistiendo y ninguna de sus artimañas hasta ahora le han surtido efecto.

Con este pensamiento consigo arrancarme a mí misma una amplia sonrisa. Casi, hasta me divierte. Por fin veo a una Estíbaliz un poco desesperada por conseguir a un hombre.

Ahora soy yo quien echa a volar mi imaginación mientras acaricio las manzanas para echarlas en una bolsa.

## Capítulo 14

La imagen de hacer el amor allí mismo, entre las manzanas, arrancarle toda la ropa, lamerle de arriba abajo, clavarle las uñas en esa piel tan perfecta, por poquito hace que un orgasmo incontrolado me ponga en evidencia.

—¿Te encuentras bien? Tienes la mirada perdida y los ojos brillantes —la voz de Roberto corta drásticamente mis delirios.

—Estoy bien, no te preocupes. Debe ser el calor mezclado con la humedad. No estoy acostumbrada a este tipo de clima.

Alarga su mano para sujetarme y de nuevo una descarga eléctrica. Debería ponerme esa cinta que llevan algunos coches para quitar la electricidad estática.

Y de nuevo se acerca Estíbaliz para romper en mil pedazos la conexión entre nosotros.

—¿Manzanas? Por qué no. Además, se ven muy jugosas —mira de forma lasciva a Roberto mientras le muerde de una forma muy sensual.

—Esa, la va a pagar tú —digo dirigiéndome a ella con un tono enfadado.

—Claro, ningún problema —contesta sin desviar la mirada de Roberto.

—¿Tenemos todo? Yo os invito a esta. Pero eso sí, yo no cocino.

No nos hacemos de rogar. Dejamos que pague la cuenta con mucho gusto.

—Lidia, ¿vienes ahora conmigo y hablamos del papeleo que tenemos que arreglar con las autoridades de la zona? —dice Roberto cuando se percató de que Estíbaliz se iba a montar de nuevo en su coche.

—Vale —respondo sonriendo al ver la cara que puso Estíbaliz.

Y como cabía esperar, Roberto demuestra su caballerosidad abriéndome la puerta del coche.

—Gracias, muy amable.

Roberto cierra la puerta, rodea el coche y entra. Arranca y antes de ponerse en marcha, me dirige una sonrisa amplia y espontánea.

—¿Qué tal con Estíbaliz? ¿Te gusta? Lo digo porque la veo muy lanzada contigo.

—No te voy a mentir, es una mujer muy sexy y guapa, pero no me va. Para pasar un rato está bien, pero yo busco otro tipo de mujer. Ya estoy cansado de rodearme de mujeres como ella.

—¿A sí? ¿Y qué tipo de mujeres te gustan a ti? —pregunto intrigada al descubrir que mi amiga Estíbaliz no le gusta.

—Prefiero una mujer más sencilla, que sea atractiva y que tenga los pies en el suelo. Que no sea fácil, pero tampoco una mojigata. No sé si me estás entendiendo.

—Me es difícil imaginarte con una mujer así.

—¿Por qué?

—Por qué eres un hombre bastante atractivo, de éxito en el trabajo y muy seguro de ti mismo.

—¿Me encuentras atractivo? ¿Te gusto? ¿Me considerarías un candidato para pasar el resto de tu vida conmigo?

—No entiendo a donde va a parar esta conversación. Sabes perfectamente que estoy casada. Ahora, si buscas mi opinión, una mujer como yo estaría más que dispuesta a pasar una vida contigo. Claro está, tendríamos que conocernos más para saber si somos compatibles.

—Con eso me basta. Y hablando de mujer casada... ¿Has pensado ya si te vas a divorciar? Con mucho gusto llevaría tu divorcio igual que el de tu amiga. Igual no, con más interés, te lo aseguro.

—Roberto, dime una cosa, ¿estás interesado en mí?

—¿Y tú en mí?

—No me respondas con otra pregunta. Te aseguro que me cuesta mucho mantener este tipo de conversación contigo. Así que, por favor, respóndeme.

—Sí, me encantas. Ahora respóndeme tú.

Las palabras se agolpan en mi garganta descolocadas. No sé cómo soltarlas en el orden correcto. En mi cerebro están arremolinadas y confusas.

Su mano acaricia mi rodilla y doy un respingo, pero él no deja de acariciarla.

—Vamos, atrévete a decirme lo que sientes. Atrévete a confesarme que desde el día que nos vimos en mi despacho sentiste algo por mí. Reconoce que vibras cada vez que nuestras miradas se cruzan. Confiesa que desde que nos conocimos siempre he estado en tu mente, que estás deseando que nos encontremos de nuevo. Eso es lo que me pasa a mí contigo. ¿Por qué crees que estoy aquí? Podría darte las instrucciones por teléfono.

Guauuuu, eso es exactamente lo que me ocurre. Escucharlo de sus labios me hace reconocer lo que me ocurre con él. Pero yo no estoy acostumbrada a reconocer mis sentimientos con extraños. Porque eso es él para mí, un extraño con el que apenas he cruzado unas cuantas palabras.

—¿Por qué callas? ¿A caso no tengo razón?

Haciendo acopio de todo el valor que puedo, giro la cabeza para mirarle a los ojos con un ápice de vergüenza.

—Sí, todo eso me pasa. Cualquiera diría que te has colado en mi cabeza.

Su mano se despegaba de mi rodilla para buscar la mía. La agarra y se la lleva a los labios. Son suaves, tiernos y cálidos.

El miedo y la culpa son dos sentimientos tan fuertes como el amor, por eso a veces nos cuesta tanto tomar la decisión de mandarlo todo al carajo para vivir un sentimiento nuevo,

sin ataduras morales y sociales.

No suelta mi mano, todo lo contrario, se aferra a ella. No puedo creer que un hombre como él se haya fijado en una mujer como yo. No es que me devalúe como tal, pero he de reconocer que no soy una mujer sofisticada y brillante. Ese es el tipo de mujer que, a mi parecer, le pega a Roberto. Él es hermoso, seguro y brillante. O por lo menos, así le veo yo.

Sé que las comparaciones son odiosas, pero no puedo evitar compararlo con Mario, mi marido. Nosotros nos conocimos en un pícnic que organizó un amigo suyo que, a su vez, era amigo de una amiga mía.

Coincidimos en la mesa donde estaban las ensaladas. Nos presentamos y nos pusimos a charlar como si nos conociéramos desde hacía tiempo. Nos dimos nuestros teléfonos y a la semana siguiente me llamó para tomar un café. Otro día me llamó para comer y sin darnos cuenta comenzamos a salir.

Negar el pasado es confundir al futuro. Exhumando mis recuerdos, reconozco que al final acabamos juntos porque había afinidad entre nosotros, pero pasión, lo que se dice pasión, no había.

Simplemente, nos acomodamos el uno al otro. Hacíamos el amor porque nuestros cuerpos tienen necesidades biológicas, pero ese cosquilleo que se siente al ver a la otra persona, ese golpeteo en mi sexo con simplemente verle, como me pasa con Roberto, nunca lo sentí con Mario.

El deseo de que me estampe contra la pared, me arranque la ropa, me coma desde la cabeza a los pies, no lo sentía. Es triste reconocerlo, pero así es.

Sin embargo, la simple caricia de las yemas de los dedos de Roberto acariciando mi piel, me pone a mil. Las palpitaciones se vuelven más agresivas. No puedo evitar frotarme contra el asiento del coche y que la respiración se entrecorte.

De nuevo se lleva mi mano a sus labios.

—No lo puedes negar, sientes la misma pasión que yo al verte. Puedo sentir y oler y excitación.

Asimilando aún sus palabras, lleva mi mano a su entrepierna. Noto la dureza de su pene. Eso me excita más aún. Comienzo a acariciarlo suavemente por encima de la tela del pantalón. Él da un respingo y coge aire. Se remueve sutilmente y cierra un poco los ojos.

—Para, para, corazón o nos vamos a estrellar.

Sonríe guiñándome un ojo y lanzando un beso al aire.

Estoy turbada y consternada. Jamás pensé que me atrevería a hacer algo así. Qué vergüenza, como me he podido. Pero, por otra parte, una milésima parte, se siente orgullosa de excitarlo. ¿Cómo acabará esto? Ni me atrevo a pensarlo.

Ahora mismo me gustaría tener el arrojito de Estíbaliz. Estoy segura de que ella, en mi lugar, le hubiese pedido que se apartara de la carretera para follárselo sin ningún tipo de remordimiento.

Pero yo no soy así. Tengo que trabajar en ello.

El resto del camino lo hacemos callados, pero sin perder el contacto de nuestra piel.

Llegamos a la casa y no tenemos mucha prisa en salir del coche. Estíbaliz sale a toda prisa y se dirige a nosotros. Roberto no ha soltado aún mi mano y ella, que es muy perspicaz, se da cuenta de ese pequeño detalle y me mira con una mirada maliciosa. Yo suelto su mano rápidamente.

Parece que ha comenzado un juego entre nosotras. Lo veo en su mirada. No se va a dar por vencida, así como así. Vamos a ver cómo acaba todo esto.

—Roberto, cielo, te ayudo a descargar las bolsas, vamos. Estoy segura de que la cena de esta noche va a ser muy especial —lo mira sin dejar de acariciar su brazo.

Roberto me mira dulcemente y se gira hacia ella.

—Vamos, saquemos esas bolsas. Yo también estoy seguro de que esta noche va a ser muy especial.

Estíbaliz me mira retadora. Cree que lo de la noche especial va por ella. Si al final Roberto y yo tenemos algo, no quiero ni imaginar su reacción. Jamás nos hemos encontrado en una coyuntura como esta, y ni idea de lo que va a pasar. Ella está acostumbrada a dominar la situación, es muy posesiva con lo que cree que es suyo. En todos nuestros años de amistad, la mayoría de las veces se ha salido con la suya. Contrariarla es provocar una mini guerra.

Pero a estas alturas de mi vida ya no me voy a dejar. Voy a luchar con uñas y dientes por las cosas que quiero, aunque eso signifique perder la amistad con Estíbaliz. Ella también debe aprender a que no siempre se gana y a retirarse con dignidad. Si de verdad nuestra amistad significa algo para ella, debería retirarse y alegrarse por mí. Eso hacen las amigas verdaderas.

—Lidia, ¿podemos hablar? —pregunta con una aptitud retante.

—Claro. Colocamos todo en la cocina y hablamos.

Se retira sin decir nada más, agarrando dos bolsas de la parte trasera del coche.

—No hace falta ser un adivino para saber por dónde va a ir la conversación. Es evidente que Estíbaliz quiere follarme a toda costa. Pero eso no va a suceder. No te dejes y sube la cabeza orgullosa por lo que sentimos los dos. Si me necesitas, no tienes más que silbar —dice dándome un beso en la mejilla.

Cuando entramos en la casa, Jessy me agarra fuertemente del brazo y me lleva a la parte trasera de la casa.

—Ahora mismo me vas a contar qué está pasando —susurra.

—Que está pasando con qué. No te entiendo.

—Me entiendes perfectamente. Ya he visto las miradas que os dirigís y aunque quieres disimularlo, no puedes. Confía en mí y cuéntamelo.

—Está bien. Roberto me encanta, me excita, me siento más viva que nunca cuando estoy

a su lado.

—¿Y él? ¿Siente lo mismo que tú?

—Ha sido él quien ha comenzado a confesarme sus sentimientos.

—Eso está genial, me encanta que salgas de tu letargo. Pero me preocupa Estíbaliz, ya la conocemos y ella no quita el dedo del renglón. Cuando descubra que no va a poder conseguir a Roberto, debemos prepararnos si queremos que esto no se convierta en un infierno. Hablaré con ella.

—No te imaginas la mirada que me ha echado cuando se ha dado cuenta de que Roberto tenía agarrada mi mano. Me da miedo.

—Tranquila. De lo que tienes que preocupar es de que no te hagan daño. Tienes que estar bien segura de lo que vas a hacer. Ahora mismo estás en tu zona de confort, aunque no seas feliz, porque está claro que Mario no te hace para nada feliz. A no ser que te plantees, un afer que, según comienza, termina.

—Ya me conoces, no soy de esas. Estoy cagada de miedo. Siento pánico a equivocarme.

—Verás, las equivocaciones son las que alimentan nuestras experiencias. Yo lo veo así: si sale bien, tu vida estará llena de excitación y serás feliz. Si sale mal, te romperá el corazón y estarás sola para vivir nuevas experiencias. Está claro que lo tuyo con Mario ha llegado a su fin. Te lías o no con Roberto, en el fondo de tu corazón sabes que tienes que romper esa relación para dejarte el camino libre. Eres una mujer estupenda. Eres guapa e inteligente. Y que hablar del corazón tan grande que tienes. Mi consejo: agarra el toro por los cuernos y lázate a la piscina. Por lo menos te llevarás unos buenos polvos, o eso espero. Imagina que detrás de todo ese cuerpo tan bien formado, se encuentre una minúscula polla que además no sabe jugar.

Su último comentario hace que suelte una carcajada más fuerte de lo que hubiera querido, ya que todos dirigen sus miradas hacia nosotras. Nos dirigimos a la cocina.

—Debe ser un chiste muy bueno para que te rieras así, Lidia. Y mira que me extraña, porque Jessy no sabe contar chistes —la lengua mordaz de Estíbaliz ya ha comenzado a soltar veneno.

—No era un chiste, Estíbaliz. Tenía una pequeña conversación con Lidia y pensé que este era el momento oportuno —dice Jessy intentando apaciguar el camino de la conversación.

—¿Justo ahora? Pues yo no he visto a Lidia envuelta en un ataque de ansiedad de esos a los que ya estamos habituadas. Todo lo contrario, desde que hemos vuelto de la compra, la veo muy bien.

—Estíbaliz, para. Tú y yo tenemos que hablar —dice Jessy con un tono más serio del que estamos acostumbradas.

—Cuando quieras.

—Chicas, Roberto, ¿nos disculpáis un momento? Tengo que hablar con ella. Sígueme

Estíbaliz.

Ninguna suelta palabra, incluso Roberto se ha quedado callado observando lo que está pasando.

Jessy se ha llevado a Estíbaliz a una parte de la casa donde no podemos escucharlas, pero sí verlas.

Creo que la conversación está al rojo vivo porque Jessy está un poco alterada y Estíbaliz no hace más que apuntarla con el dedo y poner los brazos en jarras.

—¿Qué está pasando, Lidia? No llevamos ni dos días y ya nos estamos peleando. Lo teníamos todo perfectamente organizado y estas discusiones alteran el ritmo de nuestras vacaciones.

—Viola, ya sé que todo lo tienes que tener perfectamente organizado, pero han surgido unas circunstancias que se salen de tus manos —respondo con la esperanza de que Viola se calme y no pregunte más.

—¿No tendrá que ver con la aparición de un hombre en nuestras idílicas vacaciones? Ya sabemos cómo es Estíbaliz. Si esta situación nos va a alterar, pues con todo respeto, Roberto, ya que no tengo nada contra ti, te pido que soluciones lo que tengas con Lidia y abandones la casa.

No doy crédito a lo que acabo de escuchar. Viola siempre ha sido tajante, pero no tiene ningún derecho de echar a alguien de mi casa.

—Viola, no le echas la culpa a Roberto. Ya conoces a Estíbaliz. Debemos enseñarla a que no siempre se puede salir con la suya y a respetar a los demás. Roberto es mi invitado y no tiene por qué marcharse.

La única que no ha dicho nada hasta el momento es Ivana. Está ordenando todo en la cocina y preparando los alimentos para hacer la cena.

—Ivana. No tienes por qué hacer la cena para nosotros. Podemos prepararla entre todos —digo dirigiéndome a ella.

—No me importa. Me gusta cocinar. Además, tal y como está el ambiente, creo que nos sabría amarga.

Roberto se levanta de la silla.

—Si mi presencia va a representar un problema para vosotras, cojo mis maletas y busco un hotel mientras solucionamos el papeleo. Lo que menos deseo es causar un conflicto entre vosotras. Voy a ser franco. Lidia me gusta desde el día que la conocí y deseo intentar una relación con ella, ya que soy conocedor de los problemas que tiene con su marido. Ella misma me comunicó en nuestro primer encuentro su deseo de divorciarse.

Me deja con la boca abierta. Ya ha dejado bien claro sus intenciones para que no haya malos entendidos.

—Soy hombre y sé de las intenciones que tiene Estíbaliz conmigo. Por supuesto, yo no

quiero nada con ella. Es vuestra amiga y la conocéis mejor que yo. Por lo que sé hasta ahora, está acostumbrada a conseguir el hombre que quiere, pero conmigo, no va a pasar. Así que lo repito, sabiendo esto, si queréis, me marchó a un hotel.

Viola le mira, Ivana le mira y yo no me atrevo.

—¿Y tú que dices Lidia? —pregunta Viola, deseosa de saber mi respuesta.

—Yoooo, estoóoo, veréis...

—¡Suéltalo ya! No eres una cría de catorce años. Ni eso, porque las adolescentes de hoy en día tienen más arrojo que tú.

—¡Está bien! Sabéis que mi relación con Mario va de mal en peor y que desde hace tiempo nuestra relación no es buena. Roberto me atrajo desde el primer día que lo conocí y no me desagrada la idea de intentar algo con él, ¿contentas?

—Pues sí, hija, ya era hora de que hablaras con el corazón. Estoy de acuerdo contigo. Tu relación con Mario es nefasta. Aunque soy de la opinión de que termines una cosa primero para comenzar otra. Pero si lo tienes claro, ánimo. Vamos a ver cómo lidiamos con Estíbaliz. Ivana, cariño, no estás obligada a prepararnos la cena.

—En serio, no me importa. Yo también estoy preocupada por la convivencia que vamos a llevar ahora, ya conocemos el carácter de Estíbaliz. Por lo menos en la cocina estoy a salvo. Ella no la pisa ni muerta de hambre.

Estíbaliz aparece irrumpiendo como un huracán y con cara de pocos amigos. Jessy la sigue moviendo la cabeza de lado a lado y entrecerrando los ojos.

—Ivana, ¿nos vas a preparar la cena? Fantástico. Sabes que soy malísima en la cocina. Roberto, ¿por qué no abres una de las botellas que hemos comprado y nos tomamos una copita al borde de la piscina? En breve podremos disfrutar de una magnífica puesta de sol y no me imagino nada mejor que disfrutarla en tu compañía junto a un buen vino.

Está claro que la conversación con Jessy no ha servido de nada. Sería raro que Estíbaliz diera su brazo a torcer a la primera.

—Suena fantástico. Conozco los atardeceres en esa piscina. Disfruté de unos cuantos con la tía de Lidia. No penséis mal. Éramos muy buenos amigos. Prepararé la terraza con las tumbonas para que todos podamos disfrutar de la puesta de sol.

Esa respuesta no era la que esperaba Estíbaliz, la mueca de su boca la delataba.

—Id preparándolo. Yo casi termino. Aún queda comida en la nevera de la que dejó la mujer de Rafaello —dice Ivana terminando de trastear en la cocina.

Llevo una sonrisita de satisfacción tatuada en la cara. Roberto deja claro abiertamente su desinterés por Estíbaliz, por mucho que ella se le esté abriendo de piernas.

De una alacena extraigo seis copas de vino. Antes de llevarlas a la terraza, Roberto y yo colocamos las tumbonas y las sillas, ya que solo hay cuatro tumbonas. Acercamos la mesa para poder colocar las copas y las botellas de vino. Necesitaremos dos o tres.

Roberto aprovecha cada ocasión de acercamiento para rozarme el brazo o pegar su cuerpo al mío.

Como si de un látigo imaginario se tratara, este se enreda en mi cuerpo y hace que me acerque a él lentamente, como si mis pies no quisieran, pero ese látigo tira más y más fuerte.

Y como si le gustaran esos pequeños latigazos, pasa sus dedos por mi brazo desnudo, con un movimiento tan sensual que se me empieza a secar la boca.

La aparición del resto de las chicas hace que nos separemos, aunque no bruscamente, sino lo necesario para que corra el aire.

Cuando salgo de nuevo con las copas y las botellas, las demás han aprovechado para tumbarse dejándonos a Roberto y a mí las sillas.

Roberto sirve el vino y reparte las copas. El sol está cayendo.

Sentada en una de las sillas libres al lado de Roberto, cierro los ojos y miro para adelante. La vida no es ayer, es mañana. Y mañana, no voy a ser una estúpida.

Roberto toma mi mano libre para aferrarse a ella. La única que nos mira descaradamente es Estíbaliz, pero me da igual, no voy a dejar de hacer lo que me apetece por ella.

Estoy tan bien y tan a gusto, que en estos momentos nada me da igual todo, hasta mi marido. Tengo claro que cuando llegue a Madrid, voy a cortar mi relación con él. Es hora de que cada uno siga su camino.

—¿Estás bien? —pregunta acariciando mi mano.

—Sí, estoy mejor que nunca —le regalo una sonrisa cálida.

—Cuando todos estén durmiendo, te espero aquí. Podremos hablar tranquilamente.

—Echo. Espero que no te echés atrás.

—Eso, nunca.

Creo que estuvimos como diez minutos en silencio disfrutando de esa puesta maravillosa, la mejor que he visto en mi vida. Seguramente que la perciba así por tener a mi lado a un hombre por el que empezaba a sentir cosas muy fuertes.

—Cuando queráis, podemos montar la mesa y cenar. Ya se está haciendo de noche —propone Ivana levantándose de la tumbona.

—Es una idea excelente. Ya tengo hambre y tanto vino se me va a subir a la cabeza —dice Viola dejando su copa en la mesa.

—Cuidado Viola, a ver si el vino hace que te comportes como una mujer normal y no como un robot que todo lo tiene que tener programado.

Por supuesto el comentario es de Estíbaliz. Cuando Viola va a responder, Jessy se mete por medio.

—Ya está bien, Estíbaliz. Tus comentarios son mordaces e hirientes. Cada una tenemos nuestro carácter, mejor o peor, pero siempre debemos respetarnos. Intenta contener tus

comentarios si es que nos aprecias.

—Y aquí está la psicóloga virgen reprimida. ¿Quién eres tú para darme consejos? Primero tírate a un tío y luego me cuentas.

—¡Basta Estíbaliz! Acompáñame. Por favor, los demás podéis preparar todo para la cena. Enseguida estamos con vosotros.

Entro en la casa y Estíbaliz va detrás de mí. Me adentro en una de las habitaciones y cierro la puerta.

—¿Se puede saber qué te pasa? Estás insoportable.

—¿Y por qué crees que me pasa algo?

—Estíbaliz...

—No soporto que me quiten lo que es mío.

—¿Y qué te han quitado y quién?

—Tú a Roberto.

—¿Perdón?

—No te hagas la mosquita muerta. Sabes que desde que le vi apoyado en su coche cuando llegó me gustó y lo quería para mí. Tú estás casada y no sé si estás haciendo esto para demostrarme que eres mejor que yo.

—¿Hay un concurso de chorradas y quieres ganar el primer premio? En primer lugar, es mi abogado y te confieso que me gustó desde que lo conocí. En segundo lugar, ¿le has preguntado a él si quiere estar contigo? Casi te abres de piernas delante de él y, aun así, no te hace caso. Y, por último, sabes que mi matrimonio con Mario está en las últimas y ya estaba pensando en el divorcio.

—No te creo. Si no hubiese sido por tu cara de mosquita muerta y que le estás dando lástima, él ya estaría conmigo.

—Cuando estabas hablando con Jessy, Roberto les dijo a las chicas que le gusto y que quiere intentar algo conmigo.

—Eso lo veremos, si prefiere un Seiscientos o un Ferrari.

—Estíbaliz, por favor. Somos amigas desde la niñez. No creo que merezca la pena que te pelees conmigo por Roberto. Para ti sería solo un pasatiempo, un polvo en Italia. Para mí sería una ilusión, una brisa fresca en mi rutinaria vida, una persona con la que quizás, y solo digo quizás, acabe compartiendo mi vida.

Estíbaliz se queda callada, cosa rara en ella. No me mira y da pasos por la habitación.

—Está bien. Tienes toda la razón. Perdóname. Me había encaprichado con él. Para mí sería un pasatiempo, un polvo más. Si crees que él te puede hacer feliz, me retiro. Eso sí, si veo que al final no te hace caso o no tiene intenciones serias contigo, pienso atacar.

Esa es Estíbaliz. Me adelanto y la abrazo fuertemente.

—Estás perdonada. Vamos a cenar.

## Capítulo 15

Con Estíbaliz comportándose civilizadamente, la cena transcurrió de una forma amena. Roberto nos contaba muchas anécdotas de su trabajo. Con algunas nos reíamos y con otras nos horrorizábamos.

Me da gusto ver a todas mis amigas disfrutando felices y sin presiones o problemas de la cena y del paisaje. Aunque la noche está cálida, consideramos que no lo suficiente para lanzarnos a la piscina.

—La noche ha sido estupenda y estoy genial con vuestra compañía, pero Lidia y yo nos debemos una charla que no podemos posponer —dice Jessy agarrándome de la mano y llevándome a la piscina.

—Creo que esta charla ameniza una copa de vino, ¿me equivoco? —pregunto mostrándole a Jessy las dos copas.

—Tienes razón, tráelas.

Ambas nos tumbamos en las tumbonas y damos un sorbo de ese fantástico vino italiano.

—Cuéntame cómo te sientes por Mario y lo que de verdad quieres hacer a partir de hoy.

No sé si será el vino, la noche, la fantasía con Roberto, pero me deshago de todas las frustraciones contenidas durante todos estos años.

—Está claro que te tienes que separar de Mario. Me cae bien, pero no es el hombre ideal para ti. Vamos con Roberto.

—Con Roberto me da miedo. ¿Y si me equivoco otra vez de hombre?

—Si estuviéramos en mi consulta te daría unos tics para no escoger al hombre equivocado. ¿Quieres saberlos?

—Estás tardando.

—El primero es que después de separarte te quedes soltera, que no mantengas ninguna relación.

—¡Soltera! Qué raro me suena eso, ¿y por qué?

—Porque es el momento de conocerte a ti misma, la verdadera tú. Es el momento de saber lo que realmente te gusta y lo que no y de las cosas que te hacen felices. De ese modo podrás demostrarle a tu pareja como te gusta que te hagan feliz.

—No suena mal. ¿Cuál es la segunda?

—Conseguir el equilibrio. Cuando lo hayas conseguido interna y espiritualmente, la pareja perfecta romperá tu esquema y complementará tu proyecto personal.

—Eso va a ser difícil conseguir.

—No lo creas, yo te ayudaré a conseguirlo. Lo siguiente es que creas en tus sentidos. El sexto sentido de la mujer es la mejor respuesta a tus dudas. Por ejemplo, si Roberto viene a besarte y no experimentas la química necesaria, no lo hagas.

—Ufff en este caso no lo creo. Tengo ganas de besarlo, acariciarle todo el cuerpo, que me acaricie toda, que me...

—Para, para, te estás calentando. Está claro que no hace falta trabajar este punto.

—Tienes razón, sigue.

—El siguiente punto es que no te elijan. Debes decidir a quién tener a tu lado para así entregar un amor sano y de complicidad. No debes elegir a una pareja que no te aprecia ni valora, ya que nunca sabrá lo que realmente eres.

—Justo lo que me pasa con Mario. Realmente no sé si sabe quién soy.

—Luego pasamos a la seguridad. Mientras más segura estés de ti misma, más facilidad tienes para ver en el otro lo que quieres para ti.

—Jessy, ¿tú crees que soy una persona insegura?

—Para nada, cariño. Lo que ocurre es que estás como dormida. Te da miedo salir de ese círculo de comodidad que te has creado. Sal de él y verás los resultados.

—En eso estoy, no creas.

—Y por último lo que ya sabes: los polos opuestos no se atraen. No elijas a quien no le gustan las mismas cosas que a ti y a quien no tiene los mismos proyectos de vida. No debes forzarte a hacer cosas distintas para caerle bien o cambiar tus planes para que le gustes. Por lo tanto, escoge a un igual, ya que ahí encontrarás comprensión, empatía y complicidad.

—Lo cuentas y parece fácil, pero no sé si yo...

—No es fácil corazón. Pero date tu tiempo y sigue estas indicaciones. No tengas prisa. Y ya sabes que para todo lo que necesites, aquí estoy.

—Gracias amiga.

Nos quedamos calladas las dos. Supongo que ella estará pensando en sus cosas y yo en las mías. Pero caigo que no la he preguntado cómo está.

—Jessy, no hemos parado de hablar de mí. Pero cuéntame, ¿cómo te va a ti? Imagina que ahora soy yo tu terapeuta.

—Sí, me pasa algo. Tengo un paciente, Alexis. Te juro que no sé qué me pasó con él. Es culto, inteligente y ni te digo su vez, me vuelve requeteloca. Juro que nunca me había pasado, en lugar de concentrarme en lo que le pasaba, me puse a mirar todas las partes de su cuerpo. Es musculoso y cuando fijo la mirada en las partes bajas ni te imaginas lo abultado que estaba. Tuve que salir corriendo al baño para echarme agua fría de lo excitada que estaba.

—Nunca te había oído hablar así. Quiero conocer a ese tal Alexis, a ese tipo por el que estás dispuesta a perder tu virginidad, ¿es así?

—Siiii. Pero no es solo sexo. Me siento muy unida a él. Creo que me pasa lo mismo que a ti. Despierta sentimientos muy fuertes.

—Mi opinión. Ve a por ello, al igual que me dices tú a mí. Cuando lleguemos a Madrid podemos hacer una pequeña reunión para conocerle.

—Ahora no es el momento. Es mi paciente y no es ético. Más adelante, si aún siento algo y surge una relación entre nosotros, te prometo que hacemos esa reunión. Ya es tarde y tengo un poco de sueño. ¿Entras?

—No, me voy a quedar aquí un rato más. La noche es hermosa y tengo cosas que pensar.

Jessy se despide con un beso en la mejilla. Al cabo de un rato aparece Roberto con más vino.

—¿Qué tal la charla con Jessy? Es psicóloga ¿verdad?

—Sí, cierto. Ha sido una charla muy constructiva.

—Lidia, necesito saber si ya has tomado la decisión de separarte de tu marido. De tu respuesta dependen muchas cosas.

—Sí, me voy a divorciar. Hace mucho tiempo que el amor entre nosotros se acabó. Llevábamos una relación más por comodidad que por otra cosa. La vida está hecha de momentos tristes y momentos alegres. Creo que a veces confundí el amor con el miedo a estar sola.

—Eso pasa más a menudo de lo que crees. Te lo digo yo, que he sido testigo de muchos divorcios.

—Y siendo testigo de esos divorcios, ¿te quedan ganas de querer tener una pareja con la que compartir el resto de tu vida?

—Gracias a ellos sé lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer. Te aseguro que la persona que quiera estar a mi lado será muy feliz. De eso me encargaré yo.

Vamos a ver, ¿quién no se enamora de un hombre así? Guapo, sexy y encantador. Con las ideas claras y sabiendo, según él, como tratar a una mujer para ser feliz.

—A ver, ponme un ejemplo.

—No hay ejemplos. Las cosas deben tratarse según las circunstancias. Entonces, ¿vas a dar el paso para seguir adelante?

—Claro. Mi madre dice que para atrás, ni para coger impulso, ni para agarrar vuelo.

—Le doy toda la razón a tu madre.

A medida que vamos conversando, descubro que tenemos muchas cosas en común. Compartimos los mismos pensamientos, los gustos y los sueños.

La luna comienza a salir en el cielo nocturno y al no haber luces encendidas, podemos disfrutar de las estrellas en todo su esplendor.

Roberto se levanta de su tumbona y se sienta en la mía. Agarra mi mano.

—Quiero preguntarte algo, ¿estás dispuesta a comenzar una relación conmigo? Una relación, no unos momentos fugaces.

—Necesito un tiempo para poder tomar esa decisión. No quiero comenzar una relación contigo, no sin antes hablar con Mario. Quiero hacer las cosas bien.

Roberto se inclina para besarme. Saboreo sus labios. Tal y como me imaginaba. Primero

lamió mis labios, pasando su lengua dulcemente y mordisqueándolos después. Me está volviendo loca. Mi lengua busca desesperadamente la suya.

El beso que comenzó suave se convirtió en un beso fuerte. Sus dedos se enredaron en el pelo atrayéndome más a él. Mis dedos también se deslizaron por su oscuro cabello. Un pequeño jadeo sale de mi boca. Cierro los ojos y me dejo llevar.

Mi corazón late cada vez más fuerte, y no es precisamente por mi ansiedad. Creo que mi pecho va a estallar y mi respiración es entrecortada.

Entonces entro yo en el juego de los mordiscos. Sus labios son tan jugosos que hago un esfuerzo titánico para hacerlo suavemente.

Nuestras lenguas se buscan, se enredan, se saborean. Al principio torpemente porque no se conocen, pero poco a poco, van encontrando la sintonía para bailar juntas.

Me separo con reticencia de él para observarle, sin perderme ni el más mínimo detalle. No han pasado ni cinco segundos cuando de nuevo estoy comiéndome su boca.

Roberto me ha sentado encima de sus piernas para atraerme mejor y acercar nuestros cuerpos.

Sin dejar de besarme, desliza su mano por el muslo, subiendo lentamente a medida que lo hacía el borde de la falda. Sus dedos se abren paso a través de mis braguitas.

—¿Quieres que pare? —pregunta interrumpiendo el beso.

—No —llegué a decir antes de perderme de nuevo en sus labios.

Su dedo comienza una danza lenta sobre el clítoris que ya está inflamado de la excitación. Entonces sentí la dureza en la entrepierna de Roberto, pero mantiene el control. Menos mal, porque yo me estoy volviendo loca.

Comencé a retorcerme, despacio. Ese dedo juguetón se introduce dentro de mí para extraerlo de nuevo y volverlo a introducir girándolo suavemente. Me retuerzo y presiono sobre su mano. Acelera el ritmo de las acometidas

Percibo pequeños gruñidos que salen de su boca mientras él la devora. Entonces me estremezco y lanzo un gemido cuando un brutal orgasmo se estrelló en su mano. Presionó mi boca con la suya para ahogar los gemidos de placer qué incontrolados salían desde lo más profundo de mi garganta.

Cuando dejé de convulsionarme, su beso se volvió más dulce, más sensible. Él se encontraba muy excitado, el bulto que se clavaba sobre mi muslo me lo demostraba.

Traté de acariciarle con el fin de que él también se liberara de la presión, pero agarró mi mano y se la llevó a los labios.

—No, aquí no. Quiero otra cosa contigo —logró decir a duras penas.

Entonces separa su boca de la mía, dejándola huérfana de sus besos.

Una caricia suave y delicada recorre la piel de mis mejillas. Sus dedos se mueven con ternura, trazando líneas invisibles, despertando una sensación reconfortante en mi piel. Ese simple gesto está lleno de afecto, transmite una conexión íntima y profunda entre los dos.

Cada roce de sus dedos es como una caricia llena de poesía, evocando emociones y despertando sensaciones placenteras y sensuales.

En este momento el tiempo se paraliza y solo existimos nosotros dos, envuelta en sus caricias.

Tomándome de la cintura me alza para levantarnos. Tengo tanta vergüenza en estos momentos que no sé qué decirle. Mi cuerpo aún retiene parte de la excitación que ha provocado ese maravilloso orgasmo.

Me agarra de la cintura y me acerca a él. Aún está excitado y se frota contra mi pelvis.

—Vámonos o al final no voy a poder controlarme y te voy a follar aquí mismo y me dará igual si alguna de tus amigas nos ve.

—¿Tengo algún cartel en la frente que diga “lista para follar”? —digo riéndome tratando de aliviar la tensión que en estos momentos me abruma.

Arquea las cejas, baja un poco la mirada y dibuja la sonrisa más provocativa que he visto hasta ahora.

—Sí, llevas uno bien luminoso que dice que solo puedo ser yo.

Me besa de nuevo acoplándome a su cuerpo. De nuevo estoy excitada y se lo demuestro frotándome con su pene que sigue erecto.

—Es mejor que nos vayamos a dormir. Me daré una ducha helada, mira cómo me pones —susurra mientras desliza mi mano por su pene.

No quiero parar, quiero seguir. Quiero sentirlo dentro de mí. Estoy como una perra en celo.

—Yo también tendré que darme otra ducha congelada —digo en respuesta.

Agarra mi mano y me arrastra dentro de la casa. No quiero entrar. Lentamente, subimos las escaleras para dirigirnos a nuestros cuartos. Abre la puerta de mi habitación y me invita a pasar. Me regala otro de sus tiernos besos.

—Buenas noches, cielo. Mañana nos vemos.

—Buenas noches. Dudo que pueda dormir.

Se marcha, no sin antes dirigirme una media sonrisa. Ya estoy deseando ir en su busca, irme con él y volver a sentir los pelos de punta.

## Capítulo 16

No he podido pegar ojo en toda la noche. Infinidad de escenas pornográficas se arremolinaban en mi mente. Ni la ducha de agua helada consiguió calmarme. Tuve que masturbarme para apaciguar el fuego que ardía en mi interior.

Aún es temprano, apenas ha salido el sol. Me levanto de la cama, ya no puedo permanecer más tiempo en ella.

Hoy me tengo que poner guapa, sexy... pero al abrir el armario me doy cuenta de que mi ropa es simplona, sin gracia.

Al final me decido por una camiseta básica en color lila y una falda negra a la altura de las rodillas.

Me atuso el pelo frente al espejo, un poco de rímel y brillo en los labios.

No escucho ruidos por lo que deduzco que aún están durmiendo.

Bajo las escaleras y percibo el inigualable olor a café. ¿Quién está despierto?

Me acerco a la cocina, pero no veo a nadie. Salgo a la terraza y allí está Ivana en una de las tumbonas contemplando como el sol se eleva detrás de la inmensidad del mar.

Agarro una taza de café para unirme a ella.

—Buenos días, corazón, ¿cómo es que estás despierta a estas horas? —pregunto acercando otra de las tumbonas.

—¿Y tú? —contesta con una sonrisa.

—He pasado una noche intranquila y no aguantaba más en la cama.

—¿Tiene que ver en eso Roberto? —pregunta con una mueca pícara.

—Sí, para qué te voy a engañar. Ohhh Ivana. Ayer me hizo alcanzar las estrellas.

—¿Follasteis aquí mismo?

—No, no llegamos a hacerlo, pero yo estaba dispuesta. Estaba más salida que el pico de una mesa. Hace tanto tiempo que no tengo buen sexo que ya ni me acuerdo. Hizo que me corriera con tan solo jugar con sus deditos.

—Lidia, ¿estás segura de lo que haces? No me gustaría que te rompiera el corazón.

—No sé si estoy segura o no, pero de lo que sí estoy convencida es de que voy a disfrutar de cada momento. Luego, ya se verá.

—¿Y Mario?

—Hablaré con él nada más llegar a Madrid. Le voy a pedir el divorcio.

—Vamos a ser dos divorciadas —sonríe a duras penas.

—¿Cómo estás tú? ¿Cómo lo llevas?

—No muy bien. Estar separada de mis hijos es lo que peor llevo. Ayer hablé con ellos.

Están bien, me echan de menos, pero no tanto como yo a ellos.

—Llamaste con número oculto, ¿verdad?

—Sí. Viola ya me lo entregó así para que el número no aparezca. Mientras hablaba con los niños escucha la voz de Manuel de fondo. Hubo un momento en el que debió de arrancarle el teléfono a José y empezó con sus gritos. Colgué.

—Bien hecho. Espero que Roberto te consiga el divorcio ya y si es necesario, ponle una orden de alejamiento. Me da miedo que te haga algo, es un hombre violento.

—A mí también me da miedo, pero lo que más me aterra es que me separe de mis hijos y la reacción de mi familia.

—Si tu madre no lo entiende, que le vas a hacer. Eres ya mayorcita para tomar tus propias decisiones le guste a quien le guste. Además, sabes que nos tienes a nosotras, que nunca te fallaremos.

En ese momento vemos a Raffaello que se acerca por el camino. Es extraño que venga tan pronto a la casa.

—Buon giorno Signore. Sei sveglio a quest'ora? —habla alegremente.

—Buon giorno, Raffaello. Estamos disfrutando del amanecer. ¿Qué le trae tan temprano?

—Facendo una passeggiata nei dintorni. Mi piace passeggiare la mattina presto e controllare che tutto sia a posto.

—¿¡Qué ha dicho!?! —pregunta Ivana riéndose por lo bajinis.

—Algo así como que pasea por las mañanas y controla todo.

—Ti serve qualcosa? So che il signor Roberto è già qui —habla sin que apenas pueda entenderle.

—Un momento Raffaello.

Corriendo me introduzco en la casa para coger el teléfono y abrir la aplicación de traducción. Elijo el idioma italiano y me acerco a él.

—Repita por favor —digo señalando el móvil y él vuelve a decir lo mismo.

—Estamos bien, gracias por preocuparte. Efectivamente Roberto está aquí.

Pulso el botón de italiano para que lo reproduzca y me entienda.

En ese momento aparece Roberto a nuestro lado.

—Buongiorno Raffaello. Come va? È un piacere salutarvi nuovamente.

Ambos se abrazan como si se conocieran de toda la vida. En parte es lógico que se conozcan si venía a ver a mi tía. No sabía que hablara también italiano.

Ivana y yo observamos como marchan por el camino hablando animosamente.

—Cierra la boca, estás babeando — suelta de repente Ivana muerta de la risa.

—¿Tanto se me nota?

—Te conozco muy bien y esa cara no la he visto nunca, ni cuando conociste a Hugo. Me da que te has enamorado en serio.

—Creo que sí, que estoy colada por él hasta los huesos.

—Me das envidia, pero de la sana.

—Cariño, cuando sane un poquito tu corazón y estés más abierta, aparecerá ese hombre que te haga vibrar como lo hace Roberto conmigo. Y si no llegara a aparecer el hombre que te merece, pues más vale sola que mal acompañada.

—Tienes toda la razón. ¿De qué estarán hablando? ¿No tienes curiosidad?

—Me muero de la curiosidad. Luego le preguntamos a Roberto.

Por fin comienzan a levantarse. Nos reunimos todas en la terraza para desayunar y Roberto aún no ha regresado de su paseo con Raffaello.

—Buenos días, bellezas, ¿dónde se encuentra el galán de los galanes? —pregunta Estíbaliz dirigiendo su mirada hacia mí.

—Se ha ido con Raffaello hace más de veinte minutos. Por lo visto se conocen bastante bien —respondo mirando al camino.

Desayuno con ellas, pero sin apetito. A penas pongo atención a lo que están hablando. Estoy más pendiente del camino.

—Esta noche es la fiesta a la que nos invitó Mario, ese enfermero tan guapo, el que me atendió el mordisco —llego a escuchar de Estíbaliz.

—Ya vimos que le echaste el ojo. Pobrecillo la que le espera esta noche —murmura Viola.

—Pues le espera una buena noche en compañía de una mujerona como yo —responde Estíbaliz atusándose el pelo.

—¿Y Roberto? Ayer estabas empeñada en llevártelo a tu cama —pregunta Jessy.

—Eso es agua pasada. Se lo dejo enterito a Lidia que parece que se ha enamorado de él.

Guardamos silencio. Parece ser que nadie quiere expresar su opinión en estos momentos.

Por fin veo aparecer a Roberto y Raffaello. Se acercan a la mesa donde estamos desayunando.

—Buongiorno, spero che vi piaccia la colazione. Ti dico addio.

—Grazie Raffaello, buona giornata anche a te.

—Supongo que se ha despedido de nosotras, ¿verdad? —pregunto ensimismada mirándolo.

—Sí. Yo también os deseo buenos días. Este desayuno tiene una pinta estupenda.

Se acerca a mí para plantarme un beso en la boca, como si fuera lo más normal del mundo.

Mis amigas se echan unas risitas entre ellas. Y yo, idiotizada.

—Parece que conoces muy bien a Raffaello, ¿de qué hablabais? —pregunto mientras me llevo la taza de café a los labios.

—Efectivamente, le conozco desde la época en la que venía a visitar a tu tía. Raffaello me contaba que ha visto a Cesar, el exmarido de Silvia, merodeando por el pueblo. Hemos coincidido en que esta aparición no puede traer nada bueno. Debemos estar alertas por si quiere entrar en la casa.

—¿Y por qué querría hacerlo? ¿Qué hay aquí de valor? —pregunto intrigada.

—Tu tía escondió dos onzas de oro de Luis I que también te los ha dejado de herencia. Yo sé dónde están. Y si no me equivoco, también querrá llevarse el cuadro de las dos manos sujetando un corazón. Las obras de tu tía se han revalorizado mucho desde su muerte. Ese cuadro tenía un significado especial para ella. Representa la voluntad de compartir las cosas, sobre todo el amor. El corazón sujeto por dos manos quiere decir que ni es para uno ni para el otro, sino para ambos.

—No sé nada de la vida de mi tía. Tienes que contarme muchas cosas sobre ella. Supongo que tú sí conoces a Cesar, ¿cierto?

—Por desgracia, así es. No quisiera cruzarme con ese desgraciado. Le hizo muchísimo daño a Silvia. La despojó de casi todo. No pudo hacerlo con la casa ni con las obras que se encuentran aquí. Por eso no me extrañaría que quiera venir a por ellas. Cuando salgamos, debemos poner la alarma.

—Nos dejas bastante intranquilas con lo que acabas de decir, ¿corremos peligro? —pregunta Viola preocupada.

—Peligro no, en realidad el tipo es bastante cobarde. Si quiere hacer algo lo hará a escondidas. No tenéis que preocuparos para nada en ese aspecto. Lo único que os puede pasar es que os robe lo que él crea que puede tener valor. Pero nunca lo hará al descubierto.

—Nos dejas más tranquilas, además, te tenemos a ti para defendernos. De algo nos tiene que servir tener a un hombretón en casa —dice Estíbaliz sin poder evitar un ligero coqueteo.

—Cambiemos de tema, ¿cuáles son los planes para hoy? Hace un día estupendo y podríamos bajar a la playa —la propuesta viene de Roberto.

—No habíamos planeado nada para el día. Por la noche nos han invitado a un en un sitio que se llama GUSTO en Portisco —digo.

—Portisco es muy bonito. Seguro que nos lo pasamos muy bien. ¿De qué es el evento?

—Una cata de vinos —responde Viola. —Me temo que al ser yo la que conduce, solo podré tomar una copa.

—Pues lo mismo me pasará a mí, pero no me importa. Entonces, ¿nos vamos a la playa?

—Me parece un plan genial. Hagamos unos bocadillos y así organizamos un pícnic. Lidia, busquemos una cesta. Seguro que alguna tiene que haber por ahí —dice Viola moviéndose de un lado para el otro.

—Creo que tu tía guarda una en el cuarto de los trastos. Déjame las llaves y acompáñame. Está debajo de la casa.

Nos acercamos a la puerta de la casa y cojo las llaves que están colgadas. De la mano nos dirigimos al exterior. Disfruto de cada roce, de cara caricia y de cada mirada.

Le entrego las llaves y las mira fijamente. Finalmente, introduce una de ellas en una puerta de madera. No me había fijado antes porque esa fachada está cubierta de hiedra. Al empujarla chirría y apenas se ve nada. Pero Roberto se introduce en el interior y al cabo de unos segundos se enciende una bombilla.

—Espera, al fondo hay otro interruptor.

Miro a mi alrededor. Hay muebles y pequeños objetos de decoración. Todo está muy ordenado en estantes.

—Aquí está. Es un poco antigua, pero nos servirá. Ya que estamos aquí, te voy a enseñar donde están los denarios de plata. Cuídalos bien porque tienen mucho valor.

Roberto aparta varias cajas del fondo. Deja una pared al descubierto. Me mira con una mirada de complicidad. Aparta unos ladrillos de la pared y extrae una caja de madera tallada. Me la entrega en las manos.

—Ábrela.

Paso por encima de la mano para quitar el polvo y poder apreciar las figuras que están talladas finamente en la madera. Levanto la tapa y hay un pedazo de tela de terciopelo en color morado. Al retirarla, aparecen las dos monedas.

—Son preciosas. No tengo ni idea de lo que pueden costar.

—Las Onzas de oro de Luis I están muy buscadas, ya que gobernó como rey de España durante poco tiempo. Tan solo reinó durante el año 1724 y se acuñaron poco ejemplares. Cada uno puede alcanzar los 250.000 € y tienes dos.

—¡No me digas! ¿Tengo en mis manos 500.000 €?

—A día de hoy, sí.

—Toma, escóndelas de nuevo y sella bien la pared. ¿Sabes el valor de los cuadros de mi tía?

—Algunos de ellos se han vendido por 10.000 €. Ahora que está muerta, desconozco su valor.

—Roberto, ¿cuesta mucho mantener esta casa?

—Depende de lo que consideres mucho. Por ahora están pagados todos los gastos para un año. Si no pudieras mantenerla, siempre tienes las monedas para mantenerla lo que te queda de vida. Por otra parte, si al final tú y yo encajamos y compartimos nuestra vida, me tienes a mí para compartir esos gastos.

—Oye, no estarás conmigo por la casa y por las monedas, ¿verdad?

—Cariño, cuando nos tengamos más confianza y estemos juntos, te contaré lo que tengo. No necesito ni la casa, ni las monedas, ni los cuadros. Tranquila.

—No quería ofenderte, lo siento. Lo he dicho en broma, no te enfades conmigo.

Como respuesta recibo un beso apasionado.

—Me encanta que te enfades conmigo si me das besos como este.

—Y si no nos vamos ya con la cesta, voy a cerrar la puerta esa y voy a dar rienda suelta a toda la tensión acumulada.

Salimos del cuarto cerrando bien la puerta. Al entrar en la casa, las chicas ya han dispuesto todo lo necesario.

Después de pasar un día fantástico en la playa, regresamos a la casa. Empezamos a prepararnos para ir al evento. Abro mi armario y salgo corriendo al pasillo. Toco una puerta.

—Estíbaliz, necesito tu ayuda. No tengo nada bonito para ponerme —digo lloriqueando.

—Ningún problema. Pase señora a la habitación de la transformación.

Después de sacar varios vestidos que encuentro demasiado sofisticados, me decido por uno negro de encaje, tallado y por encima de la rodilla.

—Da gracias a que tenemos más o menos la misma talla y número de calzado. Estas sandalias de tiras te van fenomenal, en color plateado para que destaque un poco del vestido. Creo que con las mangas de encaje será suficiente para que no pases frío. Ahora toca peinado y maquillaje.

Me siento en una silla frente a un espejo. Ambas nos miramos y sonreímos. Llevo el pelo por debajo de los hombros. Lo recoge con una goma haciendo un moño para que no moleste mientras me maquillo.

Abre un maletín de tres pisos lleno de potingues. Cierro los ojos y dejo que ella trabaje con mi rostro.

—Ahora no te asustes. Voy a poner un poco de pegamento en los párpados para ponerte pestañas postizas.

—No creo que las necesite, lo veo demasiado.

—Déjame a mí que haga mi trabajo y calla.

Cuando abro los ojos, el espejo ha desaparecido.

—No busques el espejo, lo he escondido. Quiero que te veas con el resultado final.

Me da miedo, le tengo pánico a Estíbaliz. Pueden pasar dos cosas: o me deja maravillado o como una payasa.

Ahora está liada con mi pelo. Lo mueve de un lado a otro, dándome tirones cada vez que pasa el peine. Pero no digo ni mu.

Sé que me está haciendo una especie de recogido, aunque suelta algunos mechones por los lados y los riza para que queden ondulados.

—Voalá, estás preciosa. Ahora ponte el vestido y los zapatos.

Nerviosa me acerco a la cama donde previamente habíamos extendido el vestido. Con cuidado y con la ayuda de Estíbaliz me lo pongo.

—Espera, quítatelo. Se me ha olvidado una cosa.

—El qué. No soy un árbol de Navidad para que me pongas tantos adornos.

—Es otra cosa. Por cierto, ¿no tienes ropa interior un poco más sexy que esa? Las bragas parecen las de mi abuela.

—No tengo.

Estíbaliz se acerca a un cajón de la cómoda y saca un tanga de encaje negro y un sujetador haciendo juego.

—Ten, ponte esto. Tranquila que están limpios. De hecho, son de mi última colección y aún no los he estrenado.

—Pero tú usas una talla más que yo de sujetador.

—Con este relleno ni se notará.

Me dejo llevar por el entusiasmo de Estíbaliz. Este es su trabajo y su pasión. Se nota que está disfrutando de lo lindo transformando a una decoradora poco sofisticada en una mujer lista para la batalla.

—Antes de ponerte la ropa, quédate en pelotas que voy a rociarte un spray.

—¿Para qué?

—No preguntes. Cierra los ojos.

Se escucha el sonido del spray rociando mi cuerpo. Está fresquito y además huele de maravilla.

—Ya puedes abrir los ojos.

Miro la parte inferior de mi cuerpo y me quedo con la boca abierta. Es una especie de maquillaje que le da un color dorado natural a mi cuerpo con diminutos puntos de purpurina.

—Qué pasada. Pero, ¿no crees que es demasiado para asistir a una simple cata de vinos?

—Ya sabes cuál es mi lema: antes muerta que sencilla. Yo también iré igual que tú. No lo dudes. Ahora, ponte la ropa interior, el vestido y los zapatos. Tranquila que se ha secado y no mancha. Cuando te duches se irá todo sin problemas.

Temblando de la excitación, primero me coloco la tanga. Es preciosa. El encaje hace unos bordados de flores con pequeños reflejos plateados. Me coloco el sujetador haciendo juego. Efectivamente, me va un poco holgado. Estíbaliz me coloca el relleno que apenas se nota, pero sí

rellena. He ganado una talla.

Agarro el vestido y cuando lo tengo puesto, Estíbaliz cierra la cremallera trasera. Los zapatos tienen mucho tacón y yo no estoy acostumbrada. Me cuesta un poco andar.

—Estás preciosa. Si Roberto no se lanza esta noche, no será por ti.

—Te confieso que ayer casi lo hacemos en la piscina. Se contuvo porque dijo que no quería que nuestra primera vez fuese en la piscina.

—Ummm, ¿y qué te hizo?

—Ver las estrellas en 3D —rio nerviosa.

—Me alegro por ti, de verdad. Te mereces eso y mucho más. Mírate al espejo.

No me lo podía creer. Esa que estaba delante de mí no era yo. Parecía una modelo de esas que salen en las revistas. Me acerco al espejo para mirarme detenidamente, desde el peinado, el maquillaje y el vestido.

—Es increíble, Estíbaliz, ¿de verdad esa soy yo?

—Pues claro que eres tú. Lo que ocurre es que nunca has sabido sacarte provecho. Ahora me toca a mí. Dame como un cuarto de hora.

Estíbaliz está radiante. Se ha puesto un vestido en color plata bastante corto donde deja ver unas piernazas a las que también le ha puesto su famoso spray. El escote es bajo y se abre con el movimiento, aunque en ningún momento deja su pecho al descubierto. La espalda también es abierta hasta el final de la espalda.

—Alaaaa. ¿Cómo lo haces si no llevas sujetador y para que no se abra el vestido? —pregunto curiosa.

—Sencillo. Llevo unas cazuelas que se pegan a la piel y me elevan el pecho. Para que no se abra el vestido me pongo una tira que se pega en la piel y la otra cara al vestido.

—Me encanta, estás preciosa.

—Para finalizar, una cola de caballo bien alta.

Está perfecta, de portada para una revista. Ambas salimos de la habitación agarradas del brazo y riéndonos. Cuando nos acercamos a las escaleras, todos nos están esperando.

A la primera persona que miro es a Roberto para ver su reacción. Creo que es buena y no me quita los ojos de encima. Se acerca a la escalera para separarme de Estíbaliz y pasa mi mano por debajo de su brazo.

—Estás preciosa esta noche. Pero que sepas que me gustas de todas las maneras. Para ser sinceros, me da ganas de arrancarte esa ropa y tirarte encima de la cama, sin quitarte esos zapatos que te hacen unas piernas preciosas —susurra en mi oído para que los demás no puedan escucharnos.

Madre mía, no recuerdo que algún hombre me haya dicho eso jamás. Me siento empoderada,

diosa del sexo capaz de provocar en un hombre como este, tanta excitación.

—Ya me gustaría, pero, debemos unirnos a los demás.

—Me tendrás pegado a ti como una garrapata, te lo aseguro.

—Lidia, Estíbaliz, ¿no creéis que os habéis pasado arreglándoos? Vamos a una simple cata de vinos no a la recogida de los Goyas.

—Viola, cielo. Si quieres te arreglamos a ti también si tanta envidia te da —dice Estíbaliz acercándose a ella.

—No seas ridícula. Simplemente, hay que estar arreglada de acuerdo al evento. Seréis el centro de atención esta noche por descolocadas —sigue argumentando Viola.

—Me encanta ser el centro de atención. Por lo menos alguien se fija en mí.

—Dejadlo ya. Cada una que vaya como quiera y le apetezca. Las dos estáis preciosas. Vámonos que al final llegaremos tarde —dice Jessy caminando hacia la puerta.

Roberto me abre la puerta del descapotable.

—Roberto, ¿puedes poner la capota? No me gustaría que el peinado se fuera al garete.

—Claro corazón.

Pulsa un botón y de seguido la capota comienza a moverse hasta que se cierra del todo.

—Vámonos preciosa.

## Capítulo 17

El lugar está lleno de gente muy variada. Hay mujeres que van tan bien arregladas como Estíbaliz y yo y otras, de una manera más informal.

Estíbaliz busca con la mirada para ver si encuentra a Mario. Y como de la nada, aparece a nuestro lado.

—Hola, que gusto que al final hayáis podido venir —mira a Roberto. —Amigo, que gusto verte aquí rodeado de tanta belleza.

—Mario, pillín, tú siempre metido en todos los saraos.

Se dan un gran abrazo. No me puedo extrañar de que se conozcan, ya que Roberto ha estado aquí en varias ocasiones.

—Así que conocéis a Mario. Un gran tipo, de verdad. ¿Y cómo os habéis conocido?

Estíbaliz se agarra del brazo de Mario y sonríe.

—Él fue el que me atendió cuando recibí el mordisco del perro. Entonces nos invitó a esta fiesta.

—Mario, Raffaello me ha dicho que César anda por aquí, ¿lo has visto? —pregunta Roberto un tanto preocupado.

—Sí, lo vi hace un par de días rondando por aquí. No sé cómo se atreve después de lo que le hizo a Silvia. Adviértele a su sobrina.

—No te preocupes. No me voy a despegar de ella mientras esté aquí.

—¿Y cómo es que estás aquí?

—Vine para ayudar a Lidia con todo el papeleo y que ponga al día los asuntos de la casa, sobre todo en el registro.

—¿No hay nada más? Eso lo podías hacer desde Madrid.

—Me gusta, y mucho, desde que la conocía el día que le hice entrega de la herencia.

—¿Hay algo entre vosotros? Lo digo para mantenerme alejado de ella. Mírala, está preciosa.

—Mantente bien lejos de ella. Es mía ¿comprendido?

—Capichi. Hay cuatro más.

—Estíbaliz está muy cariñosa contigo y también es muy guapa.

—Desde luego. Vamos con ellas.

Mientras Mario y Roberto están de charloteo, nosotras nos acercamos a una mesa llena de copas y botellas de vino. Cada una nos servimos una copa.

Roberto se acerca a nuestro grupo y antes de tomar su copa, me agarra por la cintura para

darme un beso.

Cuando voy a darle otro, él se pone muy tenso y me suelta.

—Ahora vuelvo, no os mováis de aquí, por favor.

¿Qué le pasa? ¿Por qué se ha puesto tan tenso?

Roberto le susurra algo al oído de Mario y este se pone también tenso. Sigo la dirección donde van dirigidas sus miradas, pero no entiendo, hay mucha gente.

Entre esa gente hay un hombre moreno, alto, de cuerpo atlético y con unas facciones bastante atractivas. No deja de mirarme fijamente hasta tal punto que me pone nerviosa. No me gusta.

Al ver que yo también le miraba, comienza a acercarse a mí.

—Hola preciosa, española, ¿verdad? —saludo con un fuerte acento italiano.

—Acertaste.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Déjalo, no pierdas tu tiempo. Estoy casada.

—No soy celoso.

—Me alegro por ti, pero no me interesas.

Me agarra del brazo de una forma brusca, retorciéndolo. Cuando voy a protestar, aparece Roberto.

—Hola César, haz el favor de soltar a mi mujer.

—Hola Roberto. ¿Qué haces por estos lares? Te hacía en España.

—Eso es algo que no te importa. Te lo advierto, no te acerques a mi mujer, ni a su casa, ni a ninguna de sus amistades.

—Tranquilo. No entiendo por qué te pones así. ¿Acaso te he hecho algo?

—A mí no, pero a Silvia, la tía de mi mujer, la robaste hasta el último céntimo que tenía. Eres un desgraciado vividor.

—No me insultes. Silvia era mi mujer. Todo que había era de los dos. Lógico que me quedara con lo mío. Así que tú eres la sobrina de Silvia.

—No te lo repito más veces, no te acerques a su casa. Lidia, mi amor, vámonos.

César nos dirige una mirada burlona mientras se aleja.

—¿Ese fue el marido de mi tía? —pregunto incrédula.

—Ese es el bastardo con el que se casó Silvia. Se dio cuenta demasiado tarde de quién era realmente ese tipo. Vació todas las cuentas bancarias y gracias a que la casa estaba a nombre de tu tía, nada más, la pudo conservar. Trabajó muy duro para poder reponerse.

—¿Y cómo consiguió las monedas? ¿Por qué no las utilizó?

—El cómo las consiguió es todo un misterio. Nunca me lo quiso decir, pero me aseguró que no son robadas. Tampoco quiso utilizarlas porque siempre tuvo claro que esa era tu herencia junto con la casa.

—No sabes la rabia que me da no haberla conocido por culpa de mi padre. Gracias a ti estoy conociéndola.

—Era una mujer maravillosa, te lo aseguro. Tan solo tuvo la mala suerte de casarse con ese parásito. Vamos a disfrutar de la fiesta. Que ese tipo no nos la amargue. ¿Sabes una cosa? Me fascinas, me vuelves loco, me gustas toda tu, tu boca, tu piel... ¿Te gusto tanto como tú a mí?

—¿Sabes una cosa? Me fascinas, me vuelves loca, me encanta tu boca, la suavidad de tu piel. ¿Responde eso a tu pregunta?

Su mirada sensual me pone nerviosa. Me atrapa entre sus brazos y apoya su frente en la mía. Se acerca más y me lame los labios.

—Aún sabes a vino.

—Tendrías que lamerme toda la boca...

Roberto se presiona más contra mí, abrazándome de tal manera que no podía huir de él. Inclino la cabeza para besarle, pero rehúye el beso.

—No te voy a tocar ni a besar. En esta ocasión dudo mucho que pueda parar. Te follaría aquí mismo, un polvo rápido y caliente. Subiría tu vestido y te arrancaría las braguitas. Me introduciría dentro de ti. Sentiría tu sexo mojado y caliente, resbaladizo...

—Joder, para, solo de escucharte me voy a correr.

—Tú eliges: o nos quedamos aquí aguantando o nos escapamos, nos vamos a la casa, nos encerramos en tu cuarto y...

—Déjame que le mando un mensaje a Viola, ve arrancando el coche.

Roberto sale corriendo hacia el coche y yo, con las manos aun temblando, consigo enviar un mensaje a Viola.

*Amiga: Roberto y yo nos hemos ido a casa. Por favor, mi habitación es recinto prohibido. No se puede entrar.*

Cuando le doy a enviar salgo corriendo al coche. Roberto ya tiene el motor en marcha y la puerta abierta para que entre.

El recorrido hasta la casa se me ha hecho eterno. No paro de tocar a Roberto. Su pelo, su cara, los hombros, los brazos, su pierna... no puedo creer que en tan solo unos minutos vaya a ser completamente para mí.

Por fin llegamos. Roberto me abre la puerta y nada más salir, comienza a comerme la boca. Vamos andando, mejor dicho, tropezando, hasta la puerta, ya que no podemos dejar de besarnos. Rebusco a tientas en mi bolso y me cuesta mucho encontrarlas.

Abro la puerta y Roberto me alza en sus brazos.

—¿Estás loco!? Nos vamos a caer, bájame, además no soy peso pluma.

Pero Roberto hace oídos sordos a lo que digo. Llega enseguida a la puerta de mi habitación y me baja. La abre en un santiamén.

Trasparamos el umbral de la puerta comiéndonos la boca.

—Espera, voy a cerrar la puerta para que nadie nos moleste.

—Quería hacerte el amor lentamente, pero lo siento, estoy demasiado excitado y demasiado ansioso. Pero si quieres que pare...

—De eso nada, ven aquí.

Mis brazos rodean su cuello y una de sus manos recorre mi muslo. Le saco el jersey azul cachemira. Observo por un momento lo bien que le queda la camiseta que lleva. Ajustada a su pecho y a los brazos duros, fuertes y de color caramelo.

—Tumbate en la cama —ordena mientras me empuja hacia ella.

Hago lo que dice y él comienza a desvestirse. Cuando se quita los pantalones descubro que no lleva ropa interior y que su pene está totalmente erguido. No puedo evitar lamerme el labio nada más verlo. Me revuelvo sobre la colcha expectante por lo que está a punto de ocurrir.

No tengo remordimientos por lo que voy a hacer. No tengo remordimientos por Hugo. Prácticamente, no me toca desde hace meses y cuando lo hace, es un aquí te pillo, aquí te mato, no hay caricias ni sensualidad. Además, el sentimiento que tengo ahora por Roberto es mucho más fuerte de lo que queda por Hugo.

Mi corazón palpita locamente. Desobedeciéndole, me incorporo para sentarme al borde de la cama. Él se acerca a mí, desnudo.

Alcanzo a llenar la palma de la mano con su pene. Es suave y cálido. Alzo la vista para verle y de nuevo la bajo para admirar su erección.

Mis pezones están erectos y se aplastan contra el relleno que me ha dado mi amiga. Me duelen.

La otra mano acaricia el vientre plano y duro y enredo mis dedos en el pelo rizado alrededor de su pene. Comienzo mi danza acariciando de arriba abajo y de abajo a arriba. Parece que lo estoy haciendo bien por el gemido que le he conseguido arrancar.

Sigo acariciando la polla de Roberto y toco la parte superior más suave todavía. Pequeñas gotas emergen ante mi contacto. Él se agita sin dejar de mirarme. Al cruzar nuestras miradas veo que sus ojos color verde oscuro brillan. De su boca entreabierta salen pequeños gemidos mientras se muerde los labios.

Cuando agarro con la otra mano sus pelotas, acariciándolas y ahuecándolas, echa la cabeza atrás. Murmura o más bien gruñe mi nombre.

—Ponte de pie —vuelve a ordenar.

Lo hago levantándome de la cama, no sin antes mirar su pene que se agita protestando por la ausencia de mi mano.

Roberto se arrodilla y sus manos suben lentamente por mis piernas hasta que llega a mi pubis. Lentamente desliza la tanga hasta que llegan a mis pies. Primero levanto uno, luego el otro hasta que sale para tirarlo por la habitación.

Se incorpora acariciando los brazos. Me rodea para bajar la cremallera del vestido mientras da pequeños mordiscos distribuidos por todo el cuello. Se me erizan todos los pelos de la piel y mis pezones claman libertad.

Las yemas de sus dedos acarician mis brazos y va deslizando el vestido hasta que cae al suelo.

Roberto da la vuelta de nuevo y me observa atentamente. Pensé que me daría más vergüenza, pero no, el brillo de sus ojos denota que le gusta.

—Termina de desnudarte mi cielo.

Y haciendo honor a la película 9 semanas y media intento hacer un striptease. Primero bajo un tirante, luego el otro, lo desabrocho y lo giro en el aire para acabar soltándolo. Menos mal que el relleno se ha quedado pegado en las cazuelas del sujetador.

Ya estoy completamente desnuda a excepción de los zapatos plateados.

—Preciosa, simple y llanamente preciosa. Siéntate en la cama.

Lo hago. Él de nuevo se agacha para quitarme los zapatos. Ahora sí que estoy completamente desnuda al igual que él.

—Se acabó que me des órdenes. Ahora me toca a mí, túmbate.

Parece que el cambio de roles le gusta. Me encanta verle desnudo y dispuesto para darme placer.

Me siento a horcajadas sobre él, su pene acaricia mis muslos. Se mueve de un lado a otro, inquieto. Pone sus manos sobre mis caderas. Su polla se frota contra mi clítoris y suelto un suspiro. Me humedezco la boca y los ojos de Roberto sigue el camino que recorre mi lengua.

Me agacho para besarlo, morderlo, lamerlo. Estoy caliente. Le deseo.

—Te deseo, no seas mala y no juegues conmigo —ruega clavando sus dedos en mi carne.

Me bamboleo acariciando la punta del pene con mi clítoris, pues, aunque estoy deseando sentirlo dentro de mí, me apetece ser un poco mala.

—Quiero estar dentro de ti ya.

Su mano sujetó la polla mientras la introducía despacio. Di un pequeño grito ahogado. Roberto gruñía empujando hacia arriba seguramente debido a la sensación que le daba deslizarle por la húmeda estrechez.

Mis muslos se apretaron en sus costados. Ahora éramos uno solo. Puse las manos en su pecho

para sujetarme y aproveché para besarlo de nuevo. Mis manos aún estaban apoyadas en su pecho y podía sentir los latidos acelerados de su corazón.

Me sentí como una amazona y comencé a cabalgar encima de él. Encajamos a la perfección. Ambos empujábamos duro, clavándonos en el uno en el otro. Roberto deslizó sus dedos hacia mi clítoris, frotándolo aumentando mi deseo.

Roberto observaba como mis ojos brillan y me muerdo el labio. Nuestras embestidas se van volviendo más duras, más rápidas.

Y sin previo aviso, me levanta para sacar su polla de mi interior. No me dio ni tiempo a protestar cuando estaba tumbada en la cama y él sobre mí. Sentí su pene entrar como una espada, con un golpe brutal que me hizo arquear la espalda para recibirle mejor.

Ahora puedo ver mejor su rostro y eso me excita más. Se mueve lentamente y de pronto cambia el ritmo a más rápido y sus golpes se aceleran.

El placer no tarda en venir y pienso que me voy a romper en mil pedazos. Jadeo y grito más cuando siento su dedo frotando el clítoris. El orgasmo es bestial, me convulsiono como nunca y creo que voy a perder el sentido. Él sigue y sigue empujando, clavándose a la vez que su dedo sigue y sigue torturando.

Cuando ya comienzo a relajarme, él sale de mi cuerpo y siento un gran vacío.

Y delante de mí se masturba. Ni había caído en que él no se ha corrido.

Me encanta verle ahí, delante de mí, masturbándose. Esa vista me excita de nuevo. Ahora soy yo quien me doy placer con mis dedos.

Él no tarda en correrse derramando todo su semen sobre la colcha. Yo sigo masturbándome.

Entonces me estira las piernas y las abre bruscamente para introducir su cabeza entre mis piernas. Sustituye mis dedos por su lengua y por su boca, que succiona sin reparos mi abultado clítoris.

Cuando introduce su lengua me muevo, presionando con las manos su cabeza para hacer más presión.

Todo unido, la lengua dentro de mí y su dedo que no le da tregua a mi clítoris, provoca que me vuelva a romper en un orgasmo tan intenso como el anterior.

Hasta que mi cuerpo no deja de convulsionar y mis piernas se quedan laxas, no deja de tocarme. Su lengua sale de mi interior para lamerme, como un animal lame sus heridas.

Sin dejar de acariciar mi cuerpo, se tumba a mi lado, haciéndome girar para acoplarse en mi espalda y así poder abrazarme.

—¿Cómo estás cariño? —susurra.

—Alucinada. En mi vida me he corrido dos veces seguidas.

—Además de guapa, inteligente y sexy, eres una fiera en la cama. Cómo no me voy a enamorar de ti.

—Me cuesta creer que un hombre como tú se enamore de una mujer como yo. Siempre me he considerado del montón.

—Te infravaloras. El estúpido de tu marido no ha sabido reconocer a la estupenda mujer que ha tenido a su lado. Al final, cuando firme el divorcio, voy a tener que darle las gracias por ser tan gilipollas de perderte.

Al hablar de Hugo y del divorcio, una pequeña punzada de remordimiento atraviesa mi mente. Nunca en la vida le he puesto los cuernos. Ni por asomo se me pasó por la mente. Cierto que alguna que otra vez algún cliente había intentado coquetear con ella, pero esos coqueteos los consideraba ingenuos.

Me giré para que nos miráramos de cara a cara.

—Roberto, al hablarme de él me siento sucia por haberle puesto los cuernos. No me siento bien.

—Es una reacción normal, pero no tienes que sentirte mal. Yo no me hubiese atrevido a hacer nada si tú no hubieses tenido claro que te vas a separar. Recuerda que te lo pregunté antes. ¿Te estás arrepintiendo?

—No, no, no estoy arrepentida, es que en mi plan de vida la infidelidad no estaba entre mis planes. Me voy a divorciar, ya puedes empezar a preparar los papeles, pero no puedo evitar este sentimiento.

—Yo no me quiero separar de ti y te ayudaré a quitarte esos sentimientos de culpa. Ahora que quieres hacer, ¿tienes hambre?

—La verdad es que sí. ¿Habrán llegado ya las chicas?

—No lo creo, a pesar de tus grititos, las hubiéramos escuchado. No son muy discretas que digamos.

—Tienes razón. Yo necesito una ducha.

—Pues vamos, te frotaré la espalda.

Mientras nos enjabonamos no paramos de acariciarnos, no en plan sexual, sino en plan sensual. No quiero mojarme el pelo, así que lucho con él para que no me meta bajo el chorro de agua.

Nos secamos mutuamente, siguiendo con las caricias. ¿Será así siempre? No lo creo. La pasión y el deseo desenfadado están presentes solo los primeros meses. Pero me da igual, quiero disfrutarlo el tiempo que dure.

Justo cuando estamos bajando las escaleras, se abre la puerta de casa para dar paso a las cuatro mosqueteras que están discutiendo.

—Hola, ¿qué pasa? ¿Por qué discutís? —pregunto intrigada por saber cuál es el motivo esta vez.

—Aquí Estíbaliz, que decidió desaparecer. Y adivina por qué y con quién. Y ese polvo debió de gustarle demasiado porque tardó más de lo normal en volver a aparecer.

—Qué exageradas sois. Lo que teníais que hacer es buscaros también un pasatiempo y no fastidiar el de las demás. Cuanto tarde, ¿media hora? —responde Estíbaliz socarrona.

—¿Media hora? Tardaste una hora y justo cuando teníamos pensado marcharnos. La próxima vez te vas sola, ya que no piensas en tus amigas que tienen que esperar a que tú te desfoges —esta vez es Ivana quien saca las uñas.

—Ivanita. Tú eres la más necesitada. Chica, busca a un hombre que de verdad te proporcione placer. Dudo mucho que alguna vez en tu vida hayas tenido un orgasmo de verdad, uno de esos que te hace gritar como una loba —responde Estíbaliz mirando a Ivana intensamente.

—Ni pienso contestar a eso. Eres una egoísta y solo piensas en ti. Me voy a dormir. Hasta el hambre se me ha quitado —dice Ivana dirigiendo una mirada de odio a Estíbaliz.

—Esta vez te ha pasado cien pueblos. Sabes por todo lo que está pasando Ivana y le sueltas semejante grosería. Chica, tú no tienes sentimientos y mucho menos empatía —la regaña Jessy con toda la razón.

Estíbaliz calla. En el fondo de su ego sabe que Jessy tiene razón. Sube las escaleras y toca la puerta de la habitación de Ivana.

No se oyen gritos ni golpes. Ojalá que Estíbaliz modere su carácter y sea capaz de pedir perdón.

—¿Vosotras tenéis hambre? Íbamos a preparar algo —pregunto algo nerviosa por la reacción de mis amigas ante mi desaparición del evento.

—Gracias Lidia, pero ya comí algo en la fiesta y no tengo hambre. Si me disculpáis, yo también me voy a dormir —Viola se acerca a mí para darme un abrazo antes de subir las escaleras.

—Yo también me voy a dormir. Mañana hablamos. Me alegro de que al menos dos del grupo ha disfrutado a tope de esta noche —a Jessy no se le escapa nada. También me da un abrazo y me guiña un ojo.

Me acerco a la cocina para abrir la nevera y ver que podemos comer. Roberto se acerca por la espalda y me abraza.

—¿Crees que se han dado cuenta? —pregunta riéndose.

—Noooo, qué va —respondo con una sonrisa. —¿Cogemos un poco de pan con queso? No me apetece cocinar nada y ya no queda comida preparada.

—Pan y queso está bien. Llevémoslo fuera. La noche está preciosa.

Disfrutamos de esa cena improvisada hablando de nuestras cosas, conociéndonos más, descubriendo que somos más compatibles de lo que creíamos.

—Lidia, quiero dormir contigo esta noche. Te prometo que solo dormiremos, a no ser que tú me pidas que te haga de nuevo el amor.

—¿Podrías? Acabamos de hacerlo.

—¿Quieres ponerme a prueba y demostrarte todo lo que puedo hacer?

—Ummm, tentador, pero esta noche vamos a descansar, lo necesito. Ha sido una experiencia agotadora. Estoy exhausta pero plena y feliz.

—Bueno, tú te lo pierdes —responde riéndose. —Pero duermo a tu lado. Me conformo con estar a tu lado, con respirar el mismo aire que tú respiras.

—¿Y si ronco? ¿Tú roncas?

—Creo que son pequeños ronquidos, pero nada exagerado. ¿Tú roncas como si fueras un camión arrancando?

—No tanto, aun así, Hugo decía que a veces daba pequeños ronquidos un poco fuertes.

—No me importa, además, yo tengo un sueño muy pesado. No vas a encontrar la excusa necesaria para evitar que duerma a tu lado.

—Tengo que preguntarte algo, ¿no tienes nada, nadita celos de Hugo?

—No.

—Pero dicen que el que no cela es porque no está enamorado. Entonces no estás enamorado de mí.

—Esa frase es totalmente incorrecta. Estoy enamorado de ti. Los celos son para las personas inseguras y yo no soy de ese tipo de personas.

—En eso tienes razón. No te conozco mucho, pero no he visto en ti a una persona insegura.

—Lidia, yo no sé lo que pasará de hoy en adelante. En estos momentos lo que quiero es estar contigo, disfrutar de tu presencia, disfrutar de los momentos hermosos de la vida y disfrutar de tu cuerpo haciendo el amor hasta que caigamos exhaustos.

—Al igual hacemos la continuación del cuento ¿Y si no fueron felices y se hartaron de comer perdices?

—Pues no comamos perdices —contesta riéndose y acariciando con la yema de los dedos mi brazo desnudo.

—Admiro tu manera de simplificar las cosas. Te adoro.

## Capítulo 18

El amanecer nos sorprendió a los dos abrazados. Caí como un tronco y me dormí enseguida, acunada en los brazos de Roberto.

Al despertar seguía abrazado a mi cuerpo. Está dormido. Escucho sus ronquiditos cerca de mi oreja. Su respiración pegada a mi cuello me provoca un cosquilleo muy placentero.

No quiero moverme y romper este instante. Su pene está en contacto con mi trasero. No está duro como anoche. Está en pausa. No puedo evitar restregarme contra él. Con mis movimientos su polla se va despertando. Cada vez se está poniendo más dura y Roberto mueve las caderas para presionarla contra mi cuerpo.

Unas respiraciones profundas han sustituido a los ronquiditos.

—¿Me vas a despertar así todas las mañanas? ¿Dónde firmo?

—En cualquier parte de mi cuerpo —respondo ronroneando.

—Acepto.

Sus manos recorren todos los rincones de mi cuerpo. Me besa y acaricia suavemente, como si me fuera de porcelana y me fuera a romper.

Lanzo un suspiro y él continúa deslizándose sus manos por mi piel. Entonces acaricia sutilmente los rizos de mi pubis.

—Eres preciosa, hueles tan bien...

Me gusta escuchar su voz. Tiene un tono profundo y varonil.

Me arqueo hacia sus brazos mientras su boca encuentra mi cuello para besarlo ardientemente. Puede que hasta me haga un chupetón.

Sigo arqueándome y de repente ya está dentro de mí. Grito de placer y él también.

Me penetra por completo haciendo que me sienta llena, plena. Estoy llegando a pensar que nacimos para acoplarnos perfectamente. Me estremezco por el placer de sus caricias y por cada embestida. Paso mi brazo por encima de él para empujarlo más por su trasero.

El éxtasis me invade y tiemblo. Sin poder evitarlo, clavo mis uñas en su piel y él gruñe de placer. Me embiste cada vez con más fuerza y me abandono en un orgasmo. Entonces él sale de nuevo de mi cuerpo para correrse fuera.

Aún estoy dándole la espalda. Su aliento se impregna en mi espalda.

—Amor, tenemos que buscar una solución. No quiero salir de tu cuerpo cada vez que me corra. Es una tortura. Quiero sentir tu calor hasta el final.

—Iré al médico para ver qué método anticonceptivo me va mejor. Hasta ahora no he utilizado ninguno porque apenas he hecho el amor con Hugo. Pero si podemos ir al pueblo a comprar unos preservativos mientras tanto, si quieres.

—Pero es una solución momentánea. No es lo mismo, pero mejor que tener que sacarla en el mejor momento. ¿Te digo una cosa? Eres mi deseo hecho realidad.

—Me has quitado las palabras de mi boca. Roberto, me estás creando dependencia y ya no sé si podré estar sin ti.

Roberto sigue abrazado a mi cuerpo y me acaricia el pelo. No quiero moverme, quiero estar todo el día así, pegada a su cuerpo y rodeada por sus brazos.

—Cielo, estar así contigo es como estar en el paraíso, pero deberíamos levantarnos, bañarnos y bajar con las chicas.

Ronroneo como una gatita porque no me quiero mover, pero tiene razón.

—Vaya, vaya, por fin aparecen los dos tortolitos. Oye, si os vais a pasar el día que queda follando como conejos, pues informarnos y así no contamos con vosotros —como no, esa tenía que ser Estíbaliz.

—Querida, no vas a arruinarnos el día. Yo también te quiero —respondo sonriendo y me acerco para darle un beso en la mejilla. —Ya sé que mañana nos vamos, así que guarda tu lengua y tengamos la fiesta en paz.

—Roberto —interrumpe Jessy a tiempo. —¿Nos recomiendas visitar algún sitio en especial?

—Depende de lo que os apetezca. Por ejemplo, La Spiaggia di ira. Una playa paradisiaca. Sus aguas son transparentes y la arena blanca. También podemos visitar Chiesa San Lorenzo. Es una iglesia encantadora con un campanario que, la verdad, podría cuidarlo un poco.

—Ayyy no, iglesias para nada —interrumpe Estíbaliz.

—Vale, iglesias no, pero a modo de información, en su interior se encuentra una verdadera joya arquitectónica. Los materiales naturales, el uso de la madera y cristal, y la belleza minimalista de su estructura son espectaculares. A Lidia le encantaría, podría inspirarla para algún trabajo de diseño.

—Roberto. Tú y yo tenemos que ir hoy sin falta a solucionar el tema del registro. Si no está muy lejos, podríamos visitarla.

—Nos pillas de camino, así que podemos entrar unos minutos.

—¿Os vais sin nosotras? —pregunta Ivana.

—Tenemos que hacer algo de papeleo. Pero si queréis venir mientras lo hacemos y dar una vuelta por los alrededores...

—A mí si me gustaría. La casa es encantadora, pero me gustaría ver más cosas. A saber cuándo vuelvo a este lugar.

—He decidido quedarme con la casa de momento. Así que cuando queramos, podemos hacer una escapadita —le sugiero a Ivana guiñándole un ojo.

—¿Solamente a ella? —pregunta Estíbaliz.

—Sabes que esta invitación es para todas. Pero tú te pasas la mayor parte del año viajando y a penas te vemos el pelo.

—En eso te doy la razón. Roberto sigue diciéndonos los lugares posibles para su visita.

—Porto Rotondo es un sitio donde venir de vacaciones, así que lo que más abunda es mar y arena. Luego podemos encontrar piezas arquitectónicas. Decidme que plan os apetece más.

—Yo me quedo en la casa disfrutando de la piscina y las vistas. Ya he tenido demasiado ajeteo incontrolado por estos días. Necesito descansar y reorganizarme —contesta Viola.

—Yo también me quedo en la casa. Siento la armonía del lugar y la paz que se respira. Me gustaría hacer algo de ejercicio en la piscina y reorganizar mis chacras. Estos días han estado un poco alborotados. Además, me gustaría que esta noche hiciéramos una especie de mesa redonda para hablar de nosotras. En este viaje ha quedado demostrado que necesitamos un punto medio si queremos que nuestra amistad siga adelante.

—Por mí está bien, Jessy, aunque si no os importa, me gustaría acompañaros a hacer esas diligencias mientras yo paseo por el lugar —dice Ivana con un brillo diferente en su rostro al que estamos acostumbradas a verla.

—Pues no se hable más. Desayunemos y nos ponemos en marcha. Yo también quiero disfrutar de la casa de mi tía y conocerla un poco más a través de sus cuadros y sus cosas. Roberto, tú me vas a ayudar mucho en esto, ya que la conocías bien.

—Por supuesto, cielo. Nos marchamos cuando quieras.

Desayunamos deprisa y nos dirigimos al coche de Roberto.

—Me hace mucha ilusión montar en tu coche, Roberto. Nunca he ido en un descapotable —dice Ivana mientras se sube en el asiento trasero.

—Yo tampoco me había subido en uno hasta ahora —susurro en plan confidencial.

—Bellas damas. Agárrense los pelos porque partimos.

Roberto está feliz y nosotras también. Tanto Ivana como yo, disfrutamos del paseo, cerrando los ojos y dejando que el sol y el aire acaricien nuestro rostro. En un momento dado, levantamos los brazos y emitimos un grito liberador. Es una sensación alucinante.

Hemos tardado como dos horas en regresar con el pelo todo alborotado y la cara un poco enrojecida por el sol. No nos hemos aplicado ningún tipo de protección.

Estíbaliz, Viola y Jessy se encuentran en la terraza charlando animosamente.

—Ya estamos aquí. ¿Nos hemos perdido de algo? —pregunto curiosa, ya que se las ve bastante relajadas.

—Jessy nos ha enseñado unos ejercicios para controlar nuestra ansiedad y entrar en modo Zen. A mí me vienen fantásticos. Aunque va a ser difícil controlar mi ansiedad por tener todo controlado y perfecto, voy a intentarlo.

—A mí me vendrá bien para cuando tengamos un desfile. Pero en lo que se refiere al sexo, ni

hablar.

—Lidia, Roberto, Ivana, ¿qué tal la excursión? —pregunta Jessy entusiasmada.

—Un poco lioso el tema del papeleo en el registro. Menos mal que Roberto se las sabe todas. Si me hubiera tocado a mí sola, no me bastaban estos días para poder solucionarlo.

—Venir a ayudarte a solucionar el papeleo ha sido la excusa perfecta para conquistarte y estar contigo. Ha merecido la pena, te lo aseguro.

—Bueno, bueno, separaros un poco. Desde aquí se huele la tensión sexual. Dejadlo para esta noche y dedicadnos el día de hoy, por favor.

¡Estíbaliz pidiendo las cosas por favor! ¿Qué ha pasado mientras estábamos fuera? Un cambio así solo sería posible si vinieran unos extraterrestres, la adujeran y la devolvieran con una nueva programación en el cerebro.

—Estíbaliz, me dejas alucinada. Si me lo pides así, encantada de darte gusto.

Estíbaliz me da un golpe en el hombro. No está acostumbrada a que le digamos cosas así.

La mañana se nos pasa volando. Disfrutamos del paisaje y Roberto me va contando anécdotas de mi tía según vamos recorriendo la casa.

—Podemos bajar un rato al pueblo para comprar algunos recuerdos —propone Ivana.

—Buena idea. Me gusta el plan —Jessy está ilusionada.

Salimos de casa en los dos coches. Ivana nos ha pedido venir con nosotros en el descapotable. Se está convirtiendo en otra persona, más segura de sí misma y lo mejor, expresa sus sentimientos y deseos en lugar de callarse y hacer lo que los demás sugieren.

Compro unas telas maravillosas en una tienda del pueblo. Anoto el contacto para que pueda ser un futuro proveedor para mi negocio.

Cuando nos dirigimos a la puerta de la casa, nos damos cuenta de que está abierta.

—¿Quién se ha dejado abierta la puerta? —pregunta Roberto mientras camina deprisa entrando en el interior.

Al entrar, se me cae el mundo a los pies. Está totalmente revuelta.

—¡Nos han robado! —grito nerviosa recogiendo los cojines del suelo.

—Ha sido un descuido garrafal no haber puesto la alarma. Voy a llamar a la policía.

Roberto llama a la policía. Es lo mejor, él sabe hablar italiano y es el que mejor se desenvuelve con estos temas.

Mis amigas suben corriendo a sus habitaciones para ver si les falta algo.

—Nuestras cosas personales siguen ahí. Está claro que el que ha entrado en la casa buscaba algo en concreto.

—Se ha llevado todos los cuadros que pintó mi tía. ¡Roberto! ¡Las monedas!

Cojo las llaves y salimos corriendo al cuarto que está debajo de la casa. La puerta parece intacta. Introduzco la llave y se abre de repente.

—¡También ha entrado aquí! —grito encendiendo la luz.

Roberto se dirige al otro interruptor. Está todo revuelto, es un caos. Rápidamente, nos dirigimos al ladrillo donde está escondida la cajita.

—Ufff, menos mal. No las ha encontrado. Siguen aquí —digo aliviada.

—Cielo, lo mejor es que las llevemos a una caja de seguridad. Está claro que este tipo volverá. Ha sido César. Él sabe perfectamente lo que tu tía escondía. Se ha llevado todos sus cuadros para venderlos. Sigue por aquí, no se puede mover uno fácilmente con ellos. Ya le he informado a la policía sobre mis sospechas y le están buscando. Tranquila, le encontrarán antes de que salga del país.

—Me dolería mucho perder esos cuadros. No por su valor monetario, sino por el sentimental. El cuadro del corazón y las manos es especial. No pensaba venderlo, sino llevármelo para ponerlo en mi negocio.

—Lo encontrarán, tranquila.

Nos llevamos con nosotros la cajita.

—Chicas, nos vamos para abrir una caja de seguridad y guardar las monedas. Está claro que aquí no están seguras.

Ha sido fácil abrir una cuenta y utilizar la caja de seguridad en el banco de Porto Rotondo.

—En este sentido, ya estoy tranquila. Ahora rezo para que encuentren los cuadros.

Un policía intercepta nuestro camino. Roberto habla con él y por el aspecto de su rostro, percibo que ya lo han encontrado.

—Amor, han interceptado a César cuando salía de Porto Rotondo. Está en la comisaría y han recuperado todos los cuadros, ¿vamos?

Acompañamos al policía hasta la estación policial. Allí está César, esposado haciendo su declaración. Me acerco a él.

—Eres un hijo de la gran puta. ¿Cómo te has atrevido a entrar en mi casa?

—Esa casa y todo lo que hay dentro deberían ser míos. Yo estaba casado con tu tía.

—Tú lo has dicho. Estabas casado. Ya la robaste lo suficiente cuando estabas con ella. No tienes ningún derecho. Eres un chulo de putas vividor. ¡Qué asco me das! No entiendo cómo mi tía se pudo casar con una alimaña como tú.

—Pues eso no me lo decía en las interminables noches de pasión. Si tú quieres, te puedo demostrar por qué tu tía estaba conmigo. Te aseguro que te volvería loca.

—Aunque fueses el último hombre sobre la faz de la tierra, te tocaría. Mira, ni con pinzas.

Tan solo pensarlo me dan ganas de vomitar.

—No te desgastes, cielo. La policía ya se va a encargar de él —dice Roberto agarrándome del brazo.

—Tú sí que te lo has montado bien, Robertito. Lidia, no creas que está contigo porque te quiere o tontería de ese estilo. Está contigo por lo mismo que yo estaba con tu tía.

Y sin previo aviso, Roberto le endiña un puñetazo en toda la cara. Aunque se ha lastimado porque se toca los nudillos enrojecidos, César no ha salido mejor parado. El labio partido lleno de sangre y el pómulo enrojecido.

—Signor agente. Se devi ammanettarmi per aver dato a questa merda ciò che si merita, fallo.

—Non preoccuparti, non abbiamo visto nulla.

El agente le dedica una sonrisa de complicidad y le da un empujón al magullado César.

—¿Qué ha pasado? ¿Te van a detener por darle un puñetazo? —pregunto nerviosa.

—No, tranquila. Le he dicho al agente que si me tenía que detener por darle un puñetazo a una mierda como esa y me ha dicho que aquí no ha pasado nada, que no han visto nada. César no es muy querido por los alrededores, sobre todo por lo que le hizo a su tía. Ella era muy querida, se ganó el corazón de la mayoría de los lugareños.

—Menos mal, ¿te has hecho daño? —pregunto acariciando su mano.

—No es nada, tranquila. Ahora tienes que rendir tu declaración y comprobar si están todos los cuadros.

Gracias a la ayuda de Roberto, que conoce a la perfección las obras de mi tía, recuperamos los cuadros. Ivana se reúne con nosotros.

—¿Lo han cogido?

—Sí, menos mal. Hemos podido recuperar además todos los cuadros. Roberto los va a cargar ahora en el coche y nos vamos a casa.

Con la ayuda de mis amigas, colgamos cada obra en su sitio. Ordenamos la casa y limpiamos todo lo que había roto el muy desgraciado.

—Ya está todo listo. Esta noche nos tenemos que dar un festín para terminar con la comida y con las botellas de vino —digo abriendo la nevera.

Entre todos y de mejor ánimo, preparamos la cena. Nuestra cena de despedida. La noche nos acompaña. No hace calor, pero tampoco frío. La temperatura es perfecta y corre una leve brisa para llevarse la humedad.

Una vez recogida la mesa, limpiamos toda la loza, la secamos y dejamos todo recogido. Menos las copas y las botellas de vino.

—Vamos a sentarnos todos en la mesa y a realizar un ejercicio de autocomprensión —dice Jessy, siendo la primera en sentarse.

—¿Qué nos vas a proponer? —pregunto intrigada.

—Vamos a abrir nuestro corazón y el alma. Llevamos muchos años juntas y misteriosamente seguimos unidas a pesar de la diferencia de nuestros caracteres. Voy viendo cómo esta amistad se va desgastando por los continuos ataques que nos dirigimos. Vamos a intentar solucionarlo esta noche. Vamos a escuchar cosas que no nos van a gustar de nosotras mismas. Pero pido tranquilidad y escuchar con humildad.

—¿Estás segura de esto? Mira que, en lugar de solucionar las cosas, se pueden estropear más —dice Estíbaliz, no muy segura de lo que puede pasar a continuación.

—Lo necesitamos —contesta Jessy. —Comenzamos conmigo misma. Necesito que me digáis una a una, lo que os molesta de mí. Luego pasaremos a lo que os gusta. Es un Feedback. Consiste en un proceso de comunicación. Se suele utilizar en las empresas, donde un empleado recibe un análisis y valoración de sus actitudes, habilidades, virtudes y puntos de mejora. Hoy la vamos a utilizar. ¿Quién empieza?

Ninguna contesta, nos quedamos pensando en lo que vamos a decir.

—Empiezo yo —es Estíbaliz. —No me gusta cuando nos das clases de moralidad, cuando aún eres virgen y no has probado los placeres de la carne. En este sentido, no veo que seas la mejor persona para hacerlo.

—Bien, Estíbaliz. Luego me dirás lo que te gusta de mí. Tomo nota de que te molesta.

—A mí me molesta que te comportes más como una psicoanalista que como una amiga. Siempre estás pendiente de lo que pasa para dar tu criterio como profesional —es Viola la que habla.

—Tomo nota —responde Jessy sonriendo.

—A mí no se me ocurre nada malo de ti. Siempre has estado a nuestro lado y en ningún momento me ha molestado tu forma de actuar —habla Ivana.

—¿Estás segura?

Tarda unos segundos en contestar.

—Sí.

—Faltas tú, Lidia.

—Pues me ocurre lo mismo que a Ivana. Al contrario, siempre te he envidiado esa postura tan positiva de ver la vida. Incluso antes de ser psicóloga, estabas pendiente de nosotras para ayudarnos. Bueno, sí, hay una cosa que no me gustó. Que te fueras a vivir tan lejos.

—Gracias Lidia. Es genial, buen comienzo.

Roberto no está en nuestro círculo, se ha sentado en un sofá un poco alejado de la mesa, pero escucha atentamente nuestra conversación. Me inquieta lo que escuche sobre mí cuando las demás hablen.

—¿Alguna voluntaria para ser la siguiente? —pregunta Jessy.

Silencio.

—Pues vamos como las agujas del reloj. La siguiente es Ivana. Cielo, no me molesta nada de ti, pero me da rabia que siempre hayas sido tan sumisa, pero no solo con tu familia, también con nosotras. En el fondo eres fuerte, pero deja de ser tan servicial. Saca las uñas, no te conformes con lo que te ofrecen si no te gusta. Da tu opinión y oponte.

—Estoy totalmente de acuerdo con Jessy. A veces me han dado ganas de darte una buena cachetada para que reacciones. Te damos órdenes, agachas la cabeza y lo haces. Grgrgr ¡me da tanta rabia! —Estíbaliz estruja a un objeto imaginario con las manos.

—Yo también opino lo mismo. Para mí es genial porque nunca descabalas los planes que hago y estoy segura de que en muchas ocasiones te han provocado problemas con tu familia — Viola le dirige una mirada de cariño.

—Qué te voy a decir Ivana. Nos conocemos desde pequeñas. Antes de casarte tenías un carácter fuerte, vivías tu vida a tu antojo, aunque eso provocara peleas con tu madre. Pero fue casarte con Manuel y todo cambió. Cada vez salías menos con nosotras, veía cómo tu madre te mangoneaba a su antojo. Manuel te iba doblegando poco a poco tu carácter. Te quiero mucho, eres una buena amiga, no tienes ninguna malicia y me encantaría que volvieras a ser la Ivana que eras antes de casarte.

Ivana no puede evitarlo y se pone a llorar. Pero no un llanto histérico. Estaba seria, firme y sus lágrimas corren por sus mejillas. Se las limpia en silencio, sin sollozos.

—No te preocupes por exteriorizar tus sentimientos. Eso es bueno. Lloro todo lo que quieras, libera tu alma —dice Jessy dándole apoyo. —La siguiente es Estíbaliz. Que te digo. Siempre has sido voluntariosa, de carácter firme pero caprichosa. Que des tu brazo a torcer es un milagro. Me molesta que nos dejes colgada cada vez que ves unos pantalones. Me molesta que no midas tus palabras cuando opines de los demás. Me molesta que, si alguna de nosotras rompe tus planes, nos ataques con palabras hirientes. También me molesta que nos mandes a la mierda y nos dejes plantadas cuando no hacemos tu santa voluntad. Por otro lado, admiro tu fuerza, tu dedicación para conseguir tus objetivos. Eres una buena amiga, pero solo lo demuestras cuando hacemos lo que tú dices.

Estíbaliz no dice nada, aunque se le nota que está haciendo un gran esfuerzo para no hablar.

—Tiene razón. Te has metido con nosotras y muchas veces me he sentido mal por tus comentarios. Reconozco que he llevado una vida sumisa, siempre haciendo la voluntad de los otros, pero no me merecía las cosas que me decías. Yo también te quiero mucho y te envidio una parte de la vida que llevas. No la de tirarte a cualquier macho que se te antoje. Eres libre de hacer con tu cuerpo lo que quieras. Envidio los viajes, la vida de glamour, estar rodeada de sofisticación, que siempre estás arreglada y te ves espectacular. Me encantaría parecerme un poco a ti.

Estíbaliz sigue callada. Esto sí que es un milagro. Ivana parece que se siente más liberada después de decirla lo que de verdad siente y piensa y no lo que a Estíbaliz le hubiese gustado escuchar.

—Me toca a mí, y no voy a repetir las palabras que se han escuchado, ya que pienso lo

mismo. Tus comentarios sarcásticos cuando las cosas no han salido como querías, o tus caprichos no se dan, duelen. Somos amigas, joder. Recapacita un poco antes de hablar porque lo único que vas a conseguir es que nos alejemos de ti.

Estíbaliz sigue callada con la mirada fija en la mesa y se estruja las manos. Las tiene ya blancas por la falta de riego sanguíneo. Se está tragando su propio veneno.

—Lidia, eres la última. No me gusta que te hayas acomodado en una vida que está claro, no te llena. Te has conformado con una vida aburrida, que no te llena y la tristeza siempre te acompaña. Eres una magnífica profesional, y esa tristeza se refleja en tu trabajo. Podrías brillar mucho más, podrías diseñar con el corazón y no con la cabeza. Eres una excelente amiga. Siempre dispuesta a ayudarnos y defendiendo las injusticias. Tienes un carácter dulce, aunque últimamente nada alegre. Eres generosa y compartes con nosotras lo bueno que aparece en tu vida —Jessy me dedica una bonita sonrisa.

—Jessy ha expresado lo que pienso. Te quiero un montón. Siempre me has defendido y apoyado —Ivana también me sonríe.

—Por mi parte no tengo nada más que añadir que no haya expresado Jessy. Opino lo mismo —Estíbaliz sigue mirando la mesa.

—Además de todo lo que ha dicho Jessy, nunca he comprendido como puedes cambiar los planes para acomodarte a las demás. No nada malo que añadir —me extraña que Viola me ven las demás.

—Y por último, Viola. Es estresante que programes hasta el pedo que nos vamos a tirar. No dejas nada para la improvisación. No dejas nada al azar experiencias nuevas. Si algo se sale de tu control te pones nerviosa y tirante. Relájate, aprovecha tu fuerza y tu inteligencia para saborear la vida. No puedo poner pegos como amiga. Siempre piensas en todo para hacernos la vida fácil y ayudas sin ningún interés.

—Jessy, como siempre tan acertada. Y lo siento si te va a molestar lo que voy a decir, pero muchas veces me han dado ganas de decirte que te puedes meter tus planes por el culo. Reconozco que es cómodo no tener que preocuparse por nada, ya que tú lo has organizado todo perfectamente, sin dejar apenas un hueco para el error —Estíbaliz habla, pero en su tono no hay ironía. Está hablando desde el corazón. Es de las pocas veces que la escucho decir lo siento antes de hablar.

—Viola, es verdad que tanta organización estresa un montón. Además, eres muy celosa con lo que haces. Se te ve como una mujer fría, distante, pero sé que no lo eres. Organizas todo para hacernos sentir bien y que no nos preocupemos, lo que te agradezco. Me gustaría que nos dejaras participar en esa organización. Lo bueno es que te quiero mucho y eres una gran mujer.

—Gracias Lidia. Pues con esto hemos acabado. Es genial que todas hayamos aceptado las críticas de las otras con aplomo y sin enfados y espero que sirva para fortalecer nuestra amistad. Este viaje nos ha caído como anillo al dedo. Levantemos nuestras copas y brindemos por el cambio.

Y así lo hacemos, levantamos las copas y las chocamos ¡Chin, Chin! ¡Por el cambio!

—¿Me puedo unir a vosotras? —la voz de Roberto se escucha al fondo.

—¡Claro! Acompáñanos — invita Jessy.

Roberto se sienta frente a mí en la silla que ha quedado libre y alza su copa para chocarla con las nuestras.

—Es una pena que mañana partimos. Roberto, ¿también te marchas mañana? —pregunta Viola.

—No saqué billete de vuelta, pues no sabía lo que iba a pasar.

—Tranquilo, si quieres, y solo si quieres, te puedo sacar un billete para nuestro vuelo.

—Gracias, Viola, te lo agradezco. Me dices el importe y te lo pago.

Vaya, parece que esta charla nos ha servido. Viola se ha ofrecido, no lo ha impuesto. Antes de la charla, hubiera cogido el móvil y sin preguntar, estaría sacando el billete de avión.

—Es tarde y mañana tenemos que madrugar. Yo me voy a descansar. Jessy, gracias por esto. Ahora me queda mascarlo. Buenas noches, os quiero mucho —Viola se despide.

—Yo también me voy a descansar. Mañana nos vemos. Os quiero —Estíbaliz se despide tranquilamente.

—Hasta mañana, yo también os quiero —Ivana se levanta lanzándonos un beso.

—Falto yo que también me voy a la cama. Os dejamos solitos. Espero que seáis malos —se despide Jessy con un beso en la mejilla.

Roberto y yo nos quedamos mirando las escaleras hasta que todas han desaparecido de nuestra vista.

Entonces Roberto me agarra por la cintura y me atrae a su cuerpo.

—Ya estamos solitos. Estaba deseando poder atraparte entre mis brazos.

No me deja hablar. Atrapa mis labios y me besa tan profundo que me deja sin respiración.

—Me encantaría hacer el amor en esa piscina, pero tendrá que ser en otro momento. Quiero escuchar tus gritos de placer y no cohibirnos por si pueden vernos. Vamos a tu habitación, no puedo aguantar más —y de nuevo no puedo hablar. Mi boca está sellada por la suya.

Tira de mí a toda velocidad subiendo las escaleras. Me tropiezo y me caigo. Pero no ha sido nada. Aun así, él me coge en sus brazos y me lleva hasta la habitación, sin dejar de besarme.

Me encuentro aturdida por sus besos feroces. Me vuelvo loca.

En eso que suena mi teléfono. Los timbrazos rompen la magia.

—No lo atiendas. Quítale el sonido —susurra Roberto.

—Pero puede ser mi madre, puede que haya pasado algo grave. Déjame que lo atienda.

Miro la pantalla. Es Hugo. Dudo en cogerlo.

—Hola Hugo, ¿pasa algo? —Roberto se pone tenso.

—Hola, no pasa nada. Tan solo llamo para saber si mañana quieres que te vaya a buscar al aeropuerto.

—No hace falta, gracias. Acompañaré a Ivana a la casa y después voy para allá. Cuando llegue, tenemos que hablar.

—Es algo serio o me vas a contar tus aventuritas sobre del viaje.

—Hablaemos cuando esté en casa. Buenas noches Hugo.

—¿Estás bien? —pregunta Roberto acercándose.

—Sí, estoy bien. No te miento si te digo que me ha dejado descolocada la llamada de Hugo. Roberto, me gustaría estar sola esta noche. Tengo muchas cosas que pensar, sobre todo como se lo voy a decir a Hugo.

—Está bien, te dejo sola, pero te voy a echar de menos. ¿Estás segura de que quieres que me vaya?

—Es lo mejor, gracias por entenderme.

Su beso de buenas noches no es tan apasionado como los que nos estábamos dando antes de la llamada. Yo también lo voy a extrañar, pero no voy a disfrutar del momento teniendo en la mente a Hugo y en cómo voy a pedirle el divorcio.

## Capítulo 19

Estoy en la terraza tomando una taza de café y despidiéndome del hermoso paisaje. Voy a echar de menos la vista y el olor del mar. Esa luz y el aire sin contaminación.

No he podido dormir bien, piensa y piensa y tengo un nudo en el estómago ahora que se acerca el momento de enfrentarme con la realidad.

Poco a poco van apareciendo las chicas y uniéndose a mí en la terraza. Roberto es el último en aparecer. Se nota que él tampoco ha podido dormir.

—¿Qué has pensado hacer con la casa? Sería una pena que la vendieras. Este podría ser nuestro refugio y hacer alguna escapadita de vez en cuando —pregunta Estíbaliz.

—He decidido no venderla mientras pueda mantenerla. Quiero conservarla porque ese era el deseo de mi tía. Aquí se encuentra su esencia, su espíritu. Y tienes razón, podemos escaparnos aquí cuando queramos para descansar.

—Es genial. Me encanta la decisión que has tomado. ¿Y qué vas a hacer con Hugo? —pregunta Jessy.

—Me voy a divorciar. Hoy mismo se lo voy a proponer. Me iré con Ivana a la casa de la Moraleja mientras Patrick está de viaje y así podré trabajar mejor estando allí. He perdido unos días, pero los recuperaré. Además, he tomado algunas ideas de este lugar para la decoración.

—Lidia, yo tengo que buscar un lugar donde vivir con mis hijos —comenta Ivana un tanto preocupada.

—Si me permitís entrar en la conversación, Ivana, puedo ofrecerte un piso que tengo vacío. Los inquilinos se fueron hace poco y ahora está libre —dice Roberto.

—Me vendría muy bien. Ahora me gustaría saber cuánto me va a costar el alquiler.

—Seguro que llegamos a un acuerdo. Lidia, el piso es bastante grande. Si no encuentras algo y te quieres ir ya de tu casa, lo puedes compartir momentáneamente con Ivana.

—¡Eso estaría genial Lidia! Tu compañía me vendría muy bien.

—Es muy buena idea. Veremos cómo va la cosa. Igual es Hugo el que se quiere ir de casa.

—Entonces tenemos un trato. Te va a gustar el piso. Y no tengo que decirte que puedes contar conmigo para todo lo que necesites.

—Gracias Roberto. Eres un sol. Qué suerte hemos tenido de conocerte. No solo eres mi abogado, sino que también vas a ser mi casero. Solamente falta que afiances tu relación con Lidia para que seas nuestro cuñado. Aunque pensándolo bien, no sé si es bueno mezclar tantas cosas.

—En eso tienes razón, Ivana. Hay que saber bien cómo separar las cosas, porque si alguna de ellas sale mal, puede afectar a las otras —dice Jessy.

—Intentaremos que eso no pase. Como abogado, ya casi he terminado mi trabajo. El divorcio ya está en marcha y la sentencia estará lista cuando regresemos. En lo referente al alquiler, firmaremos un contrato para que ambas partes cumplamos y sobre Lidia...

—Sobre mí las cosas se darán como se tienen que dar. Si no sale bien, yo no me interpondré en vuestro trato. Me mantengo al margen.

Sé que ha sonado con más frialdad de la que pretendía. Se han quedado callados. Y si he de ser franca, hoy me encuentro animada. Nos vamos ya de aquí y he de volver a la realidad.

Raffaello está llegando a la casa. Roberto sale para recibirle.

Los dos se ponen a charlar. Parece que Roberto le está dando instrucciones. La verdad es que me molesta que lo haga. La propietaria de la casa soy yo y debería ser a mí a quien corresponde hacerlo. Prefiero no tomármelo a mal. Seguramente que está haciéndome el favor porque yo no hablo italiano.

Luego lo aclararé con él, porque, aunque fuera así, me gustaría estar en la conversación.

Raffaello se despide de nosotras saludando desde lejos.

—Ya le he dado todas las instrucciones a Raffaello. Si pasara algo, se pondrá en contacto conmigo —me informa Roberto.

—Puedes venir conmigo un momento —le arrastro hasta la cocina.

—¿Qué ocurre? —pregunta preocupado.

—¿No crees que debería haber sido yo quien hablara con Raffaello?

—Sí, tienes razón. Lo que ocurre es que como hemos estado en contacto todo este tiempo...

—Lo comprendo, pero deberías haberme avisado y esperar a que yo estuviera presente.

—No pensé que te molestara tanto. Además, como no controlas bien el italiano...

—No soy estúpida. Cuando llegamos tú no estabas y nos entendimos bastante bien. No me gusta que tomes decisiones por mí o que no me tengas en cuenta.

—Perdona, yo no...

—Déjalo. Vamos a hacer las maletas. Supongo que tú también tendrás que dejar el coche de alquiler.

—No, el coche es mío. Lo guardo en un b6xer cerca del aeropuerto para cuando venga aqu6.

Vaya con el abogado. Se puede permitir tener un coche aqu6 y pagar un espacio para guardarlo. Nunca he sido una persona interesada, pero me muero de la curiosidad por saber de su econom6a. M6s que nada para no volver a hacer el rid6culo pensando que se ha acercado a m6 por inter6s.

Entre todos recogemos la casa y guardo algunas fotos en la maleta. Me llevo un peque6o recuerdo de mi t6a.

Ya con las maletas en el coche, estoy dudando en subirme al coche con Roberto.

—Lidia, vente conmigo. Te acerco al aeropuerto y más tarde me reúno con vosotras.

De nuevo dudo. Reconozco que estoy un poco enfadada con él.

—Por favor, sube.

Al final cedo. Vamos detrás de las chicas y voy callada. Disfruto de los rayos del sol sobre el rostro y aspiro el olor a mar. En Madrid a lo único que huele es a contaminación. Roberto está callado también. Si está esperando a que yo hable, no tengo ganas.

—Vamos, Lidia. Te juro que no lo he hecho a propósito. Ya te he pedido perdón.

Ni le miro. Sigo sin tener ganas de hablar con él. Su mano se posa sobre mi rodilla y la retiro.

—Está bien. No voy a seguir molestándote. Ya te he pedido disculpas y no lo veo tan grave.

Claro, está acostumbrado a que se hagan las cosas como él quiere. ¿Será que me he equivocado y he cometido la estupidez más grande del mundo al enredarme con él?

Me dan ganas de decirle que pare y montarme en el coche con las chicas. No siento tristeza sino rabia. Me siento la mujer más tonta del mundo.

Llegamos al aeropuerto en silencio. Me bajo del coche y me voy directa con mis amigas, ya que mi maleta está en el coche de alquiler.

No hay que ser muy lista para no darse cuenta de que algo no va bien entre nosotros, por lo que ellas me miran interrogantes, pero no dicen nada.

Viola entrega el vehículo y gestiona todo el papeleo. Mientras tanto, la esperamos en silencio.

Cuando ya estamos en la sala de espera, comienza el interrogatorio.

—Lidia, ¿qué ha pasado? Ayer estabais tan felices y hoy a penas os habéis mirado. Desde la aparición de Raffaello, todo ha cambiado —pregunta Jessy cogiéndome del brazo suavemente.

—Quizás esté exagerando, pero no me ha caído nada bien que tratara los temas de la que ahora es mi casa con Raffaello sin contar conmigo.

—Tienes toda la razón de estar molesta. Esa casa ahora es tuya y él es tu amante, no tu marido —las palabras de Estíbaliz me caen como una bofetada.

—Aunque Estíbaliz tiene razón, tampoco es para decírselo así —Ivana la regaña con la mirada.

—Déjala, Ivana. ¿Acaso miente? Me he acostado con él sin estar separada de mi marido. Ha sido mi amante, se mire por dónde se mire.

—¿Ha sido? ¿Ya no lo es? —pregunta Jessy. —Entiendo que lo que ha hecho no ha estado bien, pero de eso trata una relación, de conocerse el uno al otro y hablar cuando hay diferencias. A no ser que no sea tan buen amante y sea pésimo en la cama.

—No es pésimo en la cama, al contrario. La primera vez me corrí dos veces. Eso nunca me había pasado en la vida. Me estremezco con tan solo recordar sus caricias. Pero ese no es el punto. No quiero que me trate como un objeto y que quiera dominar mi vida.

—Creo que estás exagerando un poco. Vale que no estuvo bien lo que hizo, pero tampoco para que le destierres. Piénsatelo. Habla con él y pon las cosas claras. Bueno, así lo haría yo.

—¿De veras crees que estoy exagerando Viola? —mi pregunta no va con reproche, sino buscando su consejo.

—Un poquito, sí, la verdad. Sin embargo, cada una actúa como lo siente.

—Yo también hablaría con él. No se le ve tan mal tipo. Estoy segura de que no lo hizo para mangonearte. Yo no sería tan drástica.

—Ivana, perdona cariño, sé que quieres cambiar, pero hasta ahora siempre te has sometido restándole importancia a las cosas.

—Oye, no. Ya no soy la misma Ivana. Soy consciente de todos los errores que he cometido. Manuel es un desperdicio de hombre y si se pareciera lo más mínimo a él, no te diría lo que te he dicho.

—Perdona.

—Aunque yo estoy acostumbrada a utilizar a los hombres para mi satisfacción, tienen razón Lidia. Para nada ha respondido a mis coqueteos, se le nota que le gustas y mucho. Se ha comportado como todo un caballero los días que ha estado con nosotras. Entiendo que te encuentras en la tesitura de estar con dos hombres. Uno tu marido al que ya no deseas ni amas y Roberto, la ilusión y el que te hace vibrar como una perra en celo. En serio, habla con él. Y hablando del rey de Roma, por la puerta asoma.

Dirigimos nuestras miradas a la puerta que está próxima a nosotras y vemos aparecer a Roberto con un semblante triste. Casi que me da pena y todo. Pero casi.

Durante el trayecto de vuelta, no hemos hablado nada. Yo he querido sentarme con Ivana.

Al recoger las maletas, Roberto se ha despedido de mis amigas y a mí tan solo me ha dirigido una mirada.

Ya está. Se acabó todo.

¿Y ahora qué hago? ¿Qué hago con este sentimiento que me está ahogando mientras Roberto desaparece de la vista?

## Capítulo 20

—Lidia, ¿eres tú?

Ya estoy en casa, aunque ya no la siento de igual manera que cuando me marché a Porto Rotondo.

—Sí, soy yo.

Hugo no sale a recibirme. Cuando entro en el salón, está sentado viendo un reportaje. Ni siquiera gira la cabeza para verme.

—¿Qué tal el vuelo? Mejor luego me cuentas que este reportaje está buenísimo.

—Tenemos que hablar.

—Luego, déjame escuchar.

Este es Hugo. No esperaba un recibimiento con bombos y platillos, pero esta frialdad...

Ya comienzo a echar de menos a Roberto. Arrastro la maleta hasta que llego a la habitación. Ni me apetece deshacerla.

Sentada en la cama abatida, agarro el teléfono para llamar a mi madre.

—Mamá, ya estoy en casa.

—Hija. ¿El vuelo bien?

—Todo bien. Me gustaría verte mañana. Tengo algunas cosas que contarte. He tomado una decisión que va a cambiar mi vida.

—¡No me asustes!

—Tranquila. No es nada grave. Este viaje me ha servido para abrir los ojos.

—Ven cuando quieras. Así hablas con tu padre que desde que se enteró de la herencia, está de un humor de perros. No hay quien le aguante.

—Nos vemos mañana. Un beso. Te quiero.

La ropa sucia a la lavadora. No he comprado nada en Porto Rotondo. Me doy una ducha. El agua caliente me sienta de maravilla. Los recuerdos de Roberto enjabonándome y mimándome la piel, provoca una sacudida en mi interior y las lágrimas aparecen sin ser invitadas.

Le echo de menos.

Me introduzco dentro de la cama y en lugar de escuchar el sonido del mar y de los animales nocturnos, escucho los pitidos de los coches, los motores y alguna que otra sirena.

Calculo que habrá pasado como una hora y Hugo sigue en el salón.

Estoy tan cansada que no tardo en dormirme.

Al despertarme, veo que Hugo está a mi lado, durmiendo plácidamente. Ni me enteré de cuando se metió en la cama. Es hora de ir a trabajar. Con rabia, le sacudo para que se despierte. Se revuelve en la cama en señal de protesta y sigo sacudiéndole sin ningún miramiento.

—¿Qué pasa? — dice incorporándose en la cama medio enfadado.

—Es hora de ir a trabajar. No te quedes dormido. Ayer al final no hablamos, pero de esta noche no pasa.

—Vale, pero qué exagerada. Tenemos mucho tiempo para hablar.

En la cocina preparo el desayuno, pero para mí, no para él.

—¿Y mi café? ¿Y las tostadas?

—Ahí tienes la cafetera y la tostadora. Tienes dos manitas para hacértelo tú mismo.

—Pues sí que te has levantado de mal humor. Mira qué horas es. Ya desayunaré en el trabajo. Qué pases un buen día.

Un beso rápido y fugaz en la mejilla. Eso es lo que recibo después de tantos días sin verme.

Acudo a mi local y quito el cartel de cerrado por vacaciones. Estoy tan triste que no me hace ilusión ni ganas ponerme a trabajar. El proyecto de remodelar la casa de Patrick está en primer lugar.

Contemplo los planos, las fotos de la casa por estancias y me pongo a dibujar. Imagino cómo me gustaría la casa si viviera con Roberto en ella siguiendo las pautas de Patrick.

De repente se abre la puerta dejando entrar a un mensajero con un gran ramo de rosas de un color rojo intenso. Desde aquí percibo el aroma.

—Buenos días. ¿Es usted Lidia La Fuente? —pregunta mirando una tarjeta.

—Sí, soy yo —respondo alegre al ver el ramo.

—Son para usted. Si me hace el favor, firme aquí.

—Gracias.

Cuando el mensajero se marcha, agarro el sobre que contiene una tarjeta. ¿Serán de Hugo? Me extrañaría mucho, pero quién sabe. Igual está arrepentido por el recibimiento tan frío anoche cuando regresé del viaje.

Un brinco en el corazón. Luego latidos fuertes al ver el nombre de Roberto al final de la tarjeta.

*Mi querida Lidia. Por favor, perdóname por mi torpeza. Te echo de menos. ¿Cenas conmigo esta noche? Di que sí, por favor. Te quiero. Roberto.*

Una esperanza anida en mi corazón. Está realmente arrepentido. Mis amigas tienen razón.

Pienso en llamar rápidamente, pero echo el freno. Que sufra un poquito.

A los diez minutos, suena el móvil. Ha entrado un mensaje. Es de Roberto.

*¿Te han llegado las flores?*

A punto estoy de contestar, cuando me retengo. Que sufra un poco más.

Pasan otros diez minutos y vuelve a enviar otro mensaje.

*Contesta, por favor. Me estoy volviendo loco. Necesitamos hablar.*

Pobre, pero no, no voy a contestar. Tiene que sufrir un poco más.

Sigo con mi trabajo y no me ha vuelto a enviar otro mensaje. ¿Me habré pasado? ¿Y si ya no me quiere ver?

Ha pasado ya como una hora y ni sus luces. Pero no voy a dar mi brazo a torcer. No por hoy. Mañana ya veremos.

Estoy inmersa en los planos y no me doy cuenta de que alguien ha entrado. Comienzo a alzar la vista y veo unas piernas con unos pantalones de tejido en gris marengo de hombre. Sigo alzando la vista. Una camisa en azul cielo y una americana en el mismo tejido que los pantalones.

Roberto. ¡Está para comérselo!

—Hola —es lo que alcanzo a decir.

—Confirмо que te han llegado las flores —dice mientras dirige la mirada al jarrón donde he puesto el ramo.

—Sí, muchas gracias, son preciosas.

—¿Y eso no me lo podías haber dicho en un mensaje? —está realmente enfadado.

—Tengo mucho trabajo. Se me ha acumulado con las vacaciones. Pensaba hacerlo más tarde.

—Tenemos que hablar, ¿lo sabes verdad?

—Sí, tenemos que hablar.

—Te he echado de menos, ¿tú a mí no? —alarga su mano para rozarme con los dedos.

Entonces le miro con ojos de corderito. Porque a quién quiero engañar. Me muero por probar de nuevo su boca, sentir su lengua invadiendo todos los rincones de la mía. Sentir su aliento, su aroma.

Me levanto para bordear la mesa y me acerco a él. Rodeo su cuello con mis brazos, me inclino y le beso dulcemente.

Él me abraza por la cintura para atraerme más a su cuerpo y el beso se convierte en uno apasionado. Estamos sedientos el uno del otro.

Con su frente apoyada en la mía, respiramos nuestros alientos.

—Lidia, no me vuelvas a hacer esto. Si hay algo que no te gusta, dímelo. Nos estamos

conociendo y falta que nos acoplemos el uno al otro. Yo te prometo que siempre te diré lo que me desagrada para que podamos solucionarlo.

—Perdóname. Me equivoqué.

—Estás perdonada. No volverá a pasar. No estoy acostumbrado a tener una pareja y mi intención era apoyarte. No caí en la cuenta de lo que dijiste hasta que lo hiciste.

—Reconozco que he actuado de una forma un poquito exagerada —digo sonriendo poniendo cara de niña buena.

—Vamos a olvidarlo. Lo he pasado muy mal. No he dormido en toda la noche. Pensaba que no volvería a hablarme. Me da miedo preguntarte esto, pero... ¿Qué tal ayer con tu marido?

—Llegué a casa, me saludó con un hola sin levantarse del sofá, me bañé y me dormí. Cuando me he levantado esta mañana, le he despertado y se ha ido sin desayunar porque llegaba tarde. Te voy a pedir que inicies los trámites para el divorcio. Esta noche no puedo cenar contigo porque voy a hablar con él, ya se lo he dicho.

—Entonces me voy al despacho a preparar los papeles. Dame los datos de él y dame tu documentación. Quiero que estés divorciada a la mayor brevedad posible.

—Yo también. Con Hugo ya no hay nada y contigo ...

—Conmigo tienes amor, cariño, amistad, apoyo, pasión, ternura. Te quiero a mi lado.

—Vamos poco a poco y paso a paso. De momento me separo y nosotros nos vamos conociendo y acoplando como dices tú.

—¿Comemos juntos?

—No puedo. He quedado con mi madre. Quiero ir a visitarla y a mi padre, que está muy raro desde que le nombramos a mi tía.

—Ok. Entonces nos vemos mañana y me cuentas cómo te ha ido con Hugo y si te quedas en esa casa o vamos al piso que tengo para Ivana.

—Nos vemos mañana. Ahora déjame trabajar —me despido con un beso y me dirijo detrás de la mesa.

—Por cierto, tienes un local muy bonito. Dame unas tarjetas para las personas que te comenté. Me encantará que decores nuestra casa.

—Toma las tarjetas y vete ya. Tu presencia me distrae y me dan ganas de arrastrarte a la trastienda, quitarte ese traje que te queda a las mil maravillas y hacer el amor hasta quedarnos exhaustos.

—Pues no me parece tan mal. Ahora tendré que esperar para salir de aquí, mira cómo me has puesto...

Desvió mi mirada hasta su entrepierna. El pantalón tiene un bulto que reconozco. Se me está haciendo la boca agua con tan solo pensar que le desabrocho el pantalón, le bajo los pantalones y los bóxer. Tengo las bragas empapadas. ¡Qué demonios! ¿Por qué no?

Me levanto rápidamente y le arrastro detrás de mí. Él no pone pegas, no protesta. Abro la puerta y al entrar, me estampa contra la pared. Hoy me he puesto una falda y llevo las medias con liga.

Con manos temblorosas, desabrocho su cinturón y los botones del pantalón. Sus labios recorren mi cuello estampando pequeños lametones mientras me desabrocha la camisa dejando mis pechos al aire. Mis pezones están erectos bajo el encaje del sujetador. Él los succiona y lame. Sus manos suben por mis mulos hasta llegar a mi sexo.

—Estás mojada, como a mí me gusta —ronronea sobre mis pezones.

Se separa durante unos segundos para despojarse de su ropa. Su pene está erecto como un mástil. Separa la fina tela de mi tanga, me agarra de las caderas para alzarme. Abrazo su cintura con mis piernas y en un segundo le tengo dentro de mí. Nunca había hecho el amor en esa posición. Lo había visto en películas.

Nuestros besos no eran calientes, eran ardientes. Todo mi cuerpo quemaba. Estoy abrasada por el deseo y no paro de gemir y jadear.

—No sé qué me has hecho, estoy completamente hechizado por ti —gruñe Roberto mientras aprieta los dientes.

Apoya las manos en mi trasero para ayudarse en su empuje. Me encantaría tener un espejo para verle, para ver cómo me folla.

Se hundía una y otra vez, perdiéndonos en nuestros jadeos, unas veces despacio, lentamente, como acariciando mi interior. Otras deprisa, fuerte, como si quisiera clavarme contra la pared. Ya no puedo más, el orgasmo está pidiendo, jadeo a jadeo, explotar.

Roberto se ha dado cuenta y ahora son feroces sus embestidas. Me estremezco, grito y clavo mis uñas sobre sus hombros. Dejo caer la cabeza sobre ellos.

Roberto me levanta, pero sin soltarme saca su pene de mi interior.

—Tócame por favor, estoy que exploto.

En lugar de tocarle, introduzco en mi boca la polla. Huele y sabe a mí. Jamás había realizado una felación con tanta ansia. Roberto agarra mi cabeza para introducirla hasta el fondo de mi garganta. Se agarra de mi pelo y comienza a convulsionarse.

Su semen se derrama en el interior de la boca. Está caliente. Cuando ha terminado, deslizo mis labios lentamente por su pene, lamiendo los restos de nuestra pasión.

Me levanta y me besa. En nuestras bocas hay una mezcla de fluidos varios, pero no importa. Él se coloca la ropa sin dejar de mirarme y yo estoy apoyada en la pared, observándole.

Cuando termina, me abrocha la blusa y me recompone la falda. Salimos del cuarto, agarrados de la mano.

—¿Si vengo a verte todos los días me vas a recibir así?

—Únicamente cuando te lo merezcas —sonríó coqueta. —Ahora sí, déjame trabajar amor.

—Amor, me encanta esa palabra dicha en tus labios. Hasta mañana, amor.

No he parado de sonreír en toda la mañana. Me dirijo a casa de mis padres. Me toca enfrentarme a mi padre y eso me desconcierta porque no sé cómo vamos a acabar.

—Hola mamá —saludo al abrirme la puerta y le doy un abrazo y un beso en la mejilla.

—Pasa hija, ya tengo preparada la comida.

Huele fenomenal. Ha preparado pisto manchego y lasaña. Mis platos favoritos.

Mi padre ya está sentado a la mesa y me saluda con un simple movimiento de cabeza. Me dirijo a él y le beso en la mejilla. Ni se inmuta.

—Papá, ¿cómo te encuentras? —pregunto mientras me siento en mi silla.

—Bien.

Silencio. Con esta frialdad, la conversación que quiero tener con él va a estar bastante difícil. Mi madre se acerca con la comida y nos sirve una ración de lasaña.

—Huele fenomenal. Me encanta cómo cocinas. Aún no he conseguido hacer el pisto cómo tú ni siguiendo tu receta.

—Un día lo hacemos juntas. Ya verás que al final te sale cómo a mí.

En la comida no hemos tocado el tema de mi herencia ni del viaje, lo que le agradezco a mi madre porque si no, se nos hubiese atragantado.

—¿Quieres un café, hija?

—Sí, gracias mamá. Te ayudo a recoger la mesa.

Mi padre sigue sin decir palabra. Se levanta de la mesa y se dirige al salón para ocupar su butaca favorita.

Ya estamos todos sentados. Me tiembla un poco mano cuando agarro la taza de café. Va a estar difícil esta charla.

—Papá, ya sé qué mamá te ha dicho que la tía Silvia me ha dejado una casa en Porto Rotondo por herencia. También me ha dejado sus cuadros y unas monedas.

—Yo no tengo ninguna hermana —respuesta tajante de mi padre.

—Me dejó una carta con su abogado explicándome lo que pasó. En serio, papá, pienso que Silvia realmente te hizo un favor. Me escribió que fue, la que iba a ser tu mujer, quien la sedujo a ella y que no era la primera, que ya había estado con más mujeres. En el fondo casi hasta te hizo un favor, si lo miras bien.

—No me interesa nada de lo que me estás contando. Ese día dejé de tener una hermana.

—Piénsalo bien. Tu hermana me cuenta que ella se dejó llevar por su juventud y su inexperiencia. Se casó con un desgraciado que la hizo sufrir mucho. Estuvo al tanto de toda nuestra vida esperando que algún día la perdonaras. Papá, ella no fue la culpable. Te quería

mucho.

Mi padre mira su taza de café sin decir nada. Mi madre rompe la tensión que se palpa en el aire.

—¿Qué tal te ha ido el viaje con tus amigas? Cuéntame, cómo es la casa, el lugar...

—El viaje nos ha ido fenomenal para todas. Hemos podido hablar de todo lo que nos molestaba de cada una y ahora nuestro grupo está más fuerte que nunca. La casa es preciosa, está en lo alto con unas vistas al mar increíbles. El pueblo es muy bonito y tranquilo.

—Y la casa, ¿es grande?

—No es una mansión, pero no está nada mal. Tienes que ver la terraza, las vistas... Tiene una piscina, no muy grande. Puedes estar dentro nadando y viendo el mar. Cuando queráis ir a tomar un descanso, me pides las llaves.

—Olvidalo, mujer. Jamás pisaremos esa casa.

—Genio y figura hasta la sepultura. Eres muy intransigente papá. Por favor, recapacita. Haz una pausa a tu rencor y date el chance de descubrir lo maravillosa que era tu hermana. Todo el mundo en Portor Rotondo la tenía mucho cariño y hablan fenomenal de ella. Además, sus obras se vendían muy bien. Contempla sus pinturas, están por toda la casa.

—Me encantaría ir. Nunca conocí a Silvia, tu padre jamás me habló de ella. Cariño, piénsalo.

Mi padre se queda callado. Espero que recapacite y dé su brazo a torcer.

—Hija, ¿me acompañas a la cocina? —pregunta mi madre levantándose de la mesa.

Ambos nos dirigimos a la cocina. Mi madre solo hace eso cuando quiere hablar conmigo sin que mi padre se entere.

—Ahora sí, cuéntame qué te pasa. Te noté extraña por teléfono.

—Me conoces mejor que nadie.

—Yo te parí. Suéltalo ya.

—Me voy a divorciar de Hugo.

—No me extraña. Has tardado mucho. Hugo nunca fue santo de mi devoción. No es un mal hombre, pero hija, es muy soso y no tiene chispa. Él está muy bien porque tú prácticamente te encargas de todo. No sale contigo, no te lleva a cenar, siempre está de excursión con sus amigos dejándote sola. De ahí te viene tu ansiedad. Verás que cuando te libres de él, con el tiempo volverás a estar bien.

—Tienes razón. Hay otra cosa que te quiero contar. He conocido a otro hombre.

—¿Otro? ¿Cuándo? Hija, no te apresures. Primero soluciona tu relación con Hugo y date un tiempo para ti, sola. Igual confundes el amor con quedarte sola y eso es una equivocación muy grande.

—Se llama Roberto y es el abogado que ha tramitado la herencia de la tía. Desde el primer

día que nos conocimos hubo química entre nosotros. Él fue a Porto Rotondo para ayudarme a solucionar el tema del papeleo y comprobar que todo estaba bien. También para entregarme unas monedas que estaban escondidas en la casa como parte de la herencia. Mamá, valen mucho. Las llevamos a una caja de seguridad en el banco.

—¿Tanto valen?

—Son dos monedas de oro. Unas onzas del rey Luis I. Su valor actual es de 250.000 € cada una.

—Mi madre silva.

—¡Válgame Dios! Normal que las hayas llevado a un banco.

—Y ni te imaginas lo que pasó. Un día se nos olvidó poner la alarma y entró el exmarido de la tía, un tipo asqueroso, un vividor. Revolvió toda la casa. Se llevó los cuadros. Menos mal que no encontró las monedas. Pusimos una denuncia y al final lo atraparon y pudimos recuperar los cuadros.

—¿Y valen mucho esos cuadros?

—Roberto dice que algunos se vendieron por 10.000 €. Hay uno, el que preside el salón, precioso. Dice que era el preferido de la tía. Dos manos sujetando un corazón. Me pregunto si no lo pintó pensando en papá.

—Quien sabe. El que haya estado pendiente de nosotros demuestra lo mucho que quería a tu padre y a ti. Lástima que no pudimos conocerla. Y volviendo a Roberto, ve despacio, date ese tiempo. Yo te apoyaré en todo lo que decidas, pero hazme caso.

Me dirijo de nuevo a mi estudio pensando en las palabras de mi madre, que coinciden con las de mis amigas.

Llego temprano a casa. He de prepararme para la charla que voy a tener con Hugo. Preparo la cena y mi cabeza no deja de dar vueltas. Ya no sé si le he echado sal o no. No estoy concentrada.

—Lidia, ya estoy en casa. Que bien huele. Traigo un hambre... ¿Has puesto la mesa? Si no, te da tiempo mientras me doy una ducha.

Ni se acerca a mí, todo lo dice dese el pasillo.

—Claro, no te preocupes por nada. Dúchate tranquilo y siéntate a la mesa. Ya está todo preparado —ironía, mucha ironía hay en mi voz.

En eso que recibo un mensaje de Roberto.

*Mi amor, mira tu correo. Te he enviado los papeles para el divorcio. Si puedes los imprimes y que lo firme de una vez. No veo el día en el que estés libre.*

Sí que tiene prisa. Pero yo también.

Aprovechando que Hugo está en la ducha, compruebo mi correo electrónico y ahí está, la demanda de divorcio. Enciendo la impresora. Ya lo tengo en mis manos. Lo reviso para ver si todo está correcto. No ha dejado nada en el aire.

Lo único que tenemos que repartir es la casa, ya que está a nombre de los dos. Aún nos queda terminar de pagar la hipoteca, pero no es mucho. Hicimos una buena compra aprovechando un embargo del banco.

Le mando un mensaje a Roberto.

*Gracias cariño. Ya lo tengo en mis manos. Esta misma noche se lo entrego. ¿Comemos mañana?*

No tardo en recibir su respuesta.

*Estoy contando las horas. Que tengas dulces sueños. Te quiero. Hasta mañana.*

Me siento a la mesa con los papeles y un bolígrafo a mi lado.

Hugo sale del baño ya con el pijama puesto. Ni se percató de los papeles. Se sienta y se sirve la comida en el plato. La caballerosidad tampoco es una de sus virtudes.

—Cuéntame, ¿es grande la casa? ¿Vale dinero? —pregunta con la boca llena.

—¿Solamente te importa eso? ¿El valor de la casa?

—Pues claro. Eso nos ayudaría a terminar de pagar la hipoteca y hacer un buen viaje. Imagina, comprar equipo nuevo para las acampadas y por qué no, un coche todoterreno. Algunos de los lugares donde vamos son prácticamente intransitables para un coche normal. Y si sobra algo, lo puedes invertir en tu pasatiempo, en el estudio.

Guau, qué generoso.

—Toma, lee y firma, por favor —digo entregándole los papeles y el bolígrafo.

—¿Qué es?

—Lee y lo sabrás. Sorpresa.

Hugo los toma limpiándose antes las manos. Su cara es un poema según va leyendo. Primero tiene una gran sonrisa en los labios, luego seriedad, su rostro va perdiendo color y acto seguido lo adquiere de nuevo, pero de rabia.

—Ni hablar, yo no te firmo esto. No entiendo esta tontería. Estamos bien. Seguro que es la influencia de tus amigas durante el viaje, pero cuando recapacites, verás que es una tontería.

—Fírmalo por las buenas o iremos a juicio. No soy feliz contigo y quiero estar sola, vivir mi vida.

—Entonces me tocará algo de tu herencia, la mitad. Lo que alega aquí tu abogado no lo voy a tolerar. No me corresponde nada. Se lo voy a entregar a un abogado para que lo estudie.

—Haz lo que quieras, pero vas a perder. Hay un detalle en el testamento que no sabía y me acabo de enterar. Mi tía dejó por escrito que todo lo que me deja es para mí y que en caso de que me divorcie, mi exmarido no puede recibir nada. Si me peleas esa herencia, automáticamente pasará a nombre de mi abogado. Ya ves, no me vas a sacar ni en céntimo. Firma por las buenas.

Roberto lee detenidamente la copia del testamento que acompaña la demanda.

—¿Y la casa? No pienso irme de aquí, así como así. Si la quieres, me tienes que pagar el valor actual en el mercado.

—¿Y lo que he pagado hasta ahora?

—Esa es mi condición. Si no te gusta, seguiremos viviendo aquí los dos. Ya no tengo hambre. Dormiré en el salón.

No quiero responder ahora. Tengo que estar serena para darle una respuesta y no hacerlo en caliente. Los nervios y la ira no son buenos consejeros.

## Capítulo 21

Dicen que el odio es la cara oculta del amor, que ambos sentimientos están estrechamente relacionados.

El odio en una pareja puede surgir por diversas razones, como un conflicto de interés, celos o falta de comunicación entre nosotros.

En nuestro caso, los celos no entran en esta ecuación. Y en estos momentos odio a Hugo. Nunca pensé que fuera tan interesado. Es un vago y un soso y si hubiera sabido de esta faceta suya, ni de broma me habría casado con él.

Roberto llega al estudio tal y como habíamos quedado para ir a comer.

—Buenos días, estás preciosa hoy —dice sacando una rosa.

Me la llevo a la nariz para aspirar su aroma. Es intenso y meloso con un toque almizclado. El tayo no tiene espinas.

—La seleccioné especialmente para ti, por su aroma, intenso como mi amor por ti, que cada día se va volviendo más y más fuerte.

—Roberto, eres todo un romántico. Quién lo iba a decir. Tienes aspecto de conquistador y don Juan, no de un hombre que quiere adquirir un compromiso.

—Las apariencias engañan, amor. No te voy a decir que he sido un santo, he estado con muchas mujeres, pero nada serio. Hasta que llegaste tú. En cuanto entraste en el despacho, mi estómago se encogió y el corazón latió a mil. Jamás me había ocurrido con ninguna mujer. Con las otras sentía deseo, pasión, pero en cuanto salían de mi cama, se acabó la magia. Contigo quiero más y más cada día. Un tesoro como tú no lo voy a perder, así como así.

¡Joder! Nadie me había hablado así. Solamente con escucharle, ya me tiemblan las piernas.

—¿Nos vamos a comer? —pregunto mientras coloco la rosa juntos con el ramo que me envió ayer.

—Claro, y dime ¿tenemos algo para celebrar?

—Por ahora no. Vamos y te cuento.

Vamos a un restaurante que está cerca del estudio para aprovechar al máximo el tiempo de la comida. Una vez que nos sentamos en la mesa y pedimos el menú, Roberto me interroga con la mirada.

—Le presenté los papeles a Hugo y no está de acuerdo. Quiere intentar con su abogado quitarme la mitad de la herencia de mi tía.

—No va a poder. Lo dejé muy bien atado con tu tía para que no haya ninguna fisura legal. ¿Eso es lo único que le detiene para firmar?

—Hablamos de la casa. Quiere que le compre la casa al precio que está actualmente en el mercado y no es justo. Yo conseguí la casa que estaba embargada por el banco gracias a un

cliente. También he puesto la mitad del importe de la hipoteca, está a nombre de los dos.

—Dame todos los papeles de la hipoteca y los pagos. El resto déjame a mí. Que su abogado se ponga en contacto conmigo. Lo que quiero saber es si quieres conservar la casa o no.

—No la quiero. Pero no es justo que yo le pague el valor que tiene hoy en día.

—Tranquila, déjame a mí, repito. ¿Cuándo te vas de la casa? ¿Dónde vas a vivir? Si quieres te puedes venir a la mía.

—No, Roberto. Necesito un tiempo para mí, estar sola. Tengo que pensar mucho las cosas.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No estás segura de lo nuestro?

—Compréndeme. No termino de salir de una relación y no quiero apresurarme. Quiero estar completamente segura de lo nuestro.

—Puedes aprovechar ese tiempo ahora. Tengo que marcharme una semana a Nueva York. Hay problemas con el Penthouse que tengo alquilado. El inquilino lleva dos meses sin pagar.

—¿Tienes un Penthouse en Nueva York? —pregunto incrédula.

—Sí. Lo recibí como pago de un cliente al que le saqué de un apuro muy grande, con cárcel y todo. Cómo no tenía con qué pagarme, me cedió el apartamento. No me debía tanto, pero así lo quiso.

—Tienes que ser muy bueno para que te hagan un regalo así.

—Ya me irás conociendo. Instálate en el piso con Ivana hasta que resuelvas lo que quieres hacer. Mientras tanto, solucionaré lo de la casa que compartes con Hugo.

Una de las cosas que más me puede atraer de un hombre es su inteligencia. Y Roberto reúne todas las cualidades hasta ahora: inteligente, guapo y ardiente. Además de romántico. Pero nadie es perfecto. Me enfadé con él por hacer las cosas sin contar conmigo, pero seguro que, a partir de ahora, no lo volverá a hacer.

—Hablaré con Ivana para decírselo. Ya nos avisarás cuando podemos ir a verlo.

—Esta tarde mismo, si queréis. Mañana me marcho de viaje y no podrá ser hasta la semana que viene. O si lo prefieres, esta noche, con una cena romántica, te dejo las llaves y la dirección.

—Hablo con ella y te digo.

Roberto me acompaña hasta el estudio y se despide cariñosamente. Pensar que voy a estar una semana sin verle provoca un nudo en el estómago. No quiero que se vaya.

—Ivana, cariño. ¿Cómo estás? ¿Has tenido algún problema con Manuel?

—Para qué contarte. Cuando llegué a casa de mi madre para recoger a los niños, allí estaba Manuel. Mi madre se puso de su parte recriminándome el divorcio y que me haya ido de la casa. Pero no me dejé. Puse las cosas bien claras. Con Manuel solo tengo que hablar temas que tengan que ver con los niños y con mi madre, si se empecina en defender a Manuel, pues con todo el dolor de mi corazón, dejaré de tratarla.

—¡Qué mal! Pero ya sabíamos qué esto pasaría. Me enorgullece que no te dejes pisotear. Roberto se va mañana a Nueva York y me pregunta si quieres esta tarde ir a ver el piso.

—Vale, recojo a los chicos en el colegio y vamos. Por cierto, ¿cómo te fue con Hugo?

—Le di los papeles del divorcio. Ya te contaré. Por cierto, ¿sigues queriendo que compartamos durante un tiempo el piso de Roberto?

—Claro, seremos compañeras de piso, como en la universidad. ¿Quedamos en el despacho de Roberto?

—Pregunto y luego te mando un mensaje de dónde y a qué hora quedamos. Un besazo.

La vida nos está cambiando drásticamente a las dos. Pero como se dice, renovarse o morir. Porque eso me estaba pasando a mí en mi relación con Hugo. Poco a poco estaba muriendo mi esencia, mi yo. E Ivana hace mucho tiempo que vivía como muerta en su interior.

*Hola cariño. Ivana puede ir hoy después de recoger a las cinco a los niños. ¿Quedamos a las cinco y media en tu despacho? No quiero que se haga muy tarde para nuestra cena.*

Roberto no contesta. Miro una y otra vez el teléfono para ver si llega su mensaje. Nada. La tarde va pasando y sigue sin contestar.

Cuando ya estoy desesperada y voy a marcar su número, aparece el bendito mensaje.

*Disculpa por no contestar. He tenido una reunión con el abogado de tu marido. Tranquila. Firmará los papeles. Luego te cuento lo de tu casa. A las cinco y media está perfecto. Os espero aquí. Te quiero.*

Anda que ha tardado Hugo en buscar un abogado e intentar sacarme hasta las muelas. Para eso sí que mueve el culo el muy idiota.

—Ivana, a las cinco y media nos vemos en el despacho de Roberto.

—Perfecto. Aunque la casa de la Moraleja es una pasada, no es mi casa, no me encuentro a gusto en ella. Prefiero mi espacio con mis cosas y no tener terror cada vez que toco algo y pienso que se va a romper.

—Tranquila. La mayoría de las cosas van fuera. Se va a renovar la casa por completo. Ni se va a dar cuenta por la rotura de un jarrón o un vaso.

—Entonces nos vemos en el despacho. Un beso, me voy a recoger a los niños y a dejarlos con mi madre. Espero no llegar tarde.

—No te preocupes. Esperaremos hasta que llegues.

Lo que queda de tarde se hace infinita. Pero no hay nada que dure eternamente y por fin llega la hora de cerrar y partir al despacho.

Me paro en la fachada para observarla. Pensar que hace unas semanas estaba allí mismo ignorando el cambio tan drástico que iba a tener mi vida al atravesar el portal.

—Buenos días. Soy Lidia —saludo a la recepcionista que me atendió la última vez. —El

señor Mendizábal me está esperando.

—Buenos días señorita La Fuente. El señor Mendizábal me ha pedido que espere un momento. Enseguida la atenderá. Siéntese, por favor.

Ahí está el sofá donde esperé la primera nerviosa, sin saber cómo colocarme y observando todo a mi alrededor.

Ivana entra por la puerta y pregunta por Roberto en la entrada al igual que hice yo. Al mirarme sonrío y se reúne conmigo.

—Hola. Qué nerviosa estoy. ¿Sabes dónde está el piso? No hemos hablado del alquiler ni nada.

—Tampoco me lo ha dicho a mí. Solo sé que tiene un Penthouse en Nueva York, por eso sale de viaje mañana.

—¿En serio? Me encantaría ir a Nueva York. Parece que Roberto tiene dinero. La absurda idea que se nos pasó a todas por la cabeza, de que se quería acercar a ti por la herencia, ahora parece absurda.

—A mí también se me pasó por la cabeza y se lo dije.

—¿Se molestó?

—No, para nada. Me dijo que cuando nos tuviéramos más confianza y si nuestra relación seguía para adelante, me contaría lo que posee.

Roberto abre la puerta de su despacho y sale con un hombre alto, buen traje y un maletín. Hablan en inglés y se despiden cordialmente. Se acerca a nosotras.

—Ivana, Lidia, pasad a mi despacho.

Una vez que se hubo cerrado la puerta tras nosotros, me abraza para besarme.

—Perdona, Ivana. Pero voy a estar una semana fuera y quiero aprovechar cualquier momento para besarla.

—Tranquilo, por mí no te cortes. Ya era hora de que la mimen. Estoy contenta de que estéis tan bien.

—Ya tengo las llaves. Podemos irnos cuando queráis.

—Pues para mañana es tarde. ¡Vámonos! —aplaudo mientras salimos del despacho.

Una vez que estamos en el coche, le bombardeamos a preguntas.

—¿En qué calle está el piso? ¿Es un buen barrio? ¿Tiene ascensor?

—En unos momentos todas vuestras preguntas serán respondidas —responde sonriendo, pero sin soltar prenda.

Vamos rodando por la calle Bravo Murillo, una buena zona de Madrid. El morro del coche gira hacia la puerta de un garaje. Roberto saca un mando de la guantera y este se abre.

—¿Tiene plaza de garaje? Roberto, yo tengo un sueldo de funcionaria, tampoco te creas que gano tanto, además tengo dos niños...

—Estoy seguro de que llegaremos a un buen trato —dice Roberto con tono calmante.

Una vez aparcado el coche en la plaza que le corresponde, nos dirigimos al ascensor.

—Es la tercera planta. Estoy seguro de que os va a gustar.

Salimos del ascensor y la puerta está frente a nosotras. Roberto introduce la llave y enciende la luz. Un gran salón nos recibe. Me encanta la decoración, demasiado minimalista para mi gusto, pero me encanta. Tonos blancos en paredes y muebles. El sofá enorme en gris oscuro.

—Estáis en vuestra casa. Hay cuatro habitaciones y dos baños. La cocina está totalmente equipada. Si os faltara algo, me lo decís. Os la voy a enseñar.

He de admitir que la casa me encanta, pero pensar existe la posibilidad de mudarme aquí, me inquieta.

Dos de las habitaciones tienen una cama de matrimonio, las otras dos, camas individuales.

—¿Qué os parece? —pregunta Roberto que parece más ilusionado que nosotras.

—Qué te voy a decir, es fantástico. Además, está cerca de la parada del metro. Pero debe ser muy caro el alquiler, no voy a poder pagarlo —dice Ivana con el rostro marcado por la preocupación.

—Ya te he dicho que no te tienes que preocupar por eso. Llevo varios alquileres que lo único que me han dado son quebraderos de cabeza. En el último, no solamente dejaron de pagar, sino que lo destrozaron. Prácticamente, lo he tenido que reformar entero. Prefiero que lo ocupe alguien de confianza, que sé que me lo va a cuidar y cobrar una renta más baja. Y quién mejor que tú, Ivana.

Ella se le queda mirando con los ojos brillantes de la emoción y en un arranque sentimental, se lanza a los brazos de Roberto para abrazarlo, llena de agradecimiento.

—Gracias Roberto, te juro que te la cuidaré como si fuera mi propia casa. A los niños les va a entusiasmar tener una habitación para cada uno.

—Tu divorcio saldrá en breve. Manuel aún no ha contestado lo que quiere hacer, si darte la mitad del valor de la casa o que se venda y recibas tu parte. En cuanto regrese de viaje, me pongo a ello para presionar. ¿Te gusta el piso Lidia?

—Me encanta. Lástima que no me conocieras antes de la reforma para que me hubieras contratado a mí y decorarlo.

—No contraté ninguna decoradora. Los que se encargaron de la reforma lo hicieron todo. Ya tendrás tiempo para decorar la casa donde vivo yo y que espero que no pase mucho tiempo para que también sea tu casa.

—El tiempo lo dirá —respondo rozándole los labios con los míos.

—¿Cuándo te vas a mudar Ivana? Si esperas a que regrese de Nueva York, os ayudo con la

mudanza.

—Gracias Roberto. Pero me gustaría que fuera este fin de semana. Preguntaré a las chicas si pueden ayudarme.

—Sabes que te echaremos una mano. Entre todas nos apañaremos. Y ni se te ocurra ir sola a la casa a recoger las cosas que te quedan allí. Manuel pagaría toda su rabia contigo.

—Si esas cosas no te corren prisa, esperad a que llegue. Es mejor que esté presente con tu abogado. No quiero que a ninguna de vosotras os pueda hacer algo —Roberto se muestra preocupado.

—Tranquilo, en el fondo es un cobarde. Yo me he enfrentado con él en varias ocasiones. Ladra mucho, pero no me hace nada —digo para tranquilizarle.

—Prométeme que te vas a cuidar. Si te hace algo, juro que lo va a pagar —dice estrechándome en sus brazos.

—Es la primera vez que no me apetece irme de viaje y estoy a punto de cancelarlo.

—No lo hagas por nosotras. De verdad, vamos a estar bien. Hasta ahora nos la hemos apañado muy bien —digo correspondiendo a su abrazo.

—Toma las llaves de tu casa, Ivana. ¿Os llevo a casa?

—No hace falta, Roberto. Tengo que pasar por casa de mi madre para recoger el coche y a mis hijos. Ya has hecho bastante por mí.

—Yo también tengo que recoger el coche en el estudio. Si quieres puedes pasar más tarde por mí para ir a cenar, por no llevar dos coches.

—Cómo queráis. Pero acompañadme hasta el garaje. Cuando salga, te doy el mando para que lo puedas abrir.

No tengo más remedio que ir a casa y enfrentarme a Hugo. Todas mis cosas están allí y aún no sé lo que va a pasar. Roberto no me ha contado nada.

Giro la llave en la cerradura. Se escuchan ruidos en el interior. Normalmente Hugo suele llegar un poco más tarde.

—¿Hugo? —pregunto temerosa.

—Sí, soy yo. He llegado antes para preparar tus maletas y que te largues de una vez.

—Deja mis cosas. No las toques. Vamos a tener la fiesta en paz. Aún no se ha concretado lo que va a pasar con la casa y de momento también es mía.

—Ya me ha dicho el abogaducho ese que tienes. La que se va de la casa eres tú y lo único que haré será devolverte lo que has pagado hasta ahora.

—Ya veremos. Y hasta que no resolvamos el tema de la casa, voy a seguir viniendo cada vez que quiera. Me voy a cambiar, voy a salir a cenar. Más te vale que cuando regrese, mis cosas estén en su sitio. Cómo no tenemos dos habitaciones, puedes estar tranquilo, llegaré tarde y

dormiré en el sofá.

—¿Y con quién vas a salir? ¿Con tus amigas o con el abogado? Seguro que eres capaz de acostarte con él con tal de salirte con la tuya.

—Con quien salga no es de tu incumbencia. Y si me acuesto o no con otro hombre, tampoco. Tus palabras ya no me hieren.

Pero en el fondo sí que me duelen. Tanto tiempo juntos, compartiendo nuestras vidas, cuidándolo, tragándome todos sus desprecios para que ahora, me trate como a una mierda.

Respira, Lidia, respira... aspira, expira, aspira, expira. La ansiedad me está oprimiendo el pecho y comienza a faltarme la respiración.

Aspira, expira.

Una ducha caliente y la expectativa de estar con Roberto, consiguen que mi respiración se normalice y la opresión vaya disminuyendo.

He tardado mucho en tomar la decisión de separarme. Si bien es cierto que el conocer a Roberto me ha dado un pequeño empujón, pero que digo pequeño, un gran empujón, quizás ahora aún estaría aguantando.

A las ocho y media en punto, Roberto está debajo de mi casa esperando en su coche. Es un Audi negro brillante.

—Adiós, Hugo. Me marcho.

Ni siquiera se despide. Quién me iba a decir que hasta la educación perdería.

Me introduzco en el coche mirando a las ventanas de mi casa. Hugo no está espiando. De que me extraño.

—Hola mi amor, tan guapa como siempre. ¿Has tenido algún problema con tu ex?

—Problema en sí, no. Cuando he llegado estaba preparando mis maletas.

—Hijo de puta. Aún no se ha concretado quién se queda con la casa. No tiene ningún derecho. Si quieres subo y hablo con él.

—No. Ya le he dejado las cosas claras. Pero explícame, ¿cómo queda este tema? Él dice que me paga lo que hasta ahora he pagado yo. O lo que me dijo al principio, que le pague la mitad de lo que vale en la actualidad el piso.

—Olvídate de la parte de que te devuelva lo que has pagado hasta ahora. Y el mismo derecho tienes tú de exigirle lo mismo, que te pague la mitad del valor actual. Si no quieres la casa y no puede pagarte la mitad, entonces la casa se pone a la venta. Si te vas de la casa por mutuo acuerdo, él correrá con los gastos hasta que se venda, ya que se queda él y viceversa.

—¿Qué me aconsejas?

—¿Cómo abogado o como hombre enamorado?

—¿Es posible separarlos?

—Complicado. Como abogado te aconsejaría que no salieras de la casa hasta que se haya vendido, corriendo a medias con los gastos. Como hombre enamorado, pon pies en polvorosa para salir y vente a mi casa para amarrarte a la cama y no dejarte salir.

—Pues ni lo uno ni lo otro. No quiero estar por más tiempo en la casa. Si se la quiere quedar, que la pague y si no, que se venda. Tampoco es tiempo de irnos a vivir tú y yo juntos. Dame más tiempo, tenemos que estar seguros de dar ese paso.

—Tú mandas. No quiero que nos peleemos por este tema y la forma en la que se va a resolver es asunto tuyo. Yo te ofrezco mi ayuda y mi apoyo.

—Gracias amor. Tú sí que me entiendes. Por cierto, ¿dónde vamos? ¿Vamos con Ivana? Por aquí se va a la Moraleja.

—No y sí. No vamos a casa de Ivana, pero sí a la Moraleja. Vivo allí. Esta noche cenamos en mi casa y te quedas a dormir conmigo. Mañana cojo el vuelo temprano y no quisiera separarme de ti hasta entonces. Quiero disfrutar hasta el último segundo. ¿Te apetece el plan?

—Me apetece. ¿Vas a cocinar tú?

—No en esta ocasión. Pedí cena en un restaurante que me gusta mucho y supongo que ya estará en la casa. Lo único que tenemos que hacer es poner la mesa y la comida en los platos. Espero que te guste. Será cómo hacer un pícnic.

## Capítulo 22

Nos adentramos por la puerta que ya conozco y pasamos el control de seguridad. La casa de Roberto no está muy lejos de la de Patrick. Ya es de noche y no puedo apreciar bien los alrededores, pero ya los conozco.

Roberto aparca en el garaje de la casa. Nada más aproximarnos, automáticamente se encienden las luces de la entrada. Estoy deseando entrar para verla. Las casas dicen mucho de la personalidad de los que habitan.

Su arquitectura es moderna, nada que ver con las casas más antiguas de estilo colonial. Esta es de color blanca, cuadrada y de dos plantas.

¿Quién es Roberto? Esta casa vale una millonada, tiene un Penthouse en Nueva York y el piso de donde hemos venido esta tarde. ¿Aparte de ser abogado también es un mafioso o un traficante?

Sin perder su sonrisa, me agarra de la mano para atravesar la puerta. Tal y como me imaginaba. Bueno, no, ha superado mi imaginación.

En lugar de paredes, hay grandes correderas de aluminio lacadas en gris oscuro. Cuando enciende la luz, nos recibe un gran salón immaculado. No puedo apartar la vista de la pared del fondo. Grandes ventanales de cristal y en el centro, una gran chimenea, del color de la carpintería.

Una mesa enorme de madera se encuentra en el lado izquierdo y en el lado derecho, unos sofás que se ven muy acogedores.

La mesa está puesta. Dos platos, dos copas y flores.

—Entra cariño, estás en tu casa —dice mientras se acerca a la chimenea.

—¿Quieres que encendamos la chimenea? —pregunta mientras agarra un mando.

—Solo para verla, es impresionante, como el resto de la casa.

Roberto sonrío. Dirige el mando hacia la chimenea y con un botón la enciende. Ya me estoy imaginando haciendo el amor delante de esa chimenea, tumbados sobre una de esas alfombras carísimas.

—Me encanta esa mirada, te ves tan sensual...

—Lo que estoy es alelada, en serio, como profesional del interiorismo, estoy impresionada. ¿Fue tuya la decoración o te dejaste asesorar?

—Yo solo compartí algunas ideas que tenía y el resto lo hizo el decorador. Pero estoy seguro de que tú lo hubieses hecho mejor. Comienzas a conocerme y le daría un toque más cálido y personal. Cuando te vengas a vivir aquí conmigo, podrás hacerlo.

—¿De veras quieres que me venga a vivir aquí contigo?

—Claro. El amor es algo especial, como un milagro y cuando se presenta, no debemos dejarlo pasar.

—¿Eso te ha pasado conmigo? ¿No seré en realidad un capricho? He de confesarte que empiezo a estar aterrada.

—¿Por qué? ¿No empiezas a sentir lo mismo que yo? Vamos a sentarnos, cuéntame qué te pasa.

Nos sentamos en esos sofás y no paro de tocarme las manos. Me están sudando.

—¿Quieres que apague la chimenea? Te noto acalorada.

—No es la chimenea, son los nervios.

Él se acerca a mí. Me agarra las manos y las acaricia.

—Nos tenemos confianza, ¿no? Si queremos tener una relación estable, debes confiar en mí, al igual que yo en ti.

—Es todo Roberto. Eres un hombre guapísimo, cualquier mujer caería a tus pies. Además, no andas manco, mira esta casa. También las otras propiedades. ¿Y yo? Una decoradora de interiores sencilla. Me encanta mi trabajo, pero no tengo renombre. Y aunque no me considero fea, tampoco soy una mujer despampanante. No me puedo creer que te hayas fijado en mí y mucho menos que te estés enamorando. Me da miedo que cuando te hayas cansado de tu capricho, me dejes echa polvo y destrozada.

—No entiendo cómo te puedes menospreciar de esta manera. En primer lugar, tienes un cuerpo precioso, o por lo menos para mí. Tengo de dónde agarrarme, no estás delgada como esas modelitos que son campeonas de natación, nada por delante, nada por detrás.

Consigue arrancarme una sonrisa.

—Y tus ojos, me encantan. Puedes hablar a través de ellos. Y tu sonrisa, puedes deshacer a un iceberg. Tus piernas, largas y estilizadas. Tus labios carnosos que no puedo dejar de mirarlos. Los estaría besando a todas horas. Tu pelo, ese color entre castaño y caoba que emiten reflejos dorados cuando le dan los rayos de sol. Eres cariñosa, dulce, sensual... Me siento especial cuando hago el amor contigo.

—¿En serio ves todo eso en mí?

—Y mucho más. Ya descubrirás lo que me haces sentir. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Vamos a la cocina. La cena ya está preparada.

—¿Tienes un ascensor?

—Sí, luego te cuento, ya estaba en la casa cuando la reformé.

La cocina, grande y espaciosa, con una isla en el centro. Sobre ella, unas bolsas de papel y con el nombre de un conocido restaurante de Madrid.

—Este tipo de cocinas las he diseñado para las casas de mis clientes. Nunca pensé que iba a utilizar una de ellas.

—¿Sabes cocinar?

—Me defiendo, pero con una cocina así, soy capaz de convertirme en una gran chef.

—Ahora mismo te estoy imaginando en la cocina, desnuda, con tan solo un delantal como vestido, con unos zapatos de tacón, el pelo recogido... —ya no habla, ronronea acercándose lentamente, como una pantera, sin apartar la vista de mis ojos.

—Tomo nota —digo riendo coqueta y escabulléndome de él.

—No te vayas, acércate, comprueba como me pones.

—Cálmate, vamos a cenar y luego me como el postre.

Nunca había sido tan coqueta y juguetona. He de admitir que me encanta este juego. No tengo mucha hambre, pero el olor que desprenden las bolsas comienza a abrirme el apetito.

Una cena deliciosa, no demasiado opípara para no sentirnos llenos y nos entre sueño. Cuando terminamos, me levanto para recoger la mesa, pero me lo impide.

—Deja eso ahí, mañana lo limpiarán. Ven conmigo.

Subimos por las escaleras de madera clara y barandilla de vidrio. Andando de su mano, me lleva a una habitación.

Espaciosa, con una cama enorme. Un gran ventanal da acceso a una terraza.

—Me encantaría enseñarte toda la casa, pero he estado toda la cena soñando con este momento. Estar juntos y aprovechar las horas que nos quedan antes de irme.

Me dejo llevar mientras nos miramos y sonreímos. Una brutal sensualidad me invade y le voy empujando despacio hacia la cama hasta que le tumbo en ella.

—Desnúdate para mí.

Se incorpora y se pone de rodillas. Y como si fuera un espejo, él se va desnudando a la vez que lo hago yo. Camisa, camisa. Bueno, el sujetador no, claro. Falda, pantalón, braguitas, bóxer. Se quita los calcetines, me quito los zapatos, se quita los suyos. Estamos completamente desnudos.

Alarga la mano para coger la mía. Tira de mí hasta que nuestros cuerpos, completamente desnudos, se unen.

Retrozamos en la cama desnudos. En el aire se siente nuestra calentura y excitación.

Con delicadeza me acaricia el cuerpo por todas partes, tanto con sus manos como con sus labios. Y yo no me quedo quieta. Nuestras caricias son lujuriosas, excitantes. El cuerpo de Roberto me encanta.

Acabo siendo yo la que está tumbada en la cama y él de rodillas frente a mí.

Pasa una y otra vez su mano por el clítoris, dando pequeños golpecitos humedeciendo mi vagina y haciendo que mis caderas se muevan y se contoneen prácticamente sin control.

Un dedo, dos dedos, se introducen en la vagina que está suplicando por ser llenada.

Se deslizan sin dificultad.

—Así, cariño, disfrútalo, déjate llevar.

No hace falta que me lo diga. Voy a disfrutar al máximo todo lo que me dé, dure lo que dure.

Mi cuerpo se enciende cada vez más y disfruto del placer que me está proporcionando.

Jadeo, gimo, mi cuerpo está abrasado por el placer.

—Cariño, no aguanto más.

Se agacha acercándose a mí para besarme apasionadamente. Su mano se desliza por debajo de la almohada.

Al incorporarse, tiene un preservativo en la mano. Lo rasga rápidamente y se lo coloca.

—Me encantaría que me lo pusieras tú, pero no estoy para juegos.

Su pene ya estaba listo y con la armadura, dispuesto a dar una gran batalla. Me abre las piernas estirando las rodillas.

Antes de invadirme, se inclina sujetando los pechos con las manos, masajeándolos y estrujando entre sus dedos los pezones erectos. Sabe que me gusta, que me está dando un placer que jamás había sentido antes.

No hizo falta que guiara su polla hacia mi interior que estaba húmedo y preparado para recibirlo. Ya sabía el camino.

Y entonces lo hace, rápido, fuerte, sin dejar de soltar mis pechos. Empujando fuertemente, se movió en círculos. Ambos gemimos a la par.

Soltó los pechos para levantar mis piernas y apoyarlas en los hombros. Ahora le sentía más fuerte. Cada vez que la sacaba para coger impulso, me sentía vacía.

Comienzan sus embestidas cada vez más fuertes y rápidas. Uno de sus dedos presiona el clítoris. Me vuelvo loca y no puedo retener más el orgasmo que me está abrasando y destrozando por dentro. Me dejo llevar. Grito como una posesa, allí nadie puede escucharme.

—Eso, mi amor, córrete.

Escucho su voz como si estuviera a metros. Estoy mareada, me falta la respiración, mi corazón late con la fuerza de un caballo. ¡Dios! Creí que me iba a desmayar.

Él sigue dentro de mí, bombeando ahora lentamente a medida que mi orgasmo va en disminución. Pero su pene sigue dentro de mí.

Cuando mi cuerpo se encuentra laxo, se empieza a mover de nuevo.

—Ahora me toca a mí.

No tarda mucho en correrse. Unos empujones fuertes, la cabeza atrás y sus gemidos, me indican que ya ha llegado él también al clímax.

—¿Estás bien? —pregunta sin salir de mi interior mientras me das besitos por toda la cara.

Me está aplastando un poquito, pero no protesto. Quiero memorizar la suavidad de su piel y la calidez de su cuerpo.

—¿Nos damos un baño? —susurra.

—Siii, pero espera un ratito más. No te separes.

Roberto ríe abiertamente. Me abraza más fuerte y entonces, sí, me cuesta respirar.

—Roberto —trato de decir casi sin aire.

—Ay, perdona. Casi te ahogo.

Cuando separa su cuerpo del mío, el aire frío eriza mi piel.

Cogiéndome en sus brazos, me lleva hasta el baño. Me baja al suelo lentamente mientras me besa.

Se dirige a un gran jacuzzi y abre los grifos para llenarlo. Y mientras esto pasa, me acaricia despacio, comenzando por el pelo, la cara, los labios... Sus dedos parecen plumas por la delicadeza de cómo los pasa por mi piel.

Mientras lo hace, cierro los ojos para disfrutar de cada caricia. Deja de hacerlo para cerrar los grifos. Agarra uno de los botes de sales que hay en la repisa y los esparce a lo largo del jacuzzi. Un agradable olor a lavanda impregna el ambiente.

Me ayuda a entrar en el jacuzzi. El agua está caliente. Es agradable. Primero se tumba él y a continuación, lo hago yo sobre su cuerpo. Él me recoge el pelo para que no se moje. No sé ni cómo ni cuándo ha cogido una goma para sujetarlo.

—¿Me vas a contar? —pregunto sinuosa moviendo la espuma que nos cubre.

—¿Qué quieres que te cuente?

—De tu vida. Mira qué casa tienes...

—¿Interesada por mis finanzas?

—Más que interesada, curiosa. Quiero saber con quién estoy. ¿Y si eres un mafioso o un traficante?

Roberto ríe abiertamente y me abraza rodeando sus brazos sobre mis pechos.

—Ni soy mafioso ni traficante. Vengo de una buena familia, mi padre era notario y de los buenos.

—¿Era? ¿Murió?

—Sí. Cáncer de páncreas. Mi madre se quedó tan triste que no tardó mucho en acompañarle.

—Cuánto lo siento... —intento girarme para mirarle a los ojos, pero me lo impide.

—Fue hace tiempo, aunque le echo de menos. Era una pareja perfecta, o por lo menos yo los veía así. No te voy a decir que no se peleaban de vez en cuando, los dos tenían un carácter muy fuerte. Pero sabían cómo resolver sus diferencias, con amor y paciencia. Crecía en una familia llena de amor. Y eso es lo que yo quiero para mí. Te pareces mucho a mi madre, en el carácter, dulce, pero a la vez fuerte. Estoy convencido de que somos la pareja perfecta para compartir nuestras vidas.

—¿De veras lo crees?

—Sí. Eres la primera mujer que traigo a mi casa y a la que le cuento mi vida. Ya me encargaré con el tiempo de convencerte.

—Sigue contándome.

—El Penthouse de Nueva York era de un cliente, este sí que era mafioso. Sabía que, aunque el juicio saliera a su favor, el gobierno en EE. UU. le iba a quitar la casa. Cómo no podía disponer de mucho dinero en efectivo sin llamar la atención de dónde se encontraba, fuimos al notario y puso la propiedad a mi nombre como pago.

—¿Y no te dio cosa defender a ese mafioso? ¿No te daba miedo de que si salía mal la cosa podía matarte? —pregunté realmente preocupada.

—Tenía que arriesgarme, porque, de todas formas, también existe la posibilidad de que, si no lo hago, también me mate —ríe abiertamente.

—¿De qué te ríes? ¡Esto es muy serio!

—Mi vida no corría peligro, te estoy cotorreando. No fue muy complicado librarle de la cárcel, eso sí, pagó una gran multa.

—Menos mal. ¿Y lo disfrutas?

—No todo lo que quiero. El trabajo me absorbe demasiado. Pero espero que eso cambie con el tiempo. Mi viaje se debe a un problema con el inquilino. Por lo visto hace demasiadas fiestas, ya ha acudido la policía varias veces por las denuncias de los vecinos y han destrozado algunos muebles. La agencia que lleva el alquiler me ha pedido ir a zanjar de forma legal el contrato, comprobar los daños y dejarlo listo para el siguiente alquiler. Tengo que comprobar que la fianza cubre esos daños.

—¡Qué suerte! Me encantaría conocer Nueva York.

—¿Quieres venir conmigo?

—Ummm, tentador, pero no puedo... Tengo que adelantar el trabajo de la casa que se encuentra aquí a lado, tratar de convencer a Hugo de llegar a un acuerdo amistoso y ayudar a Ivana con la mudanza.

—Qué lástima... ya me estaba haciendo ilusiones. Qué le vamos a hacer. Pero tranquila, haremos una escapadita. Le pediré a la inmobiliaria que no lo alquile hasta previo aviso.

—¿Y a casa de Bravo Murillo?

—Esa casa era de mi abuela. Cuando murió la heredó mi madre y después yo. La arreglé para alquilarla y así que se pudiera mantener. Y en lo que se refiere a esta casa, de mis padres. Aquí viví y crecí. Claro, le hice una gran reforma, la actualicé. En caso de tener que venderla algún día, su valor es otro. Ya sabes cómo va esto. Pintar aquí, cambiar muebles y suelos...

—Pero una reforma así cuesta mucho dinero, no es una lavada de cara.

—Amor, tienes a un gran abogado delante de ti, no podrás quejarte de mis ingresos. Además de la casa, me dejaron una buena cantidad de dinero que utilicé en la reforma. ¿Necesitas saber algo más? ¿Soy el hombre adecuado para ti?

—¡No te rías de mí! Ahora estoy más acojonada que antes. Hay mucha diferencia entre tú y yo. Tengo un negocio que se mantiene y me hace ganar el dinero suficiente para vivir. Una casa enana compartida con mi marido y bueno, la casa en Cerdeña que acabo de heredar.

—No te olvides de las monedas y de los cuadros de Silvia.

—Sí, claro...

—Ves, tú también tienes lo tuyo y seguirá siendo así.

—¿Puedes pellizcarme?

—¿Perdón?

—Que sí puedes pellizcarme.

—¿Quieres que probemos el sadomasoquismo?

—¡Noooooo! ¿Qué dices? —respondo revolviéndome en la bañera.

—Era una broma, tranquila. Pienso en algo más grato que un pellizco para que compruebes que esto está pasando de verdad.

Comienza a besarme el cuello, acariciándolo con sus labios. Un pequeño mordisco aquí, otro por allá, hasta que comienza a succionarme el cuello como si se tratara de un vampiro.

—Paraaaa, me vas a hacer un chupetón.

—De eso se trata. Así, cada vez que lo veas, te acordarás de mí y tendrás la certeza de que todo esto es real.

—No me hace falta un chupón para acordarme de ti —es mi respuesta al girarme y mirarle a los ojos.

—Lo mejor es que salgamos del agua. Estamos tan arrugados como el sobaco de un elefante. Espera, salgo yo primero y te ayudo.

Su piel desnuda, morena por los rayos de sol de nuestro viaje a Cerdeña, mojada y brillante por el agua. Mi cuerpo reacciona y quiere de nuevo sexo.

No sé cómo lo voy a hacer estos días que va a estar ausente. Tendré que ponerle pilas al

consolador. Compraré bastantes.

Al salir del agua, me coloca un albornoz suave con aroma a suavizante. Me lo ata alrededor de la cintura, pero yo lo desato y lo abro. Me abrazo a su cuerpo con deseo y así se lo hago saber.

—¿Quieres más? —pregunta con picardía.

—Siempre voy a querer más de ti.

Me arranca el albornoz y me lleva hasta la cama de nuevo. En esta ocasión, no hay caricias ni dulzura. Va a ser sexo puro y espero que duro.

Me abre las piernas e introduce su cabeza entre ellas. ¡Madre de dios! ¡Qué bien mueve la lengua!

Lengua aquí, lengua allí, succión, dedos por todas partes. Ha introducido uno de ellos por el ano, mi primera vez, pero en lugar de sobresaltarme, siento un placer desconocido. Me gusta. Me excita más aún.

De repente para y se dirige a un cajón del que extrae otro preservativo. Mi cuerpo le está llamando a gritos para que regrese, él no se hace esperar.

Vuelve a introducir su lengua, lame de nuevo y sus dedos vuelven a jugar por todas partes. Ese dedo de nuevo por detrás junto con el dedo de la vagina, moviéndose en mi interior como dos niños que juegan aquí te pillo, aquí te mato.

No puedo más, voy a explotar. De repente para toda actividad dejándome tiritando del deseo.

Tira de mis brazos, me gira y me coloca a cuatro patas. Moja con el dedo la entrada a mi ano y cuando está bien lubricado, vuelve a introducir ese dedo maravilloso.

Me contoneo, bailo alrededor de él. Y siento su polla llenándose. Estoy llena de él. Se mueve frenéticamente, dedo y polla al unísono.

Entonces se apoya sobre mi espalda y con la mano libre pellizca mis pezones que se mueven descontrolados por las embestidas.

Grito, jadeo, suelto palabrotas...

Los dedos abandonan los pezones para presionar el clítoris. Me está follando duro, fuerte...

En la habitación se escuchan nuestros gritos cuando llegamos juntos al orgasmo. Pero este ha sido diferente, ha sido brutal.

Nuestros corazones empiezan a latir más despacio. Él sigue moviéndose dentro de mí, agarrando las caderas para introducirse lo más que puede.

Mis brazos se apoyan en el colchón, estoy exhausta. Saca la polla de mi interior, se quita el preservativo dejándolo en el suelo y se tumba atrayéndome a él para quedarnos abrazados.

—¿Es tu primera vez? —susurra con su rostro pegado al mío.

—¿Mi primera vez? Supongo que te has dado cuenta de que no soy virgen —contesto irónicamente.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Claro que lo sabía.

—Sí, en ese sentido sí era virgen.

—¿Y te ha gustado?

—¿Tú qué crees? De todos los orgasmos que he tenido, este ha sido el más intenso.

—Tomo nota —responde sonriendo.

—Te voy a echar de menos cuando te vayas. Más de lo que quisiera.

—Te voy a extrañar todos los días. Estaré contando las horas para mi regreso.

Y así nos quedamos dormidos.

## Capítulo 23

Me despierta el sonido del teléfono. Por un momento no sé dónde estoy. Lo que sí sé es que estoy desnuda y tapada con una sábana.

¡Roberto! ¿Dónde está Roberto?

Me incorporo de un salto de la cama y me coloco el albornoz que la noche anterior me arrancó sin ningún miramiento.

Entonces descubro una nota sobre la almohada que horas antes había ocupado él.

Amor, mi vuelo salía muy temprano y no he querido despertarte. Estabas tan dulce y tan hermosa durmiendo... Si te hubieras despertado, con tan solo abrazarme me hubiera quedado a tu lado.

Esta es tu casa. Te he dejado un juego de llaves en la mesa que hay junto a la entrada. No te preocupes por la alarma, la pondrán cuando vayan a limpiar. Te voy a echar de menos como no te imaginas. Te quiero.

Abrazo la nota como si de él se tratara. ¿Cómo es posible que me haya enamorado de esta manera y en tan poco tiempo? No lo sé, pero ha pasado y no pienso dejar de vivir este amor, dure lo que dure.

Voy a la ducha para asearme y colocarme de nuevo la ropa que llevaba ayer. Es tarde y cotilleo la casa por encima. No tengo tiempo de hacerlo a fondo.

Justo cuando llego al estudio, recibo una llamada de Hugo.

—Dime Hugo.

—¿Dónde has pasado la noche? No has venido a casa.

—No tengo por qué darte explicaciones. Nos estamos divorciando.

—Seguro que en casa de alguna de tus amigas, llorando por la separación.

¡Será cretino y engreído! ¡Qué más quisiera él!

—Qué quieres, tengo que trabajar y no puedo perder el tiempo en estas estupideces.

—Vaya, vaya, qué rebelde te estás volviendo. Quiero saber dónde te envió tus cosas, si a casa de alguna amiga tuya o...

—Ni se te ocurra tocar mis cosas. Esa casa es tan mía como tuya. Hay de ti si tiras o rompes algo mío. Hasta que nuestros abogados no aclaren lo que hacer con la casa, puedo entrar y salir cuando a mí me dé la gana. Te voy adelantando que no quiero la casa, así que tienes dos opciones: o me pagas la mitad de su valor actual o la ponemos a la venta y nos repartimos las ganancias.

—Sabes que no puedo darte ese dinero, no lo tengo.

—No es mi problema. Amplía la hipoteca. No pagamos tanto porque la casa nos salió muy

barata. Tienes un buen sueldo para cubrir las mensualidades.

—Pero tengo mis gastos personales, mis salidas...

—Que no me cuentes tu vida. Dos opciones, repito, o me pagas o se pone a la venta. Decídate. Tienes una semana para pensarlo. Y no te acomodes que iré a mi casa.

Cuelga sin responderme. Y lo más curioso es que me da igual. Ni me molesta, ni me duele.

Al cabo de un rato, suena un pitido en el móvil. Seguro que es Roberto.

Nuevo grupo de WhatsApp. “Despedida de Estíbaliz”.

*Estíbaliz:” Hola chicas. Tengo que irme a Londres. Un nuevo desfile me espera. Gran fiesta el viernes. Espero que ninguna me ponga una excusa tonta para no ir. Os quiero”*

*Lidia: “Pues claro que voy. A saber, cuándo te volvemos a ver el pelo. Estoy a la espera de saber hora y lugar”.*

*Viola: “Yo también me apunto. Te dejo Estíbaliz que lo organices todo”.*

*Ivana: “Voy a ver con quién dejo a los niños y allí estaré”.*

*Jessy: “Genial, me apunto”.*

Estíbaliz de nuevo se nos marcha. Si no recuerdo mal, en esta ocasión hemos podido disfrutar de ella más días de lo habitual.

No consigo concentrarme en el proyecto. Por una parte, bueno, la gran parte, Roberto. Quiero que ya esté de vuelta. Luego la despedida de Estíbaliz, a la que, a pesar de todo, quiero un montón. Y para acabar con broche de oro, Hugo. Esta noche el ambiente va a estar muy tirante.

Miro la pantalla una y otra vez. Hay una diferencia horaria de 6 horas entre España y Nueva York. Si aquí son las 13:00 h allí son las 7 de la mañana. Entre el vuelo y lo temprano que es, seguro que está durmiendo. Esta tarde me llamará, estoy segura.

Se hacen eternas las horas cuando quieres que el tiempo pase lo más rápido posible. Llegas a pensar que se ha estropeado el reloj y desesperas cuando compruebas que no es así.

Esta situación no es buena para mi ansiedad. Busco en mi bolso una pastilla, la necesito. Tengo que calmar esta sensación de angustia, la sensación de que me falta el aire.

Por fin ha llegado el momento de irme a casa, aunque sé que lo que me espera tampoco va a ser nada agradable.

Ya estoy aquí. Me tomo un tiempo antes de introducir la llave en la cerradura. Respiro hondo, cierro los ojos y abro la puerta.

Huele bien, a pasta recién cocinada. Dejo el bolso y las llaves en la entrada.

—Lidia, llegaste —me recibe Hugo con una gran sonrisa.

—Sí, como todos los días. Ya te he dicho que de momento esta también es mi casa.

¿Qué se trae entre manos? Hace mucho tiempo, tanto que ya ni lo recuerdo, que no me recibía así, contento y con una gran sonrisa en los labios.

—Pasa, tengo una sorpresa.

¿Una sorpresa? Esto no me gusta nada.

Me lleva de la mano al salón y me muestra su gran hazaña. La mesa puesta con dos velas, una rosa en el centro, una botella de vino y un cuenco con la cena: espaguetis a la carbonara. Sabe que me encantan.

—¿Qué es esto Hugo? —pregunto separándome de él.

—Siéntate, por favor. Tenemos que hablar.

Al hacerlo, él me acerca la rosa que está en la mesa y me la entrega con una especie de reverencia. Le miro a los ojos, pero no con amor, sino con desconcierto.

—Te he preparado tu plato favorito.

—¿Estás intentando seducirme?

No responde a mi pregunta. Derrama vino en mi copa y después en la suya. Sonriendo, la alza para que hagamos un brindis.

—Por los nuevos comienzos. Brinda conmigo, cariño.

No lo hago. Cuando entré por la puerta de mi casa, lo que menos esperaba era una escenita como esta.

—Hugo, dime que quieres.

Resignado, baja su copa al rechazar el brindis.

—Lo he estado pensando. Yo te quiero, son muchos años juntos y reconozco algunos fallos que he tenido. No me gusta la idea de no verte todos los días. Estoy acostumbrado a tu presencia.

Estoy alucinando.

—Hugo, ya es demasiado tarde. Te tengo cariño, pero no estoy enamorada de ti. No quiero seguir llevando la vida que he tenido hasta ahora. En este viaje he comprendido que nuestra relación era demasiado cómoda para ti. Te vas a trabajar y cuando llegas a casa tienes todo listo. Te sientas en el sofá a ver la televisión y luego a la cama. Y los fines de semana, que es cuando tenemos el tiempo libre, siempre tienes alguna salida con tus amigos.

—No sé de qué te quejas. No voy de bares ni a discotecas. Nunca te he sido infiel. Cuando nos casamos quedamos en que cada uno seguiría teniendo su vida, que eso no cambiaría.

—Y vaya si lo cumpliste. Pero te informo de algo, no me gusta. Parecemos compañeros de piso en lugar de ser un matrimonio feliz. Es verdad que debemos tener nuestros espacios para estar con nuestros amigos, pero es que tú y yo no hacemos nada, no salimos ni a cenar desde... Uffff ya ni me alcanza la memoria.

—Ok, Ok, te prometo que haré un esfuerzo para que hagamos más cosas juntos.

—¿Un esfuerzo? Déjalo, no quiero que te “esfuerces” por mí. Llegará un momento en el que te canses de esforzarte. No quiero eso. Quiero a un hombre a mi lado que se encuentre bien, que quiera pasar conmigo momentos inolvidables. Que se entregue sin “esfuerzos”, que se entregue porque le sale del corazón.

—Para eso cómprate un perro que siempre esté a tus pies. Un hombre al final se asfixiaría. Las mujeres suelen ser demasiado absorbentes. La relación que tenemos nosotros es perfecta, pero como te he dicho, podría hacer un esfuerzo para cumplir alguno de tus caprichos.

Enfada, indignada, cabreada, muy cabreada. ¿Cómo no me di cuenta antes de quién es realmente Hugo? Un ser egoísta, nefasto.

—Déjalo, no te esfuerces. Seguimos adelante con el divorcio. En lugar de pensar en esforzarte por rescatar algo del naufragio que es nuestro matrimonio, piensa en cómo me vas a pagar o la inmobiliaria que va a poner la casa a la venta. Se me ha quitado el apetito. ¿Dónde vas a dormir, en la habitación o en el salón? Y no te preocupes, yo lavaré los platos, como siempre.

—Luego no te quejes, lo he intentado. Si sigues con el divorcio, luego no acudas a mí llorando para volver a mi lado. No encontrarás a otro hombre con el que estés mejor que yo.

Una risotada sale de mi garganta desde lo más profundo. No puedo parar de reír. Es patético. ¿Cómo, cómo he podido estar tan ciega?

Ahora le miro a los ojos y parece que tengo frente a mí a un extraño, a un hombre que no conozco y que no me gusta, un hombre que me produce asco.

—Si pretendes herirme con tus palabras, no lo vas a conseguir. Yo sé lo que valgo y me merezco a otra persona, no a un guiñapo como tú. Ya no me vas a manipular más.

—No te reconozco, Lidia. ¿Dónde está esa mujer dulce y sumisa que conocí?

—Esa Lidia ha desaparecido. Nunca he sido sumisa, lo que quería era complacer a mi pareja esperando lo mismo por su parte. Ya no quiero discutir más. Buenas noches.

Levantando la cabeza mostrando dignidad, le miro de forma furiosa y me voy a la habitación cerrando la puerta tras de mí de un portazo.

Sigo furiosa y me muevo rápidamente por toda la habitación intentando calmarme. No lo consigo. Salgo del cuarto para ir a buscar agua. Tomaré una pastilla para dormir.

Justo cuando bajo el picaporte de la puerta, suena mi teléfono. Ese tiene que ser Roberto.

—Hola amiga, ¿qué tal van las cosas? ¿Estás con Roberto? —es Estíbaliz.

—¡Qué más quisiera yo! Se ha tenido que ir a Nueva York para solucionar un asunto.

—¿Y por qué no te has ido con él? Te encantaría esa ciudad. ¿No te ha invitado a ir con él?

—Sí, lo hizo, pero tengo muy atrasado mi trabajo y tengo lo de mi divorcio. No le quiero dar excusas a este vago para retrasarlo.

—¡Lidia! ¡Qué gusto, al fin reconoces que eso con lo que te casaste, es un saco de papas!

—Se me ha caído la venda de los ojos y más después de estar con Roberto. La noche y el día.

—Me alegro muchísimo por ti. Perdóname por haberme puesto como me puse en Porto Rotondo. Me empeñé en meter a mi cama a Roberto y ya sabes cómo me pongo cuando se me niega un capricho. Pero he aprendido la lección. Él nunca correspondió a mis coqueteos, únicamente tenía ojos para ti. Y haciendo un gesto de humildad, me molestaba mucho que te prefiera a ti antes que a mí.

—Estás perdonada. Te miento si te digo que no me dolía como me tratabas y las palabras tan hirientes que me dirigías. Pero ya lo hablamos y no te guardo ningún rencor. Te quiero mucho.

—¿Estás en casa?

—Sí, aquí estoy.

—¿Y qué tal con Hugo? ¿Cómo se ha tomado el divorcio?

—Te contaré el viernes. Estoy demasiado furiosa. ¿Ya sabes dónde vas a celebrar tu despedida? Te voy a echar de menos. Espero que no tardes en regresar.

—Eso es una sorpresa. Te llamaba para ver cómo estabas y lo que estaba pasando con tu exmarido.

—Como no tenemos hijos, en este sentido no tendremos problemas, pero sí por la casa. Pero todo te lo contaré el viernes.

Un sonido me indica que tengo una llamada entrante. Miro el número y es diferente a los de España.

—Te dejo, amiga, me está llamando Roberto. Chao-Chao.

—Hola mi amor, he estado contando las horas, los minutos para poder llamarte —la voz de Roberto es cálida y sensual, a pesar de la distancia.

—Cariño, me encanta escuchar tu voz. Por favor, regresa ya, te quiero aquí conmigo.

—Vaya, si no han pasado ni 24 horas. Aunque lo que más deseo es estar a tu lado, estar alejados te conviene. Lo nuestro ha pasado muy rápido, no te ha dado tiempo a asimilar y pensar las cosas. Estos días que vas a estar sola, te servirán para conocerte a ti misma y lo que de verdad quieres.

—Sé lo que quiero, y te quiero a ti. Pero tienes razón, lo mismo me dijo Jessy.

—Correré ese riesgo. Lo que más deseo es que te des cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida conmigo. Pero si decides otra cosa, me dolerá, pero viviré con ello. ¿Estás en tu casa o en la nuestra?

Nuestra casa... me encanta escuchar eso.

—Estoy en la que aún es mi casa. No quiero que Hugo tire mis cosas y se crea el dueño y señor por mi ausencia. Ya le he dejado bien claro que quiero el divorcio y tiene estos días en los que vas a estar fuera, para pensar lo que quiere hacer con la casa.

—Es lo mejor. Ve empacando tus cosas y reorganizando, ya que has decidido no quedarte con la casa. Tienes mis llaves para ir llevándolas allí.

—No, Roberto. Voy a ir una temporada con Ivana. No quiero correr demasiado y cometer un error. Si nos vamos a vivir juntos, tenemos que estar muy seguros.

—De nuevo tienes razón. Mi amor, me están llamando para entrar en una reunión. Te contaré despacio. Voy a firmar un contrato con unos clientes nuevos.

—Mucha suerte. Te quiero.

—Te quiero.

## Capítulo 24

La semana ha pasado más rápido de lo que pensaba. Poco a poco me fui llevando mis cosas a la casa de Ivana.

Ella está feliz y cada día que pasa, se está volviendo más fuerte. Manuel ya no puede dominarla por muy violento que se ponga.

La despedida de Estíbaliz estuvo a su altura. Vino a recogernos con una limusina, puerta por puerta. Después no llevó a un local de striptease para mujeres, donde los hombres bailan para nosotras medio desnudos.

Y como no, Estíbaliz se despidió de Madrid llevándose a uno de ellos al camerino para echar un polvo. Si no lo hubiese hecho, no sería ella.

Nos separamos con lágrimas y abrazos. Nuestra amistad sigue siendo fuerte y sólida. Quedamos en que la próxima vez que regresa nos iríamos de nuevo a la casa de Porto Rotondo.

Hugo, prácticamente ni me dirige la palabra. Mejor, no tengo nada que decirle.

Roberto me llama todos los días y hace que su ausencia no sea tan dolorosa. La renovación de la casa de Patrick ocupa casi todo mi tiempo. Cada vez que voy para ver cómo avanzan las obras, entro en la casa de Roberto. Paseo por todos los cuartos imaginando nuestra vida allí. Cada vez me gusta más la idea, pero haré lo que dije, esperaré un tiempo para ver cómo avanza nuestra relación.

Todos los días, cuando llego a mi casa, le pregunto a Hugo si ya sabe lo que va a hacer. Y la respuesta siempre es la misma, no lo sé. Me da la sensación de que está esperando a que pase algo.

Y por fin llega el viernes. Hoy llega Roberto. Me arreglo más que otros días, quiero estar hermosa cuando vuelva a reencontrarme con él. Pero caigo en una cosa, no tengo el número de vuelo ni la hora de llegada para que pueda ir a recogerlo.

Seguro que en un rato me llama para decírmelo.

Pero pasan las horas y no recibo la llamada. Me estoy poniendo nerviosa. Está anocheciendo y no tengo noticias de él. Aunque es una llamada a larga distancia, no me importa lo que cueste, tengo que llamar.

Suenan y suenan los pitidos, sin embargo, nadie descuelga. Roberto, ¿dónde estás?

Si estuviera ya en el avión, saldría el mensaje de que está apagado o fuera de cobertura. Y si hubiese llegado ya, me lo habría dicho o por lo menos contestaría mis llamadas.

¿Qué está pasando?

A cada minuto que pasa me voy desesperando más y más. Vuelvo a marcar y sigue sin contestar. Este silencio me va a volver loca.

Llega la noche y sin noticias de Roberto. Llamo a Jessy con un ataque de ansiedad brutal.

—Lidia, cariño, ¿estás bien? No acostumbras a llamar a estas horas.

—No estoy bien Jessy, apenas puedo respirar.

—Respira, trata de tranquilizarte o vamos a tener que ir al hospital como la última vez. ¿Te has tomado la pastilla?

—No.

—Ve al bolso y tómatela. Estoy aquí contigo. Cuéntame qué ha pasado. ¿Problemas con Hugo?

—No, eso lo tengo controlado. Es Roberto. Se supone que llegaba hoy, pero no me dio ni el número de vuelo ni la hora de llegada. Le he llamado varias veces y no coge el teléfono. Si saliera que está apagado supondría que está volando. Y si hubiese llegado a Madrid, me lo cogería. ¡No sé qué está pasando!

—Calma. Siempre tendemos a pensar en lo peor y cuando sabemos la verdad, hasta nos reímos de lo exagerados que hemos sido. Entiendo perfectamente tu desconcierto, no es una situación normal, pero debes pensar que igual le ha surgido un imprevisto y no te ha podido llamar. O ha perdido el teléfono y no se ha dado cuenta.

—Se habría dado cuenta al intentar llamarme que no lo tenía y lo hubiese hecho desde un teléfono fijo.

—Vale, en eso tienes razón. ¿Has llamado a su despacho para ver si ellos tenían alguna noticia?

—¡Nooo! ¡Cómo no he caído en eso! Ahora es demasiado tarde para llamar y hasta el lunes no habrá nadie.

—Respira Lidia, trata de calmarte. El último ataque fue muy fuerte y no quiero estar de nuevo en urgencias. Aspira, expira, aspira, expira. Roberto está realmente enamorado de ti, ¿verdad?

—Quiero pensar que sí, o por lo menos eso es lo que me dice y demuestra.

—Pues ya está. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Qué pueda estar con otra mujer?

—Me preocupa eso o que le haya pasado algún accidente y no pueda estar a su lado. La falta de noticias, ya sean buenas o. malas, es lo que me tiene así. Si supiera que pasa, lo afrontaría y vería cómo lo hago, pero...

—Pero nada. Ya verás que es una tontería de la que luego te reirás. ¿Quieres que vaya a tu casa para estar contigo? O si lo prefieres, puedes venir a la mía.

—Gracias Jessy, te lo agradezco, pero no hace falta. Escuchar tu voz y que estés al otro lado de la línea me tranquiliza. Por cierto, ¿qué ha pasado con Alexis? En la fiesta de Estíbaliz a penas pudimos hablar.

—Je, je, je, de todo. Estoy genial. Puedo confirmar y confirmo que me he pasado al bando de las no vírgenes.

—¿En serio? Cuenta, cuenta.

—Los detalles para cuando nos tomemos una cervecita. Lo que sí te puedo decir es que ha sido maravilloso. Me da igual si nuestra relación continúa o no. Me doy cuenta de que me he perdido muchas cosas por esperar algo que quizás nunca llegue. No te digo que a partir de ahora voy a ser como Estíbaliz, Dios me libre, pero sí que voy a disfrutar de cada momento y cada situación donde me encuentre feliz. Y lo que venga después, pues ya se verá.

—Cómo has cambiado y me alegro por ti. El viaje nos ha sentado bien a todas. Pero, ¿no hay un conflicto por ser tu paciente?

—Cuando regresamos de Porto Rotondo, me llamó. Pensé que quería una cita en la consulta, pero no, quería invitarme a cenar. Acepté con el propósito de indicarle que no era correcto que terapeuta y paciente iniciaran una relación. Él lo comprendió y me despidió. Pidió que le buscara otro terapeuta. Y así comenzó lo nuestro. Soy feliz, Lidia, a pesar de sus fobias que controlo perfectamente, soy feliz.

—Me alegro muchísimo Jessy, tú te mereces eso y mucho más. Espera un momento, está entrando una llamada, pero no reconozco el número.

—Atiende, puede ser Roberto. Hablamos otro día. Un besazo.

Descuelgo pensando que será algún vendedor de líneas de teléfono o para cambiar mi tarifa de la luz o para venderme algún seguro. Últimamente llaman por la noche, no los soporto. Si yo quiero llevar a cabo algún cambio, lo solicitaré. Pero entiendo que es su trabajo y así se ganan la vida.

—¿Dígame? —hablo sin ganas y arrastrando la voz.

—¿Es así como saludas a tu novio?

Es la voz de Roberto. Doy un salto, abro los ojos de par en par y no puedo cerrar la boca.

—¿Hola? ¿Alguien me escucha? ¿Lidia?

—Mi amor, mi amor, estoy aquí. ¿Qué ha pasado? Me tenías en un estado de ansiedad que he tenido que llamar a Jessy y todo.

—Pero, ¿estás bien?

—Yo sí, pero y tú, ¿por qué no me has llamado? Se supone que iría a buscarte al aeropuerto.

—Lo siento amor, pero todo ha ido encadenado. Ya estoy aquí. La reunión tardó más de lo que esperaba. Miraba el reloj una y otra vez. Se acercaba el momento de ir al aeropuerto y no terminaban. Me interesa mucho estos clientes, no obstante no quería perderme el vuelo para estar contigo. Menos mal que dejé el hotel y me llevé la maleta conmigo. Estaba tan ansioso por salir corriendo de allí, que con tantas firmas dejé el teléfono en algún sitio del despacho. Al coger el taxi para ir al aeropuerto, lo busqué para llamarte. Entonces me di cuenta de que lo había olvidado. Si regresaba a por él perdía el vuelo.

—¿Y por qué no me llamaste desde un teléfono del aeropuerto?

—Llegué con la hora pegada al culo, ya estaban embarcando y no podía perder más tiempo. Intenté llamarte desde el avión, pero pasábamos por un espacio lleno de turbulencias que duró

bastante. Después anularon las llamadas. De hecho, acabo de llegar y te estoy llamando desde el aeropuerto.

—Mi amor, he pensado tantas cosas... Jessy tenía razón, estaba segura de que habría alguna explicación y que luego me reiría. ¿Quieres que vaya a tu casa?

—Me encantaría, pero estoy muy cansado. Estoy deseando coger una cama y dormir. No creo que esta noche sea una buena compañía, pero te prometo que mañana te lo voy a recompensar.

## Epílogo

Jamás imaginé que la felicidad tendría nombre, Roberto. No voy a mentir contando que todo ha ido de maravilla. Hemos tenido que limar asperezas y amoldarnos el uno al otro a nuestro carácter. Pero como dice el dicho: hablando se entiende la gente.

Ivana cada día se vuelve más fuerte. Ya no se deja pisotear. Está feliz en la casa que Roberto le ha alquilado a un precio que jamás hubiera imaginado. Y es que este hombre, fuerte, decidido, con un carácter endemoniado algunas veces, tiene un corazón de oro. Cada dos por tres nos invita a su casa a cenar. Porque a cada uno lo suyo, cocina unos platos exquisitos. Aitana y José, se han amoldado perfectamente a su nueva vida. Están entusiasmados con la nueva casa y el colegio que está a la vuelta de la esquina. Y aunque Manuel trató de hacerla la vida imposible y utilizó a los niños para ello, no lo ha conseguido. Cuando se dio cuenta de que no podía manipular a sus propios hijos para ponerlos en contra de su madre, se dio por vencido. Porque al contrario de conseguir lo que él pretendía, los niños cada vez querían estar menos con su padre.

Estíbaliz triunfando por el mundo con sus diseños y las nuevas tiendas que abrió en Latinoamérica. Cada vez que podía, hacía una escapada para estar con nosotras y desconectar del estrés que le causaba una vida tan ajetreada. Seguía sin una pareja estable, aunque hubo un acercamiento bastante importante con Jasif, su exmarido. Se encontró en un desfile con él. Hablaron y él estaba encantado con el cambio que se estaba produciendo en el carácter de Estíbaliz. Él quiso que se casaran de nuevo, nunca pudo olvidarla, pero ella, de momento, ha reusado casarse. No ha roto la relación con él, pero quiere ser libre durante un tiempo más. Por lo que ella me ha contado, únicamente se acuesta con Jasif y eso es un gran logro.

Viola se ha separado de su marido. Por lo visto, ese misterio que les unió en matrimonio ha desaparecido. A no estar enamorados ninguno de los dos, han tomado la mejor decisión. El otro día me contó que en un viaje que hizo a la central de Apple en Estados Unidos, conoció a un hombre que le ha movido el piso. Ha trabajado mucho para controlar esa obsesión por el control y su celopatía. Arthur, así se llama, se escapa cada vez que puede a España para estar con ella. Esta vez sí que se ha enamorado.

Jessy sigue su relación con Alexis. Está feliz y aunque no hay boda a la vista, si han decidido ir a vivir juntos. En alguna de nuestras reuniones la hemos aconsejado que pruebe de estar con otros hombres para que pueda comparar, pero se ha negado rotundamente. El sexo no lo es todo y el que tiene con Alexis le basta y le sobra.

Y yo, estoy tan feliz que ni me lo creo.

Roberto llevó la negociación de la casa. Al final Hugo decidió quedarse con la casa, pero con una rebaja. Claudiqué para que el divorcio no se alargara. Quería estar a la de ya divorciada.

—Cariño, ¿has decidido verte ya a vivir conmigo? Llevas cinco meses viviendo con Ivana. Yo te quiero aquí todos los días y todas las noches.

—Creo que ha llegado la hora. Sí, amor. Cuando quieras hacemos la mudanza.

Han pasado ya cinco años. Después de comprobar que nos llevamos bien y que somos felices, decidimos casarnos. Yo me empecé en hacer una separación de bienes y él se negó.

A veces me quejo cuando tiene que irse a Nueva York y yo no puedo acompañarlo. Mi negocio ha prosperado y aunque tengo un ayudante, hay cosas que las tiene que hacer una misma.

Pero nuestro refugio siempre será la casa de Porto Rotondo. Allí comenzó nuestro amor.

El cuadro preferido de mi tía, las dos manos agarrando un corazón, seguía presidiendo el salón.

—Recuerdo la historia que me contaste de este cuadro. Y la vida ha de ser así, ni para ti ni para mí, debemos llegar a un entendimiento para ser felices —digo observando el cuadro.

—Cierto amor. Y cuando tengamos a nuestros hijos, yo quiero dos, les enseñaremos a ver la vida de esta manera.

—¿Dos hijos? Amor, ya tengo 40 años, ¿no crees que es demasiado tarde?

—Noooo, y ya nos podemos poner a la tarea y no perder más tiempo.

Lo amo. Ahora sí que sé lo que es la felicidad y vivir la vida disfrutando de cada momento.

*FIN*